

Publicación trimestral - Precio del ejemplar : 100 Pts - Francia : 10 FF - Alemania : 5 DM -  
 Inglaterra : 1 £ - Holanda : 5 Fl - Bélgica : 100 FB - Italia : 1.000 Lir. - Portugal : 50 Esc. -  
 Suiza : 5 FS - EE.UU. : \$ 1 - América Latina : el equivalente de \$ 0.75  
 Abono anual : precio de 4 ejemplares

# EL PROGRAMA COMUNISTA

---

ORGANO DEL PARTIDO COMUNISTA INTERNACIONAL

---

## EN ESTE NUMERO

- De España a América Latina : la democratización  
despliega su papel contrarrevolucionario ..... 1
  - Sobre la vía del partido « compacto y potente » de  
mañana ..... 8
  - El terrorismo y el difícil camino de la reanudación  
general de la lucha de clase (y II) ..... 28
  - Siguiendo el hilo del tiempo — El proletariado y la  
guerra (I) : Socialismo y nación — Guerra y revolu-  
ción — Guerra imperialista y guerra revolucionaria .. 55
  - Nota : ¿ Socialismo o producción individual ? ..... 76
- 

## LO QUE DISTINGUE A NUESTRO PARTIDO

La línea que va de Marx a Lenin, a la fundación de la Internacional Comunista y del Partido Comunista de Italia (Liorna, 1921) ; la lucha de la Izquierda Comunista contra la degeneración de la Internacional, contra la teoría del « socialismo en un solo país » y la contrarrevolución stalinista ; el rechazo de los Frentes Populares y de los bloques de la Resistencia ; la dura obra de restauración de la doctrina y del órgano revolucionarios, en contacto con la clase obrera, fuera del politiquero personal y electoralesco.

# De España a América Latina : la democratización despliega su papel contrarrevolucionario

No hace aún cuatro años se iniciaba gradualmente la transformación democrática del Estado español, confirmando una vez más el análisis marxista de la dialéctica histórica acerca de la integración y subordinación del fascismo y la democracia en la estrategia general de la clase dominante.

En Italia y Alemania, la transición de la democracia al fascismo había sido lograda sin conmociones en el aparato estatal (aunque sí con el telón de fondo de guerra civil entre prole<sup>ta</sup>riado y burguesía), y es en España donde la transición del fas<sup>c</sup>cismo a la democracia se logra pacíficamente (y no como resulta<sup>do</sup> secundario de una derrota militar, como en los dos primeros). Así se verificaba luminosamente la teoría y la previsión marxista de la inmediata posguerra:

"El hecho mismo de que, para extirpar al fascismo, las jerarquías políticas hoy preponderantes hayan sido incapaces de percibir la necesidad de una fase de dictadura y de terror político, afirmaban las Tesis de nuestro Partido en 1946, demuestra que entre el fascismo y ellas no hay antítesis histórica y política, que el fascismo, desde el punto de vista de sus resultados, no puede ser suprimido históricamente por parte de corrientes políticas burguesas o colaboracionistas, que los antifascistas de hoy, bajo la máscara estéril e impotente de la negación del fas<sup>c</sup>cismo, son sus continuadores y herederos, y hacen suyo pasivamente todo lo que ha sido determinado y cambiado en el ambiente social italiano durante el período fascista" (1).

El fascismo, como forma política de dominación burguesa, expresa en condiciones históricas dadas, como resultado de una guerra civil, las tendencias más totalitarias del capitalismo a escala internacional, en los terrenos económico, social y políti

---

(1) "La classe dominante italiana e il suo Stato nazionale", vuelto a publicar en Per l'organica sistemazione dei principi comunisti, Edizioni Il Programma Comunista.

co, tendencias que, en otras condiciones históricas y bajo otras formas políticas, son igualmente representadas por la democracia cada vez más blindada (2).

Lejos de ver en la restauración democrática española un retorno a la democracia liberal de fin de siglo, un giro atrás de la rueda de la Historia, pudimos seguir en sus manifestaciones la fascistización creciente del conjunto de las relaciones sociales y políticas a través de la consolidación y reforzamiento de los resortes políticos y sindicales de la estrategia democrático-burguesa.

No ha sido un azar si el "pluralismo político" se tradujo inmediatamente en los hechos en la firma del Pacto de la Moncloa, verdadero programa económico, político y social de gobierno, por parte de todo el espectro parlamentario; es decir, para quien se be leer en marxista por encima de los vaivenes electorales, la partida de nacimiento del partido único de la democracia capaz de restaurar unitariamente la disciplina política y social, razón de ser del fascismo mismo, y que éste ya era incapaz de conseguir (3).

"Desde el punto de vista social, dice uno de nuestros textos clásicos, el fascismo puede definirse como la tentativa de la burguesía (...) de darse una conciencia colectiva de clase, y de contraponer sus propias formaciones y encuadramientos políticos y militares a las fuerzas de clase amenazantes que se determinan en la clase proletaria" (4). El fascismo reforzaba al Estado por medio del partido único de la clase burguesa; la democracia blindada lo hace a través de la movilización multipartidaria en torno a un programa único. El fascismo defendía al Estado por medio de la violencia oficial y de las guardias blancas; la democracia blindada, ;que no desdeña en lo más mínimo estos instrumentos!, hace aún más: conjuntamente con sus campañas "antiterroristas", a favor de la delación, del reforzamiento de los órganos de represión, eleva amortiguadores y canales de desagüe de la cólera proletaria, desarrolla la "participación ciudadana" en todos los niveles del Estado, desde los municipios al Parlamento, e instrumenta verdaderas orgías electorales.

"Desde el punto de vista económico, continúa el texto arriba citado, el fascismo puede definirse como una tentativa de autocontrol y de autolimitación del capitalismo, tendente a frenar con una disciplina centralizada los efectos más alarmantes de los fenómenos económicos que tornan incurables las contradicciones del sistema". Y los partidos de la Moncloa han regulado (o pretendido regular), a través de una alianza entre el gran capital y sus agentes "obreros", la reestructuración del capitalismo español, las relaciones laborales y las normas de compra-ven-

(2) Cfr. "El ciclo histórico de la economía capitalista" y "El ciclo histórico de la dominación política de la burguesía" en el nº 21 de esta revista, setiembre de 1976.

(3) Ya lo decía un año antes, con su habitual claridad, el PCE: "El país busca con preocupación (...) la salida a una situación con negras nubes en el horizonte (...) Por eso los sectores más realistas de la derecha económica y política han empezado a plantearse el problema de los interlocutores válidos. Por eso la oposición ha empezado a unirse, con la mirada puesta en la ruptura democrática pactada. Se trata de llenar el vacío político (...) de llenar ese vacío con un poder ampliamente representativo (...) Un poder que represente el país real". Entonces, "nuestro país respirará tranquilo" (Pilar Brabo en Cambio 16 del 12.IV.76).

(4) "El ciclo histórico...", art. cit.

ta de la fuerza de trabajo a escala general.

¿Cómo sorprenderse, pues, que lo que la nueva Constitución española refleja, enuncia, enseña y erige en modelo es una síntesis no superadora, sino integradora del contenido reformista del fascismo con las formas vacías de la democracia, lo que hemos llamado en otro lugar la democracia corporativa? (5).

En el terreno sindical, el corporatismo fascista ha dejado su lugar a un sindicalismo amarillo mil veces más eficaz en su obra antiproletaria. El reconocimiento del derecho de asociación, lo ha sido para las organizaciones de colaboración de clases. El pacto social, explícito ayer e implícito hoy, la movilización de todo el espectro sindical, desde CC.OO. a UGT, pasando por USO y los sindicatos maoístas, en estrategias a veces diferentes pero siempre convergentes en su obra para someter los sobresaltos obreros a las exigencias de la "paz social", en nombre, es inútil decirlo, de esa misma democracia; la obra simultánea de represión, codo a codo con la Guardia Civil, de aquellas franjas de proletarios reacios a los cantos de sirena de las "supremas exigencias nacionales" (los ejemplos se cuentan por decenas: Astilleros de Cádiz, Ascón de Vigo, Cárnicas de Madrid, Metal de Vizcaya, Hospitales de Madrid...); la Ley de Relaciones Laborales y hoy día el proyecto gubernamental de regulación del derecho de huelga, ambas en la más completa continuidad del fascismo (6), todo ello constituye no solo la enésima desmentida de la pretendida convergencia entre las exigencias del asociacionismo obrero y la democracia, sino también la enésima confirmación de la tendencia a la creciente fascistización de los sindicatos en régimen democrático, y de la exigencia histórica de ligar dialécticamente la lucha por el renacimiento de las organizaciones sindicales de clase a la lucha revolucionaria por la dictadura proletaria, la única capaz de revertir el proceso de integración del sindicato en las redes estatales burguesas (característica de base del sindicato fascista).

o o o

Mientras que la socialdemocracia y el stalinismo, pilares esenciales de una democracia viable, habían dado implícita y explícitamente toda clase de garantías a la clase dominante española y a sus padrinos internacionales, haciendo gala de un cinismo abierto proporcional al grado de madurez contrarrevolucionaria de estas corrientes, forjadas en medio de guerras civiles, de guerras internacionales y en contacto estrecho con sus congéneres europeos, el maoísmo podía dar muestra (a la vez que firmaba el famoso enunciado de principios de la "oposición democrática" (7)) de un demagógico y cínico "revolucionarismo", en tanto que el trotskismo hacía alarde de un "revolucionarismo" no cínico, pero no menos demagógico.

El primero había dicho luchar por una "democracia revolucionaria", por el derrocamiento violento del fascismo, por la ins

(5) Cfr. "Nuestro 'saludo' a la nueva Constitución española" en el nº 29 de esta revista, diciembre 1978 - febrero 1979, y "¡Abajo la Constitución!", El Comunista nº 17, noviembre de 1978.

(6) Cfr. El Comunista nº 13, mayo de 1978, y nº 23, mayo de 1979.

(7) Se trata de la declaración del 14.I.1976, firmada, entre otros, por el PSOE, PCE y los tres partidos maoístas PTE, OMT y MC, donde se decía que era "preciso lograr la ruptura del régimen para que no se produzca la ruptura de la sociedad".

tauración de una "dictadura obrera y popular", como pasos esenciales de la victoria del socialismo. La verdad prosaica ha sido que se ha movlizado, sí, pero para aportar su apoyo al restablecimiento de la paz social (8), movilizándose en estridentes campañas "antiterroristas y poniendo sus sindicatos al servicio de otros "nuevos planes de desarrollo" de un capitalismo cuya crisis es la prueba de la necesidad material de su destrucción, ofreciéndolos, entre tanto, para la tarea infame de "recuperar" las explosiones obreras que escapan a las grandes confederaciones.

El trotskismo, que en 1962 había reafirmado una vez más su preferencia por un régimen democrático, inscribiendo en su programa la democracia parlamentaria y la Asamblea Constituyente, presentando a la democracia "como un subproducto de un alza revolucionaria del proletariado", y que pretendía "rechazar la eventualidad de (...) un movimiento de masa que se contentaría con arrancar las libertades democráticas instalándose plácidamente en el cuadro tradicional de democracia burguesa parlamentaria" (9), ha terminado -y no podía ser de otro modo- por hacer del "subproducto" su epicentro programático, prefijándose el "perfeccionamiento" de la democracia, la "depuración" de sus órganos legislativos, judiciales y represivos.

La realidad no perdona ningún error teórico, decía Trotsky. Mientras la demagogia cínica del maoísmo desenredaba su madeja contrarrevolucionaria, la demagogia "romántica" del trotskismo era barrida por las fuerzas materiales, terminando no solo como consejero de los grandes sindicatos y partidos "obreros" contrarrevolucionarios (¡cuya unidad parlamentaria o gubernamental sería la expresión de la unidad de la clase obrera!), sino denunciando abiertamente las reacciones de proletarios que, en sobresaltos violentos y espontáneos, se levantaban contra el frente único de la democracia (10).

o o o

Del proletariado de los países industrializados, de Europa en particular, el español es el que menos ha sido rozado por las tradiciones y el virus de la democracia. La alta carga de antagonismos sociales hizo que las efímeras democracias de 1873 y 1931 hayan presidido el desencadenamiento de guerras civiles. Aquí, la burguesía ha debido mantener su dominación de clase blandiendo abiertamente su dictadura sobre un proletariado cuyas revueltas, haciendo eco a la lucha revolucionaria del proletariado europeo, se desencadenaron en 1856, 1873, 1934 y 1936.

(8) Su diligencia fue tanta que estos falsos quijotes de la República "popular revolucionaria"... llamaron a votar por la Constitución monárquica. Meses antes, en junio de 1978, firmaron conjuntamente con la extrema derecha, con el partido del gobierno UCD, con el PSOE y el PCE, una declaración donde se comprometían "a actuar solidariamente y con toda energía en aquellos casos en que se produzca cualquier hecho violento, venga de donde venga, que afecte la convivencia democrática" (El País, 10.VI.1978).

(9) Cfr. la Resolución adoptada por el Secretariado internacional de la IV Internacional en julio de 1962 y "Espagne, maillon le plus faible de la chaîne capitaliste européenne" (1.VI.1972) publicados nuevamente en Espagne, l'agonie du franquisme (Cahier Rouge nº 5).

(10) Cfr. "Las luchas en el Metal", El Comunista nº 14, julio-agosto de 1978.

Cogida en las tenazas de un acelerado desarrollo capitalista que ha agudizado los ya violentísimos antagonismos en las ciudades y los campos, frente a un proletariado que porta consigo un vivo sentimiento de clase y una memoria social grabada a sangre y fuego, la burguesía española, aconsejada y presionada a la vez por las europea y americana que veían en el régimen franquista un elemento no de fuerza, sino de debilidad y desequilibrio en el alineamiento político y estatal del Occidente, ha tratado tardíamente, en medio de la crisis mundial, de introducir por tercera vez la democracia, y de habituar a los proletarios a sus reflejos paralizantes. Pero sus cartas son, relativamente, mucho más reducidas que con las que contó la burguesía italiana, que tras la "Blitzkrieg" del fascismo y la posterior ocupación militar de los Aliados, pudo hacer coincidir la "sed de democracia" inculcada por el stalinismo con un auge económico de casi tres decenios, permitiéndole un respiro capaz de forjar un sólido tejido social y político susceptible de ceñir estrechamente a las más vastas masas y forjar los reflejos del colaboracionismo en generaciones enteras de proletarios. España constituye un eslabón débil del capitalismo euroamericano.

Con la adopción de la Constitución, y las últimas elecciones parlamentarias y municipales, un ciclo se cierra, no en el sentido de la "normalización democrática" (en substancia, ya hace dos años habíamos calificado el régimen en vigor como una democracia típica), sino en el sentido del pleno desarrollo de sus funciones antiproletarias y de la pérdida de las "ilusiones virginales" del "extremismo" democrático.

Y el proletariado español, que en los últimos años ha desplegado enormes energías en defensa de sus condiciones materiales de existencia y de su derecho de asociación, se ha visto en los dos últimos años sin una dirección decidida a librar batalla al frente único de las fuerzas de la democracia. Esto explica el porqué, aún más que la crisis, de la caída de la curva huelguística, a la vez que la radicalización y el trágico aislamiento de luchas puntuales (Ascón, Hospitales, Fasa-Reñault...).

La situación tiene, sin embargo, la ventaja de la clarificación. De este período rico de experiencias sociales y políticas, sólo el comunismo puede confirmar sus posiciones programáticas y previsiones históricas ante un proletariado que estará consolidado a buscar la vía de la lucha de clase.

o o o

La fase final de la democratización española coincide, en sus grandes líneas, con su fase inicial en toda un área de América Latina. Inspirada por el imperialismo americano y apoyada por las burguesías locales, la democracia moderna -en sus tendencias fundamentales-, plenamente contrarrevolucionaria, hace su aparición en Perú, se anuncia en Brasil y Bolivia, y no es difícil seguir la lenta formación de sus condiciones políticas previas (lo que no significa aún su puesta al orden del día) en Chile y Argentina (11).

Mientras la democracia mexicana se "actualiza", legalizan

---

(11) Cfr. "La función del terror burgués", El Proletario nº 2, diciembre de 1978.

do al PC stalinista, la burguesía brasileña, a través de su portavoz Severo Gomes, dos veces ministro del régimen militar en los últimos catorce años, conjuntamente con el anuncio del programa de la democratización gradual, pacífica y controlada del Estado, demuestra la clara comprensión de la naturaleza histórica de esta última:

"Es preciso reconocer que vivimos en una sociedad de clases y, por lo tanto, en una sociedad donde existe permanentemente el conflicto de clases. Es preciso legalizar, institucionalizar y reconocer esta realidad, y tener un modelo político capaz de ajustar y resolver estos conflictos permanentes (...) El problema consiste en que las organizaciones (políticas y sociales) (...) (se atengan a las) leyes que regulen la acción de los diferentes grupos y de las diferentes formas de expresión y de lucha dentro de la sociedad. Se podrá admitir entonces la constitución de estas organizaciones, pero lo importante para su supervivencia es su manera de fortalecer el régimen democrático, las instituciones, el orden jurídico del país (...) Entiendo que estamos en vísperas de una gran decisión nacional. O marchamos siguiendo una visión diferente (de la actual), para la incorporación de la gran mayoría de los brasileños (en la democracia), o estará comprometida la supervivencia del mismo régimen capitalista en el país" (12).

Con el despertar de un movimiento espontáneo de resistencia obrera, se acelera la formación de un peleguismo democrático, formalmente independiente del Estado, como metamorfosis del sindicato estatal dependiente del Ministerio de Trabajo (13), en tanto que la socialdemocracia europea apoya febrilmente no solo la formación de este sindicalismo amarillo parafascista, sino también un gran "partido del trabajo" con los Brizzola y Cía.

Maofistas y trotskistas se emborrachan a su vez con la perspectiva de la Constituyente (tildada de "subproducto de un auge revolucionario"), con una democracia acordada con el beneplácito de la burguesía y el imperialismo.

Pero es en Perú donde se concentra el papel de la democracia, que se presenta en una forma tanto más pura cuanto menos dotado está el capitalismo de amortiguadores sociales. Aquí coexisten en armonía una dictadura militar abierta y represiva y esta expresión máxima de la democracia que es la Constituyente; la presión violenta del movimiento obrero y el apoyo abierto del stalinismo y de las direcciones sindicales confederales a la política del Estado; el papel contrarrevolucionario de la Constituyente y la fraseología demagógica de una "extrema izquierda" impregnada hasta la médula de legalismo y democratismo (14).

o o o

Las burguesías y los capitalismo nacidos con atraso no recorren el ciclo productivo de los viejos, sino que queman las etapas de un desarrollo que llevó del artesanado a la gran indus

(12) Cfr. "Coyuntura Brasileira", oct-nov-dic. de 1978.

(13) Cfr. "Peleguismo democrático", El Proletario n° 4, mayo de 1979.

(14) Cfr. "Los trotskistas y su vía peruana al socialismo", El Proletario n° 3, febrero de 1979.

tria. Los capitalismo frágiles y periféricos -pero sólidamente integrados en el mercado mundial y aspirados por el irrefrenable desarrollo burgués- tampoco recorren el ciclo político de sus antepasados europeos, sino que queman, condensan y hasta llegan alguna vez a preludiar las etapas de su desarrollo político, tendiendo a hacer suyas, junto a las formas más modernas de la producción capitalista, las formas más modernas de su dominación.

La España relativamente atrasada, pero con un proletariado rebelde y clasista, tuvo que recurrir a una síntesis de fascismo y bonapartismo para aplastar al proletariado y completar el desarrollo industrial de la sociedad burguesa. Apoyándose en la densa red de relaciones políticas, financieras, económicas y sociales que la ligan a Europa y América, debió quemar las etapas para pasar del régimen franquista a la forma más acabada del blindaje de la democracia totalitaria posbélica.

En América Latina, el peronismo y el varguismo combinaron los primeros pasos de un proceso industrializador con una mixtura original de democracia parlamentaria, de fascistización sindical y de pretorianismo. Con la democratización argentina de 1973-76, se dió un ejemplo acabado (que aunque frágil no ha sido menos eficaz) de democracia blindada. En España y América Latina, conjuntamente con el trastocamiento profundo y generalizado de todas las relaciones sociales, el impetuoso desarrollo burgués de estos últimos tres decenios ha creado un proletariado joven y concentrado que ha pasado por la dura escuela burguesa de la violencia y del terror. Desde la vieja Europa ultracapitalista hasta en lo que es el fundamento del imperio americano, desde las minas de Asturias hasta en las de Bolivia y Perú, desde los cordones industriales de San Pablo, Lima y Córdoba hasta en los de Barcelona, Madrid, Cádiz, Vigo y Bilbao, entre tantos otros, este proletariado ha dado en los últimos años un índice de sus inmensas potencialidades. Febrilmente, las burguesías y el imperialismo tejen una red invisible, pero no menos material y férrea, para aprisionar y adormecer sus músculos vigorosos.

La tarea aún más urgente que nos incumbe es crear precisamente la condición sine qua non de la integración de las inmensas reservas revolucionarias de este proletariado en la lucha, por fin victoriosa, de la clase obrera internacional: la importación, por primera vez en el área iberoamericana, de la doctrina, los principios y el programa de la revolución comunista mundial; polarizar en torno suyo y, por ende, de la lucha política del Partido, una vanguardia proletaria a la altura de la reanudación teórica, práctica y organizativa con el hilo rojo de la emancipación proletaria, fuera de la democracia y contra ella.

## **LAS TESIS CARACTERISTICAS DEL PARTIDO**

seguidas de

**LO QUE DISTINGUE A NUESTRO PARTIDO**

75 Ptas - 4 FF - 3 FS

# Sobre la vía del partido "compacto y potente" de mañana

En nuestra concepción, el partido de clase solo puede nacer sobre la base de un conjunto completo de posiciones teóricas y programáticas y de orientaciones tácticas. Este patrimonio es evidentemente *necesario* al partido para asegurarle que estará presente en el encuentro histórico con el movimiento real cuando éste estalle bajo la presión de determinaciones materiales; pero sería un error mecanicista y fatalista creer que ese patrimonio sería *suficiente*. A la inversa, sería igualmente falso y, para decirlo de una vez, idealista y espontaneísta, considerar que solo se podrá hablar de Partido *en sentido estricto* recién cuando el movimiento real haya reunido a su alrededor a un número apreciable de proletarios, y cuando una serie de fuerzas y de corrientes políticas, que habiendo partido de posiciones divergentes u opuestas, hayan convergido en la plataforma política y programática que éste defiende contra la corriente. El primer error paraliza los esfuerzos del Partido para devenir un factor y no solo un *producto* de la historia, para devenir ese "partido compacto y potente" que *no puede ser en el momento de su nacimiento*. El segundo, difiere el nacimiento mismo del Partido para un futuro indeterminado, lo hace derivar de factores *imponderables e independientes* de nuestra acción, y reduce ésta a "echar luz sobre las tinieblas". Ambos convergen en privar a la clase del órgano que debe guiarla en el camino de la conquista del poder, el que solo estará en condiciones de hacerlo si no solo ha reivindicado sino también ha realizado, en la medida en que haya podido hacerlo, incluso en los períodos más estériles y negativos, todas las actividades propias del Partido revolucionario de clase en los períodos favorables y fecundos. Uno y otro no son simples "desviaciones" en relación a nuestras "tesis características". Ambos traducen el paso a *otras tesis*, la elección de un camino diferente.

Durante estos últimos años hemos consagrado un considerable espacio a la crítica del primero de estos errores. Es importante combatir el segundo, y en este sentido pensamos que la mejor

manera de hacerlo es remontándonos a los orígenes lejanos y próximos de nuestra constitución en Partido.

## La "carta a Korsch"

En noviembre de 1926, Amadeo Bordiga respondía a Karl Korsch, quien, en nombre de una pequeña corriente "de izquierda" que acababa de constituirse en el Partido Comunista de Alemania, lo invitaba a ponerle a la cabeza de una oposición internacional al stalinismo en el seno del Komintern. De esta carta no retendremos aquí ni el juicio emitido sobre la Oposición Unificada en Rusia (1) ni tampoco las perspectivas de lucha en las filas de la Internacional Comunista, perspectivas que entonces creíamos más favorables, si no en lo inmediato al menos a largo plazo, de lo que éstas se revelaron más tarde. Lo que nos interesa es la manera de plantear las condiciones necesarias para el nacimiento de semejante corriente de oposición, considerada como el instrumento de una posible regeneración del Komintern o como el embrión eventual de la nueva y futura Internacional, es decir, del Partido de clase a escala mundial.

La invitación estaba dirigida a *nuestra* corriente y ésta no venía de un ala *cualquiera* del movimiento obrero europeo; no venía ni del consejo de los Gorter y Pannekoek, o del anarcosindicalismo de los Rosmer y Souvarine, es decir, de corrientes que las circunstancias habían hecho acercar a la Internacional en 1919-21, pero que habían permanecido durante bastante tiempo en su seno como cuerpos extraños; ni tampoco venía de ese avispero de la "contestación" inestable y ecléctico, alternativamente "de izquierda" o "de derecha" a merced de los acontecimientos, representado por Maslow y Fischer. La invitación nos había sido dirigida por la *única* corriente que en esta situación había expresado en la Internacional posiciones tácticas análogas a las posiciones constantemente defendidas por la Izquierda del PC en Italia en los grandes debates de Moscú; una corriente que convergía, pues, sobre una plataforma *tendencialmente* cercana a la nuestra, tanto por la pertenencia a una matriz teórica común como por la elaboración de orientaciones tácticas análogas. Por esto una respuesta era a la vez necesaria y *posible*.

De ningún modo Bordiga excluyó en su respuesta la posibilidad, *en teoría*, de la convergencia de las dos corrientes en un determinado estadio. Pero esta posibilidad no le impide, tanto desde el punto de vista de los principios como desde el punto de vista de la situación, juzgar como *prematureo* el intento de constituir una oposición internacional de izquierda que tenga una existencia real, ni episódica ni evanescente. Esto significa no que semejante oposición no haya sido deseable; el intercambio de cartas con Korsch tiene lugar mientras la Oposición Unificada en Rusia emprende su combate decisivo, y a pesar de todas las divergencias sobre la orientación dada a la Internacional y sobre la forma de dirigirla, todos los marxistas revolucionarios debían apoyarla a fondo. Pero si había que extraer una lección (o, para nosotros,

---

(1) Referente a este tema ver "La crise de 1926 dans le PC russe et l'Internationale", *Programme Communiste* N° 68, octubre 1975, p.27 y siguientes.

una confirmación) de la breve existencia de la III Internacional, era precisamente que no podía constuirse el Partido mundial *único* de la revolución proletaria sobre la frágil base de un "bloque de oposiciones" *locales o nacionales*, unidas solamente por las "sugestiones de la situación objetiva". Solo se lo podía construir (o reconstruir) si se fijaba como objetivo prioritario e imprescriptible -aun cuando para hacerlo fuese necesario ir contra la corriente de las manifestaciones inmediatas del "movimiento real" - "construir una línea de izquierda que sea verdaderamente general y no ocasional, que se ligue a sí misma a través de las fases y de los desarrollos de situaciones alejadas en el tiempo y diferentes unas de otras, afrontándolas a todas sobre el terreno revolucionario adecuado", sin por esto "ignorar para nada sus caracteres distintivos objetivos" (2). Y este objetivo solo podía alcanzarse -como lo había hecho Lenin frente al hundimiento de la II Internacional y como nuestra corriente se había esforzado por hacerlo en un marco más modesto- a condición de restablecer los pilares de la doctrina marxista en su integridad, y de fundar sobre ellos el balance del movimiento obrero con sus alzas y sus bajas, hasta las manifestaciones más recientes y dramáticas.

La adhesión de Partidos o de pedazos de partidos ex-socialistas a la Internacional de Moscú en 1919-21 no se había producido como el resultado natural de la elaboración de una "línea de izquierda general y no ocasional" que se anticipase ampliamente al movimiento objetivo; por el contrario, ésta se había hecho a remolque de este último. Y el intento de Lenin de colmar el retraso existente en relación a las presiones objetivas de la primera posguerra con su encuadramiento "subjetivo", reuniendo primero materialmente a los diferentes grupos en la Internacional para "luego solamente fundirlos en forma homogénea al calor de la revolución rusa" (3), "en gran parte" había fracasado (4).

En 1926, el "calor" de Octubre se había disipado, y el primer deber de quienes sinceramente querían oponer un dique internacional de izquierda al stalinismo -sin excluir que éste pudiese constituir la base de un renacimiento de la Internacional, pero sin afirmarlo tampoco *a priori* como los impacientes "creadores de partido" de escritorio-, consistía en hacer precisamente lo que la enorme mayoría de los partidos, grupos y fracciones, que seis o siete años antes habían acudido a Moscú para golpear la puerta del Komintern, *no habían hecho* en relación a su pasado. El ciclo histórico que se acababa, proporcionaba los materiales de tal balance, a condición de retomarlo *desde sus comienzos*. Lejos de partir de la apreciación inmediata de la situación para extraer de ella los elementos de una línea necesariamente ocasional,

---

(2) Carta de Bordiga a Korsch, 28 de octubre de 1926, publicada en francés en *Programme Communiste* Nº 68.

(3) *Ibid.*

(4) Este intento derivaba de condiciones materiales objetivas. En sí mismo, contrariamente a lo que se pretendió por diversos lados, no era voluntarista. Incluso la escisión de Liorna de 1921 tampoco pudo hacer abstracción de estas condiciones materiales ya que el Partido Comunista de Italia al que dió nacimiento incluía por la fuerza de las cosas a un ala "gramsciana", que sin duda no se podía calificar como marxista (referente a este tema ver "Gramsci, L'Ordine Nuovo et Il Soviet", *Programme Communiste* Nº 71, 72, y 74). El germen de las regresiones posteriores no estaba pues en el intento mismo, sino en el hecho de no haberle fijado límites rigurosos. Esto es lo que venimos afirmando desde 1920

había que proceder *precisamente a la inversa*: había que extraer una línea *no ocasional* de un balance crítico general del movimiento obrero, interesándose en las "deficiencias iniciales - *no en el plano teórico sino en el de la táctica, de la organización, de la disciplina- que (habían) hecho que la III Internacional también (fuese) susceptible de conocer peligros de degeneración*" (5) y que estaban exponiendo a peligros análogos y cada vez más amenazantes a la dictadura del proletariado en la misma Rusia.

Para realizar este *trabajo de elaboración "espontánea"*, es decir, no bloqueado por reagrupamientos previos de fuerzas heterogéneas, y desarrollado sobre la base de un balance *global* del pasado, nuestra corriente no invitaba al "movimiento en general", ni a *cualquier* oposición de izquierda de la III Internacional. Sólo llamaba a las corrientes que la situación crucial de los años 1926-27 parecía aproximar alrededor de una perspectiva más seria, más profunda y más radical que el denominador común *negativo* de la oposición al stalinismo. Y pedía a cada uno que cumpliera su deber en este sentido aportando su contribución, no solo en formulaciones teóricas, sino también en experiencias vividas en su propio campo de acción histórico-geográfico, para la mejor resolución de los problemas de orientación general que habían *quedado sin solución*. Solamente el resultado de este trabajo mostraría si los tormentos de estos años catastróficos podían o no dar nacimiento a un nuevo organismo dotado de la cualidad esencial que había faltado a la Internacional Comunista: la homogeneidad de origen, de orientación, de organización y, por lo tanto, la *continuidad de acción en el espacio y en el tiempo*.

Pero al plantear el problema de esta manera, en forma rigurosamente determinista y no voluntarista, se planteaba al mismo tiempo las condiciones de una *inevitable selección*. Si bien en 1926 Bordiga no opone un rechazo *a priori* a la invitación del militante Korsch, enfoca la posibilidad de una coincidencia con su corriente con una no disimulada reserva: él prevé con certeza que, *sobre las bases actuales*, las fuerzas opuestas al stalinismo seguirán el curso dictado por su pasado y por sus doctrinas. Y de hecho, la oposición trotskysta mantendrá una valiente batalla de retaguardia, pero no logrará desprenderse del grueso del ejército derrotado para "*rechazar claramente los elementos disolventes de la táctica 'maniobrera' falsamente definida como bolchevique y leninista*" (6). La oposición alemana, raquítica y efímera, retomará las funestas oscilaciones de un polo a otro que desde los comienzos habían caracterizado su línea dictada únicamente por las sucesivas circunstancias del momento (lo que nosotros llamamos el *contingentismo inmediateista* del KPD) y acabará su caótica trayectoria en el seno de la democracia. Al intentar responder a la cuestión: *Hacia adónde va Rusia?* que se planteaba desde 1926 y que tanto peso tendría en las décadas ulteriores, la primera quedaba encerrada en la fórmula del Estado obrero degenerado; la segunda era incapaz de superar la del "aparato dictatorial de poder" que aparentemente correspondía a la "naturaleza burguesa" de Octubre; y ambas extraían las consecuencias estratégicas y tácticas que ineluctablemente derivaban de su posiciones respectivas. Aun que de manera diferente, las dos seguirían al movimiento real en

---

(5) Carta de Bordiga a Korsch, op.cit.

(6) La cita está extraída de nuestro texto de 1946, *Eléments d'orientation marxiste*, opúsculo en francés de Editions Programme.

su fase de reflujo, en vez de afirmarse como su *conciencia crítica* y de prepararse de este modo para tomar su dirección en la fase de ascenso, por más alejada que ésta estuviera.

A lo largo de su historia (una historia de la cual forma parte, como veremos, "la Fracción de izquierda en el extranjero", a pesar de sus límites *objetivos*) nuestra corriente pudo alcanzar esta conciencia crítica, gracias a la continuidad de su batalla por defender una "*línea verdaderamente general y no ocasional*", y gracias a la rigurosa aplicación del método marxista al análisis de la contrarrevolución en Rusia y en el mundo. Por haberla alcanzado, pudo 25 años más tarde constituirse en conciencia crítica *organizada*, en *cuerpo militante actuante*, en Partido; ya veremos en qué condiciones y sobre qué base, pero de entrada podemos decir que esto no fue producido por un movimiento ascendente, sino por el contrario, *precediéndolo* de lejos. Hoy (y mañana) como ayer hay que proseguir este trabajo, "*preparar el verdadero partido, a la vez sano y eficaz, para la época histórica en que las in-famias de la sociedad contemporáneas impulsarán nuevamente a las masas insurgentes a la vanguardia de la historia*" (7), preparar el partido "*compacto y potente, órgano indispensable de la revolución*", que aún no somos. Esta preparación no puede lograrse en el marco de las dos falsas visiones que hemos evocado al comenzar este artículo. Solo puede hacerse sobre la base del *bloque unitario* de las posiciones teóricas, programáticas y tácticas reconstituidas por el "microscópico" partido de 1951-52 o de hoy, y solo puede hacerse *en sus filas*.

Por consiguiente, es un error creer que la carta de Bordiga a Korsch se remitía para constituir una oposición internacional de izquierda en el Komintern al curso general de la lucha y de las experiencias proletarias, esperando que el mismo tiempo hiciera madurar la necesidad y la posibilidad de esta organización, y, en el límite, del partido. En realidad, esta carta hacía depender esta perspectiva de la capacidad de las corrientes de oposición al stalinismo que habían aparecido en la Internacional Comunista de llegar a realizar un balance *general* del pasado y del presente, partiendo cada una de sus propias premisas ideológicas y no uniéndose sobre la base de posiciones parciales y circunstanciales; un balance general que la clase *jamás puede* extraer con sus propias fuerzas, aún cuando ella proporcione los elementos del mismo, y al cual solo se llega en los virajes decisivos de la historia a condición de ir *contra la corriente* del movimiento real.

En el momento en que la carta fue escrita, todos nosotros pensábamos que en Rusia la partida todavía no estaba perdida. No había que "desear la escisión" de los partidos ni de la Internacional. Si había que preguntarse *por qué* los partidos, la Internacional, y la dictadura proletaria victoriosa habían podido volverse susceptibles de degenerar, buscando la respuesta a esta cuestión *dentro de las tesis* sobre las cuales se había constituido al Komintern y no fuera de ellas, es decir, en el bloque unitario de la doctrina marxista. Algunos meses bastaron para mostrar que *ninguna* de las corrientes de la "izquierda comunista" tenía la fuerza de hacerlo. No solo les faltaba el sólido bagaje teórico indispensable para no preci-

---

(7) "Thèses supplémentaires sur la tâche historique, l'action et la structure du Parti Communiste mondial", 1966. Ver nuestro opúsculo *Défense de la continuité du programme communiste*, p.218.

pitarse hacia deducciones espontaneístas, inmediatistas, anti-partido y anti-dictadura, en una palabra, democráticas, sino que además *siguieron* paso a paso el movimiento en su curso objetivo. Cuan- do deberían haberse convertido en su *fuerza crítica*, no hicieron más que reflejarlo, aunque de manera invertida.

Por otra parte, se verificó que la partida que habíamos creído todavía en juego ya estaba indiscutiblemente perdida. En el curso mismo del viraje de los años 30, el problema fue, entonces, desplazándose progresivamente: en un principio, se trataba de luchar en el seno de la Internacional para hacerla renacer sobre sus propias bases constitutivas a la luz del balance crítico de su progresivo abandono; luego, se tratará de trabajar *fuera* de la organización putrefacta y *contra ella*, apuntando a la reconstitución *ex novo* del partido comunista mundial.

## La Fracción en el extranjero

El mérito de nuestra Fracción en el extranjero entre 1928 y 1940 fue el de resistir, tanto en este terreno como en otros, so- bre posiciones que no podían no estar contra la corriente. No es cierto que *a priori* ella haya rechazado por principio las diver- sas manos que se le tendían, en particular la de Trotsky. Lo que ella rechazaba, y con mucha razón, era un proceso de *agregación* (diríamos hoy) de fuerzas y de corrientes heterogéneas, acomuna- das sólo por el factor *negativo* de la oposición al stalinismo, al que por otra parte se interpretaba de tantas formas diferentes se- gún sus diversas matrices ideológicas; de corrientes incapaces de desprenderse del marco forzosamente restringido de los problemas que la Oposición rusa había tenido que afrontar, para alcanzar una visión de conjunto de todos los problemas que se planteaban a *to-* do el movimiento comunista internacional, que hundían sus raíces en un terreno más vasto, en todo caso más complejo, y que no con- cernían solo el presente sino también al pasado.

Lo que ella rechazaba era la pretensión de enderezar, o, luego, de reconstruir la Internacional no solo con los materiales de un movimiento que en sí mismo ya no tenía capacidad alguna de recuperación, sino con los de movimientos que Trotsky mismo, en total acuerdo con nosotros, había juzgado y condenado como *intrín-* *sicamente* muertos para la causa del movimiento revolucionario, a saber, los partidos social-demócratas, que se quería recuperar en parte a través del "entrismo". Por el contrario, lo que ella de- fendió tenazmente fue la necesidad de recomenzar desde el princi- pio, de no ceder ni a las sugerencias de un voluntarismo generoso hasta el heroísmo pero carente de una apreciación materialista de las relaciones de fuerza, ni a las *apariencias* de *renacimiento* sub- jetivo de un movimiento objetivamente atrapado en una atormentada *agonía*.

En los años 1930 Trotsky quería reconstruir la Internacio- nal no solo como si a escala mundial se estuviese en una situa- ción de ascenso revolucionario similar al de los años 1918-20, sino que además quería hacerlo *acentuando* los errores de táctica y de organización que habían sido cometidos entonces en la perspectiva de fundir corrientes heterogéneas al calor de la revolución. La *in-* *madurez* que, como lo hemos dicho constantemente, condenaba inexora- blemente al fracaso su generosa tentativa, tenía, sin embargo, o-

tra implicancia que la Fracción no percibió y que *no podía* percibir. Reivindicar hoy la continuidad que la Fracción logró mantener firmemente gracias a una magnífica batalla, rechazando los miles de expedientes gracias a los cuales las otras corrientes se imaginaban poder escapar más rápidamente de las tenazas de la contrarrevolución ascendente, significa igualmente comprender las razones materiales por las cuales la Fracción también nos ha legado, junto a tantos valores positivos, elementos *caducos*. Ocurre que las "lecciones de las contrarrevoluciones", como diremos más tarde, *no pueden* ser extraídas en *cualquier momento*, y en particular en el momento preciso en que apenas se está saliendo de una derrota que no parece del todo consumada y de la que necesariamente se sienten los reflejos incluso en el plano ideológico. "Aprender de la contrarrevolución" significa *poder* comprender que ésta no solo no invalida, sino que confirma *en todo y totalmente* la doctrina, arma con la cual habíamos entrado en la lucha para derrotar al enemigo y no para ser derrotados por él; comprender que para preparar la recuperación no se trata de buscar defectos en sus propias armas teóricas y programáticas, sino, por el contrario, redescubrir su fuerza y su potencia en *todos* los puntos, y remitirse a ellas como a un bloque monolítico para recomenzar rápidamente sin obstáculos. Ahora bien, no se puede llegar a esto sino solo *después* que la fuerza dominante en la contrarrevolución (entonces llevaba el nombre relativamente anodino de "centrismo") haya recorrido su trayectoria hasta el final, que se haya revelado abiertamente como pilar "de izquierda" del orden establecido cayendo en un abismo al cual arrastró -desgraciadamente, pero es la ley de la historia- a la *inmensa mayoría de la clase*. Es solo en *este momento* que puede hacerse, pero esto significa que puede hacerse mucho antes de que pueda anunciarse un ascenso del movimiento real de la clase que haya reencontrado sus posiciones propias. No puede hacerse antes porque es solo entonces cuando están dadas las condiciones que permiten a un núcleo a veces extremadamente restringido de militantes (recordemos que Marx y Engels tuvieron que formar durante años un "partido de dos") desprenderse del ejército derrotado para llegar, retomando las armas de origen con exclusión de cualquier otra, a la completa comprensión de las causas de la derrota a la vez que de las condiciones de una futura ofensiva.

La imposibilidad de quebrar, por así decirlo, el círculo subjetivo de la contrarrevolución, condujo a la Fracción a ciertos abandonos, como por ejemplo en la cuestión nacional y colonial, e incluso a propósito de Rusia, no tanto en la apreciación de lo que ella se había vuelto, sino en la búsqueda de una vía diferente de la de los bolcheviques en el ejercicio de su dictadura y en el recurso a la NEP, una vía que impediría en el futuro una repetición de la catástrofe 1926-27; y también, en cierto sentido, en la cuestión del partido y de la Internacional. Mientras que Trotsky juzgaba a la situación madura para su reconstrucción porque creía que el *sentido de evolución* del movimiento real ya estaba *invirtiéndose*, la Fracción pensaba que esta inversión solo sería provocada por la aproximación de la segunda carnicería imperialista, o en reacción contra ella. Aunque partiendo de una hipótesis bien diferente de la de Trotsky, ella esperaba también esta reconstrucción del impetuoso retorno de las grandes masas al terreno del enfrentamiento directo con el enemigo.

Así, el artículo titulado "*Vers l'Internationale deux et trois quarts...*?" aparecido en el Nº 1 de la revista *Bilan*, órgano teórico mensual de la Fracción (8), es fundamental porque cri-

tica el veleitarismo trotskysta y reafirma en términos vigorosamente dialécticos la necesidad de sentar la reconstrucción del Partido y de la Internacional sobre un *balance histórico*, tarea para la cual ninguna de las corrientes de izquierda estaba preparada en absoluto. Pero inmediatamente plantea como *segunda* condición del renacimiento del partido "la *eclosión de movimientos revolucionarios*", que, invirtiendo "el sistema de las relaciones de clase tal como está constituido luego de la victoria del oportunismo" permita "a la fracción retomar la dirección de las luchas hacia la insurrección" (p. 19). Y, más adelante: "las fracciones de izquierda solo podrán transformarse en partido cuando los antagonismos entre la posición del partido degenerado y la posición del proletariado amenacen a todo el sistema de las relaciones de clase determinado por la victoria del centrismo en el seno de los partidos (comunistas)" (p. 21). Pasajes de este tipo nutren evidentemente las especulaciones de quienes, como el grupo *Révolution Internationale*, hoy teorizan como inevitable la degeneración oportunista de todo partido de clase que pretenda constituirse antes de la ola revolucionaria futura, y que, esperando esta ola y con el pretexto de estar trabajando en el "balance" preliminar al renacimiento del partido formal, se consagran a una completa revisión de las Tesis constitutivas de la Internacional. Para nosotros, el error de la Fracción no era tanto el creer que la victoria del oportunismo en los partidos del Komintern (que en realidad ya estaba muerto) iba a desencadenar en su seno, e incluso en la clase en general, una reacción violenta, determinada por la inversión de las relaciones partido-proletariado; ni tampoco era el esperar la explosión del movimiento revolucionario del cataclismo de la segunda guerra mundial. Estas eran, cuanto mucho, apreciaciones excesivamente optimistas, a las que por otra parte era muy difícil escapar al calor del curso impetuoso de este ciclo histórico. El error era, precisamente, el hacer coincidir el nacimiento del Partido con su encuentro con la clase; el identificar el proceso de su formación con el de la conquista de una influencia decisiva sobre el proletariado e incluso con la toma de la dirección de la lucha por el poder. Más arriba hemos dicho que el Partido de clase solo podía reconstituirse después de que hubiera acabado la trayectoria de degeneración de la Internacional y antes de que el proletariado se levantase del abismo donde él también había caído. Es preciso agregar que este renacimiento necesariamente debía, como todavía sigue siendo el caso, preceder este ascenso del proletariado.

Sin duda puede ocurrir, como consecuencia de un encadenamiento de circunstancias independiente de cualquier voluntad, que el órgano-partido se forme con atraso en relación a una situación de alta tensión social como fue el caso general de los partidos comunistas occidentales, incluido el nuestro. Pero la fracción que teoriza este retraso, que hace depender su transformación en partido de la explosión de movimientos revolucionarios, incluso insurreccionales, se condena al suicidio (como desgraciadamente ocurrió a Rosa Luxemburgo y Karl Liebknecht) y condena la clase al holocausto porque priva a la clase de su dirección no solo teórica sino también práctica, de este instrumento que no es solo un programa sino también una organización, y que solo se convierte en dirección efectiva en el curso de un proceso, ni breve ni fácil pero indispensable, de "importación de la doctrina comunista

en el proletariado", importación que no se hace a través de la simple propaganda, sino al calor de las luchas y a través del enfrentamiento violento contra todos los falsos recursos de las "soluciones" extra y anti-marxistas.

Por otra parte, la historia de nuestro pequeño movimiento ha mostrado que era exactamente *ése* el camino a recorrer, y que el Partido no nace *porque y cuando* la clase ha reencontrado, bajo la presión de determinaciones materiales, la vía única y necesaria de la reanudación. Este nace *porque y cuando* un círculo forzadamente "microscópico" de *militantes* ha alcanzado la comprensión de las *causas* de la situación objetiva *inmediata* y la conciencia de las *condiciones* de su *futura inversión*; porque ha extraído de ésta la fuerza, no para "completar" el marxismo con *nuevas* teorías, elaboradas en el aislamiento de un cenáculo de investigadores o de un "grupo de trabajo", situación a la que lo habría reducido la constatación de que la segunda posguerra *no repetiría* la primera al no ofrecer perspectivas próximas de recuperación revolucionaria, sino para reafirmar el marxismo en su *integridad, invariante e intacto* (9); porque sobre esta base ha sido capaz, por un lado, de extraer el balance de la contrarrevolución como confirmación *total* de nuestra doctrina en *todos* los terrenos, y, por otro lado, de organizarse como *órgano militante* que, sin ignorar ni ocultarse a sí mismo o al proletariado que se encontraba, junto con toda la sociedad de hoy y la clase obrera en primer lugar, en "*la peor* situación objetiva posible", no dejaba por ello de reivindicar "*todas* las formas de actividad propias de los momentos favorables, *en la medida* en que las relaciones de fuerza reales lo permitan" (10).

Esto, *es* el partido y no su prólogo, y no la fracción que *aspira* a convertirse en él. *Es* el partido, aun cuando no sea "el partido potente de mañana", que no podía ser entonces como tampoco puede serlo hoy. *Es* el partido. De su desarrollo, estrechamente ligado a la lucha de clase, nosotros no esperamos su forma-

---

(9) *Révolution Internationale* se delecta en especular sobre la actitud de "desapego" asumida por Bordiga, en 1945, frente a la constitución del Partido. Naturalmente, no explica las *razones* de este desapego o, mejor aún, de esta "reserva". Lo explicaremos brevemente nosotros. En una carta a Vercesi del 26 de diciembre de 1945, después de haber tomado conocimiento de los informes presentados a una reunión sindical internacional, Bordiga escribe que "esto debía ser una ocasión de encuentro y afirmación del rechazo de los métodos empleados por los socialcomunistas durante todo el período atravezado hasta ahora, al igual que de reafirmación de las tradiciones de la Izquierda", mientras que "la construcción positiva de la directiva de trabajo es prematura en la fase de gestación actual". No deduce de ello que el partido resurgirá solo en presencia de una nueva oleada revolucionaria: *al contrario*, considera que el experimento hecho con la redacción de la *Plataforma* un año antes y que quedara "sin resultado positivo", en el sentido que "no se han cristalizado las condiciones para la constitución desde ahora del partido" (condiciones que no son pues de madurez de la situación objetiva, sino de madurez del proceso *interno* de reorientación histórica y programática), "debe ser repetido según los mismos criterios dialécticos-marxistas que contrapuse a una boga análoga de los meridionales hace un año, y *solo después* se sabrá si el partido en el sentido histórico y no puramente formalista logra surgir". Inútil decir que, siete años después, las "condiciones para la constitución del partido" resultaron "cristalizadas", sin que contribuyese a ello en modo alguno una (inexistente) reanudación de la lucha de clase, y menos aún de la lucha por el poder.

(10) "Considérations sur l'activité organique du Parti quand la situation générale est historiquement défavorable", 1965, *Défense de la continuité...* op. cit., p. 198.

ción, que ya se ha realizado, sino su reforzamiento; no esperamos la superación del estadio de "fracción", sino su paso a la cabeza de la clase, un paso que deriva no solo de nuestra actividad, pero que también deriva de nuestra actividad.

"Actualmente atravesamos un momento de depresión máxima de la curva del potencial revolucionario", escribíamos francamente en este período entre 1951 y 1952 del cual data precisamente nuestra constitución en partido; "tal momento es completamente diferente al momento propicio para el nacimiento de teorías históricas originales. En semejante período, sin perspectiva próxima de una gran conmoción social, un elemento lógico de la situación es no solo la desagregación política de la clase proletaria, sino que es igualmente lógico que sean pequeños grupos los que sepan mantener el hilo conductor histórico del largo curso revolucionario, tendido como un gran arco entre dos revoluciones sociales, a condición de que estos mismos grupos no deseen difundir nada original y permanezcan estrechamente ligados a las formulaciones tradicionales del marxismo" (11), cuya teoría y previsión han sido "integral e indiscutiblemente confirmadas por todos los grandes acontecimientos recientes", por más catastróficos que hayan sido.

## Una polémica sobre dos frentes

La polémica no estaba dirigida solamente contra quienes, con el pretexto de que "la vida y la lucha lo son todo", tendían a "despreciar y a desertar del trabajo doctrinal y la restauración teórica, que son tan necesarios hoy como lo fueron para Lenin en 1914-18", queriendo reemplazar la inmensa "búsqueda de los excepcionales momentos y puntos cruciales de la historia con los cuales el movimiento comunista pueda contar, por un voluntarismo desenfrenado que finalmente no es más que la peor, la más grosera adaptación al actual estado de cosas y a sus miserables perspectivas inmediatas" (12). La polémica contra el "falso recurso del activismo", esencial para nosotros, estaba dirigida al mismo tiempo contra quienes pretendían (¡y desde entonces cuántos lo pretendieron y lo pretenden!) extraer de la situación inmediata del movimiento, encerrado en las redes de la contrarrevolución, no la confirmación de las conquistas luminosas de las décadas de ascenso, sino su desmentido, así como "ideas" y "teorías" innovadoras, aptas para completar el marxismo o para remediar sus pretendidas carencias.

En realidad, un período contrarrevolucionario jamás podrá engendrar más que ideas y teorías contrarrevolucionarias: ¡una contrarrevolución jamás se condenará a sí misma! Y solo se puede escapar a esta fatalidad objetiva, determinada por el materialismo, si nos ligamos al *filón histórico* de la doctrina no alterada, y, a través de ella, al patrimonio de experiencias y de confirmaciones heredado de las épocas más fecundas de la historia. En lu

---

(11) Cita extraída de "L'invariance, historique du marxisme", septiembre 1952, publicada en francés en *Programme Communiste* Nº 53-54, octubre 1971.

(12) "Théorie et action", diciembre 1952, publicado en francés en *Le Prolétaire* Nº 116, noviembre 1971.

gar de buscar en el sombrero del prestidigitador una "teoría especial", había que remitirse a *ese patrimonio* para llegar a la reafirmación "*de la visión marxista integral de la historia y de su desarrollo, de las revoluciones que se han sucedido hasta hoy, de los caracteres de la que se prepara y en la cual el proletariado moderno destruirá el capitalismo e instaurará formas sociales nuevas*" (13), y para proyectarla hacia un futuro previsto como seguro gracias al acto mismo por el cual el movimiento, en su inmediatez, le daba la espalda. Tanto el inmediatismo de la acción como el inmediatismo del pensamiento destruyen las condiciones subjetivas de la reanudación revolucionaria, porque rechazan la tarea que desde el *Manifiesto* de 1848 los comunistas reivindicaban como su característica: "*representar en el presente (que puede ser el más ferocemente contrarrevolucionario) el porvenir del movimiento*". Los dos inmediatismos son los dos polos de una trampa en la cual era necesario (y siempre lo es) evitar caer.

La tarea que de este modo nos había sido fijada era larga y difícil porque había que llevarla a cabo en una relación de fuerzas ligada a la situación mundial, que, como sabíamos, no se invertiría "*antes de que hubiesen pasado varias décadas*". Esta tarea no estaba y no podía estar confiada a cualquier "reagrupamiento de individuos sabios, esclarecidos o concientes" (14); pero, por otro lado, el Partido, al renacer así sobre sus fundamentos indiscutidos e indiscutibles, precisamente porque no dependen de las circunstancias de tal o cual año, no podía, muy por el contrario, reducirse a esta tarea.

Para el marxismo, así como no existe una barrera entre revolución y contrarrevolución, tampoco la existe entre teoría y práctica. Si bien es cierto que en ciertos virajes de la historia la defensa de la primera prevalece sobre el ejercicio de la segunda, no la anula, sino que, por el contrario, se nutre de ella aun cuando esta práctica sea en lo inmediato de las más modestas. No puede ser de otro modo, ya que "*levantar una barrera entre teoría y acción práctica, más allá de un cierto límite, sería destruirnos a nosotros mismos así como a todas nuestras bases de principio*" (15). Además, y recíprocamente, en las grandes situaciones históricas donde la segunda prevalece necesariamente sobre la primera, el partido no solo no deja de defender y de afinar su patrimonio doctrinal, sino que, elevándose a las más trascendentales cuestiones de principio para esclarecer los problemas candentes de estrategia y de táctica, produce trabajos inigualados, como *El Estado y la Revolución*, escrito en vísperas de Octubre de 1917, *El renegado Kautsky* y *Terrorismo y comunismo*, escritos en plena guerra civil, e incluso la serie *Partido y clase*, *Partido y acción de clase*, *El principio democrático*, escrita durante el primer año del PC de Italia, que fue uno de los más bellos. En todo caso esta defensa de la teoría, por la cual se condensa y se refuerza la "conciencia de la clase", no se realiza en la cavidad craneana de los pensadores, por más geniales que sean, ni en grupos generosos pero improvisados de elementos "avan-

(13) Ibid.

(14) "*Tesis características del Partido*" también llamadas *Bases de Adhesión*, II, diciembre de 1951, Ed. Programme.

(15) "*Considérations sur l'activité organique du parti dans une situation historiquement défavorable*", *Défense de la continuité...*, op.cit., p. 198.

zados". Esta defensa se realiza dentro de "un tejido, un sistema, cuya función orgánica en el seno de la clase proletaria es cumplir las tareas revolucionarias de ésta bajo todos sus aspectos y en todas las fases sucesivas y complejas" (16) de la historia. Este tejido solo puede ser el partido, órgano militante, teoría y voluntad de la revolución, incluso cuando la revolución está lejos y se trata de preparar, si no su advenimiento, al menos su desenlace victorioso, imposible sin un órgano de dirección que se haya forjado a lo largo de una *velada de armas* larga y difícil.

De este modo, al reivindicar y plantear como exigencia primera la reconstrucción de la teoría, bien exclusivo y arma indispensable de la vanguardia proletaria y organizada, al mismo tiempo rechazábamos la concepción absolutamente idealista del "grupo de trabajo", del cenáculo de investigadores, de la secta, de las vestales de la doctrina retiradas en su templo esperando ser llamadas a escena por la reanudación del movimiento (17), en una palabra, de la "élite". Dándose el nombre de *partido*, e indudablemente no por amor a la etiqueta ni por estúpido voluntarismo, nuestra organización se daba esta directiva precisa cuya aceptación formaba parte de las "condiciones de adhesión": "Son los acontecimientos, y no la voluntad o la decisión de los hombres, los que también determinan, entonces, la penetración del partido en las grandes masas, limitándolo a una pequeña parte de su actividad general. No obstante, el partido no pierde ocasión de penetrar en cada brecha, en cada fisura, sabiendo perfectamente que solo habrá reanudación cuando (¡retengamos este "solo" cuan-

---

(16) "Tesis características del Partido", II, Ed. Programme.

(17) Debemos rechazar, por lo tanto, la tesis defendida por el "Anteproyecto de declaración de principio para el Buró Internacional de la Izquierda Comunista Internacional (publicado en Bélgica a fines de 1946) que decía: "En una situación histórica en la que los obreros están sometidos a factores ideológicos burgueses (desgraciadamente, incluso después y durante la revolución estos factores pesarán sobre los obreros por un buen rato todavía) y no luchan contra el capitalismo (...) la forma de organización (de los revolucionarios) que siempre está dada por el carácter distintivo de la época inmediata y contingente, está subordinada a la necesidad de hacer un trabajo de investigación teórica y de formación del programa revolucionario. A estas organizaciones las llamamos "Fracciones". En una situación en la que los obreros están lanzados a la lucha bajo la presión de factores históricos, aparece la necesidad de una nueva organización que, disponiendo del "programa de la revolución", dirige sus luchas hacia la toma del poder. A esta organización la llamamos "Partido". El proceso de transformación de las Fracciones en Partido ha sido determinado a grandes rasgos por la Izquierda comunista según un esquema que afirma que el partido solo puede aparecer cuando los obreros hayan comenzado movimientos de lucha que proporcionen la materia prima para la toma del poder". En esta desastrosa declaración se confunde: 1) la exigencia del Partido, planteada por las luchas mismas en la medida en que éstas reclaman una dirección, con la existencia previa del Partido, que prevé estas luchas y se prepara para dirigir las. Sin esta existencia previa del Partido caemos en el círculo vicioso de la situación que solo es revolucionaria si existe el Partido, y del Partido que sólo existe como tal si la situación es revolucionaria; 2) la constitución del Partido con su reforzamiento, su conquista de una influencia en la clase.

*Révolution Internationale* que se alimenta de fórmulas como éstas debería explicarnos cómo un Partido que no existe, salvo como "porta-programa", podría conquistar una influencia material en la clase! Señalamos al pasar que la Fracción en el extranjero de ningún modo se limitó a la "investigación teórica", ¡sino que ha llevado adelante una dura batalla práctica! Si todavía no era el Partido sino solo su preludio, no es por falta de actividad práctica, sino más bien a causa de la insuficiencia del trabajo teórico.

do"! este sector de su actividad se haya desarrollado ampliamente y se haya convertido en el sector dominante" (18). Lo que define como *partido*, incluso a un pequeñísimo núcleo de militantes, es la clara conciencia de la obligación de conquistar en la clase una influencia que sólo posee virtualmente, y el esfuerzo consagrado a alcanzar este objetivo no solo a través de la propaganda de su programa, sino con la participación activa en las luchas y en las formas de vida asociativa de la clase. Y es esto lo que, desde ese momento, nos definía claramente como partido.

Por otra parte, la reconstrucción teórica misma no se ha efectuado siguiendo los esquemas escolares ni según el espíritu de un instituto superior de filosofía pura o de física teórica. Esta se ha realizado siguiendo el desarrollo y las exigencias de un *enfrentamiento polémico* contra los hechos, contra las corrientes, contra las teorizaciones que se presentaban en la arena social y política o en la superestructura cultural. Se trataba de una batalla incesante, dirigida con esa "arma de la crítica" que es, en los períodos sombríos y lúgubres en los que la "crítica de las armas" no puede estar aún a la orden del día, el preludio necesario de ésta. Se trataba de un esfuerzo constante para unir al "hilo del tiempo" del presente al pasado, no con el fin de especulación intelectual, mucho menos de un ejercicio de escuela. No se trataba de escapar del triste presente a la Idea, sino de combatir *contra* el presente con las únicas armas que permitía la coyuntura histórica, demoliendo las "Ideas" que fermentaban en su estéril, y de dirigir esta lucha sobre la base de una continuidad no solo programática sino incluso física, en el interior de un organismo que, por el hecho de haberse cimentado a través del lazo de generaciones de militantes ligados a una tradición ininterrumpida de combate, era el único capaz de transmitir a la nueva generación *no la forma sin contenido*, sino *la fuerza* heredada de un siglo de guerra de clase.

### Núcleo, sin duda, pero partido

¿Es un "núcleo de partido"? Por supuesto, si se lo compara con el partido "compacto y potente de mañana". Pero es un *partido*, y destinado a crecer sobre sus propias bases, no a través de la "confrontación" de puntos de vista, sino a través del *choque* incluso contra aquéllos que parecen "próximos". Ya que no es heredero de un "patrimonio cultural", sino de una *tradición militante*; una tradición que no modifica sus armas según el lado de que viene el viento, ni la dirección hacia la cual éstas apuntan, sino que, por el contrario, se consagra, en la dura escuela de la historia (tanto de las revoluciones como de las contrarrevoluciones), a afilarlas y a precisar su blanco.

En 1949, cuando ya se habían comenzado a establecer las bases teóricas y programáticas del Partido, fue redactado el *Appel pour la réorganisation internationale du mouvement révolutionnaire marxiste* (19). Lo que aquí se proponía a los pequeños núcleos de obreros revolucionarios dispersos que quisieran reac-

(18) "Tesis características"...IV.

(19) Publicado en *Programme Communiste* n.º 3, abril de 1958.

cionar, aun a escala microscópica, contra el curso desastroso del oportunismo, no era desde luego un bazar en donde las mercancías en desorden libremente desplegadas se ofrecerían a la "libre elección" de quienes quisieran construir con materiales inconexos y compensando las calidades de unos con los defectos de los otros, el edificio rengu de la "unidad de las fuerzas revolucionarias" de la que tantas tonterías se dicen. Por el contrario, se les proponía un método de lucha *homogéneo*, fundado en el rechazo de las soluciones presentadas por los "grupos influenciados aunque solo fuese parcial e indirectamente por las sugerencias y el conformismo filisteo de las propagandas que infestan al mundo", soluciones "cuya crítica doctrinal" y "una terrible experiencia histórica" confirmaban su inanidad; un método fundado, por consiguiente, en la necesidad de retomar la batalla de clase secular sobre una línea directriz única, conocida y clara para todos. Era imposible confundir esta línea directriz con otra y tampoco era susceptible de ser cuestionada, precisamente porque ésta no era un producto del libre pensamiento, sino del balance de un siglo de enfrentamientos-enfrentamientos físicos y a menudo sangrientos- entre las clases y, en el seno mismo del proletariado, entre el marxismo revolucionario y todas las especies de revisionismo.

Indudablemente, el partido "en construcción" reconocía que estaba "naciendo" y que no estaba acabado, pero justamente, el Partido de clase siempre está en construcción, desde su aparición hasta su desaparición en una sociedad que ya no estará más dividida en clases. Su existencia no está atestiguada por el hecho de que está "terminado" y no en construcción, sino por el hecho de que crece como un organismo que se desarrolla con las células y la estructura que tenía al nacer; que crece y se refuerza sin alterarse, con los materiales que sirvieron para constituirlo, con sus miembros teóricos y su esqueleto organizativo; que crece y se refuerza en el enfrentamiento con la realidad, para ejecutar durante el mismo, contra todo lo que tiende a obscurecerlos y a obstaculizarlos, las tareas que son las suyas, las de organizador del proletariado en la vía de la revolución. Solo de esta manera este organismo puede pretender volverse, en sentido real y no metafísico, la dirección de la clase.

Como vamos a ver, este crecimiento no es ni fácil, ni lineal. Pero jamás podrá hacerse sobre bases parecidas a las reivindicadas (por ejemplo) por la tendencia reunida alrededor de la revista italiana *Praxis*, que citamos aquí porque sintetiza en forma franca, abierta y perfectamente clara la ... práctica de todos los "izquierdistas". Esta propone, en efecto, "como terreno fundamental para construir, poco a poco, una real unidad de la izquierda revolucionaria", una "confrontación seria, sin preocuparse de etiquetas o diplomacia, sobre una serie de temas políticos-culturales e ideológicos" entre las "contribuciones serias y calificadas de camaradas de diversas pertenencias" (20). Sobre este terreno podrán hacerse todas las unidades que se quiera, pero jamás se construirá el partido. El partido no es un agregado: su base teórica no es un agregado de "opiniones", su trama organizativa no es un agregado de "tendencias". Y si ha de "calificarse" durante su continua "construcción", no será ante los ojos de un tribunal de intelectuales con manías de perfección, sino mostrándose a la altura de sus tareas "estatutarias", teóricas, programáticas, tácticas y prácticas, en el despiadado banco de la prueba

de la lucha de clase.

## Dos trayectorias diferentes, pero destinadas a encontrarse

Como ya hemos visto, el partido de clase, el partido revolucionario marxista, no es *producto* del movimiento bajo su aspecto inmediato, es decir, de las faces de ascenso y de reflujo que son las dos manifestaciones *típicas* de este aspecto inmediato. En teoría, la cuestión ha sido definitivamente zanjada sobre la base de los postulados del marxismo, al menos desde *¿Qué hacer?* de Lenin, y su solución ha sido codificada en las Tesis de 1920 de la Internacional sobre el papel del partido comunista en la revolución proletaria, así como en los textos paralelos de nuestra corriente sobre el tema *Partido y clase* (21). Como verificación práctica, bastaría recordar que a escala mundial el movimiento obrero ha alcanzado en todos los países picos grandiosos en el transcurso de una larga sucesión de períodos históricos, mientras que los partidos comunistas dignos de este nombre no dejaron de ser la excepción *absoluta* y no la regla, siquiera relativa; que existen áreas enteras donde se han verificado luchas sociales de un vigor extraordinario (tales como Inglaterra o América del Norte) donde no solo no hubo encuentro entre partido y clase, sino que el partido ni siquiera ha *existido*, áreas en las que el partido ha sido y es rechazado por "corruptor" de la espontaneidad proletaria.

Pero es necesario ir más lejos, sin desde luego descubrir nada *nuevo* en relación a los textos que hemos citado. De lo que hemos dicho resulta que las dos trayectorias, la del movimiento de clase y la del partido de clase, tienen dinámicas propias y *diferentes*, que hacen que *ellas se aproximan solo en ocasiones históricas excepcionales y que se encuentren muchas menos veces toda vía*. En cambio, ellas divergen durante largos intervalos en el curso de los cuales el movimiento real, apresado en su expresión inmediata, es decir, trade-unionista (Lenin habla de acción puramente sindical minimalista, de *Nur-Gewerkschaftlerei*) no solo no deja espacio al partido revolucionario, sino que admite únicamente organizaciones y reagrupamientos que reflejan precisamente sus aspectos inmediatos, su *espontaneidad*, ya se trate de partidos abiertamente reformistas o de corrientes y grupos rebeldes, voluntaristas, blanquistas y anarquistas en sentido amplio, todos ellos ligados a las reacciones de la clase frente a la situación inmediata, e incapaces de alejarse de ésta para tender un puente por sobre las fases de flujo y reflujo.

Esto significa que si la trayectoria del partido puede ser quebrada por la caída del movimiento, que siempre es dramática luego del maremoto de las grandes alzas, no puede reencontrar su continuidad dejándose llevar por este movimiento sino *únicamente* volviendo a anudarse con su *propio* pasado, contra la realidad objetiva presente, y *preparando* un futuro científicamente previsto como seguro e *ineluctable*. Si decimos que este futuro es seguro e ineluctable para nosotros materialistas no es en función de una "maduración" en el seno de la clase de la conciencia de su mi-

---

(21) Estos textos, así como las tesis de la Internacional que hemos citado, han sido reunidos en nuestro opúsculo *Partido y clase*.

sión histórica, sino porque ésta, antes de *saberlo* y sin *saberlo*, será empujada por determinaciones *objetivas a luchar* por el comunismo, luchando contra los fundamentos del modo de producción que la oprime y la explota. Es tan falso querer que el movimiento *es* espontáneo produzca mecánicamente el partido, como hacer derivar en forma idealista la revolución proletaria de la "toma de conciencia del socialismo". Tanto en un caso como en otro se *priva* a la clase del órgano de su acción revolucionaria en el momento mismo en que los hechos materiales *exigen* su intervención; o bien porque será demasiado tarde para que el partido cumpla su función orgánica, o por que se le niega *precisamente esta función*, rebajando su papel al de "iluminador de conciencias". Idealistas del tipo de *Révolution Internationale* no admiten siquiera este papel, ya que según ellos "*ni hoy ni mañana, la organización de los revolucionarios tiene la tarea de organizar, de desmistificar o de dirigir a la clase*" (22); para esta gente el socialismo solo es posible si la clase se auto organiza, se auto-desmitifica y se auto-dirige, y en este proceso, la "organización de los revolucionarios" solo deviene un factor actuante" ;si... *no actúa*, ni no organiza nada, si no desmitifica nada y, *sobre todo*, si no dirige nada, siguiendo así la sacrosanta tradición de la intelectualidad!

La verdadera antítesis no opone a quienes exaltan la *espontaneidad* y a quienes (aparentemente nosotros) la niegan, sino que opone a quienes *no ven más* que la espontaneidad, a la que por otra parte reconocen sobre todo en sus reflejos ideológicos, y aquellos (nosotros) que saludan la inmensa fuerza de la espontaneidad en su realidad material, cuyos reflejos ideológicos son la imagen *invertida*, pero consideran que ella solo puede conducir a la solución revolucionaria si, en un momento bien preciso de la historia, ella encuentra un "factor de conciencia y voluntad" y se suelda a él. Este factor -el partido- no es ni espontáneo ni inmediato, y se distingue del "movimiento real" porque "hace valer en *las diversas* luchas nacionales de los proletarios los intereses independientes de la nacionalidad que son comunes a *todo* el proletariado" y porque "representa (la palabra alemana *vertreten* significa *indisolublemente* representar y promover) *siempre*, en los *diversos* estadios por los que atraviesa la lucha entre el proletariado y la burguesía, el interés del movimiento *en su conjunto*". Puede hacerlo únicamente porque "*posee sobre el resto de la masa de proletarios la ventaja de conocer las condiciones, el desarrollo y los resultados generales del movimiento proletario*"(23)

"Las revoluciones no se crean, se *dirigen*", afirma uno de nuestros textos de Partido (24). No se crean, porque no es la voluntad o la conciencia del Partido y mucho menos la voluntad o la conciencia de los proletarios incluso considerados no como individuos sino como vanguardia, lo que provoca el impetuoso movimiento de las clases, sino que son las determinaciones materiales de la historia (esto vale además para el partido mismo, el que, como ya lo hemos explicado, no puede nacer en *cualquier momento* sino en un momento bien preciso de la historia). Las revoluciones se dirigen, porque su *línea de desarrollo* -que forma una sola cosa con la línea de desarrollo del movimiento- no es producto de cir-

---

(22) *Revue Internationale* Nº 10, junio-agosto 1977, p. 16.

(23) *Manifiesto del Partido Comunista*, 1848, cap. II, *Proletarios y comunistas*.

(24) "Partido y acción de clase", 1921, publicado en nuestro opúsculo *Partido y clase*.

cunstances históricas imprevisibles, sino que depende de esta ciencia "de las condiciones, del desarrollo y de los resultados del movimiento proletario" que solo puede poseer el Partido que nació en bloque en 1848 y renació sobre ese bloque inmutable algo más de un siglo después. La posesión de esta ciencia no serviría de nada si solo fuera un "patrimonio de ideas", si no se volviese una *gula* práctica, una *dirección* organizada, un *órgano* y un *instrumento* de la clase.

Una vez planteado el problema de la revolución en sus verdaderos términos queda una cuestión pendiente: *¿cómo, en qué condiciones y en virtud de qué factores* objetivos y subjetivos es posible que las dos trayectorias se encuentran en un punto preciso y que la revolución en curso *sea dirigida?*

## ¿Cómo y cuándo el "encuentro"?

Ya hemos dicho que las trayectorias de la clase y del partido se acercan en ocasiones históricas excepcionales y que se encuentran en ocasiones más excepcionales aún. Pero estas ocasiones no caen del cielo: sus condiciones objetivas maduran en el subsuelo de la sociedad, y sus condiciones subjetivas se preparan en el seno del órgano guía de la clase.

Así como para el partido no existe una fase *exclusivamente* consagrada a la reconstrucción teórica y otra *exclusivamente* a la acción práctica, tampoco existe para el proletariado una fase de contrarrevolución *total* y una fase de revolución *absoluta*. El partido nace (o renace) cuando está en condiciones de construir (o de reconstruir) el edificio completo, monolítico y exclusivo de su propia teoría *en el acto mismo* por el cual se esfuerza por insertar la cuña de su propia acción en las fisuras, grandes, pequeñas o incluso microscópicas que *necesariamente* se abren *siempre* en una sociedad dividida en clases. Penetrando así en la realidad material, el partido *trabaja* desde su nacimiento por *acercar* las dos curvas por alejadas que éstas puedan estar, y es así como se refuerza, conquista en la clase una influencia, cuyos progresos no se miden por mes ni por año, y se capacita para *dirigir* a la clase aun cuando ésta todavía le dé la espalda. ¡Jamás repetiremos lo suficiente que "dirigir" es un hecho *físico* y no un hecho de "ideas"!

¿Cómo "trabaja el partido" para esto?. Por una parte, *dirigiendo* su programa, sabiendo de antemano que los militantes *comunistas* que se cristalizarán a su alrededor constituyen, en los períodos de reflujo más acentuado, solo una *infima minoría*; por otra parte, *participando activamente* en toda lucha proletaria incluso frágil, incluso mal entablada, sabiendo que la *futura* influencia del partido sobre *el conjunto* de la clase no se desarrolla sobre el terreno de las *opiniones*, de las convicciones, de las "ideas", sino sobre el del *enfrentamiento* con el capital y sus lacayos, y el de la *organización* de este enfrentamiento ineluctable y decisivo.

Contrariamente a lo que se imagina el espontaneísmo, *incongruente* idealista, la curva ascendente del movimiento obrero no está marcada por una sucesión de "escalones", de grupos, de corrientes y partidos a través de los cuales "la clase" se "aproximaría" confusa pero progresivamente a la "conciencia del socia-

lismo". Indudablemente, estos escalones *reflejan* la progresiva crisis del oportunismo y, por consiguiente, el despertar de la lucha de clase, pero *no encarnan ni esta crisis ni este despertar*. Más bien son el *último residuo* de la fase de reflujó de las luchas sociales; no expresan la capacidad del proletariado para sacudir la sujeción oportunista, sino *el hecho de que aún es incapaz de lograrlo*; llenan, en parte al menos, el vacío dejado por el oportunismo clásico, precisamente porque *aún* siguen ligados a él. Además, al igual que para el oportunismo clásico (guardando las proporciones, claro está), es ilusorio pensar que el movimiento ascendente simplemente los eliminará al dejarlos atrás.

Si tuviésemos que entrar en semejante óptica, diríamos que el menchevismo era, sin duda, un escalón más elevado que el populismo o el economismo. Pero el hecho es que en la vía que conduce a la revolución de Octubre, éste no constituyó un elemento de adhesión al bolchevismo sino un *obstáculo* en su camino y en el de la clase, y habiendo sido vencido, no solo no murió sino que extrajo un *nuevo* vigor de la situación histórica creada por el aislamiento mundial de la dictadura roja. El centrismo europeo (y entre otras, su variante italiana, el maximalismo) no se ubicaba en el sentido del camino de la revolución sino *al revés*; barrido, *retornó impetuosamente* luego del triunfo contrarrevolucionario del stalinismo. De la misma manera, nosotros encontramos y encontraremos cada vez más como obstáculo a las falsas izquierdas europeas de los años 1920, con una invariancia de programa y de conducta práctica verdaderamente... digna de envidia.

Si en las fases de ascenso materialmente determinadas, la clase obrera tiende "por aproximaciones sucesivas" a la solución revolucionaria, esta tendencia irresistible no se realiza por asimilación gradual de las fuerzas políticas que la crisis de la sociedad burguesa y del oportunismo progresivamente va dejando atrás, sino por *su eliminación sucesiva*. Estas fuerzas políticas son *obstáculos a superar* y no puntos de apoyo para avanzar, ni materiales para construir el partido guía de mañana. Indudablemente, podemos y debemos *arrancarles* las energías proletarias aún *sanas apresadas* en sus filas, pero intentar tenerlas con nosotros *en tanto* grupos o partidos, o incluso intentar *transformarlas* para incrementar nuestra importancia numérica y nuestra influencia política constituiría la más catastrófica de las ilusiones.

La curva ascendente del proletariado se caracteriza por su esfuerzo "espontáneo" para alejarse del círculo infernal de la colaboración de clase, para retomar la vía de la lucha de clase abierta y declarada y para organizarse, aunque más no sea en forma embrionaria, *fuera* del oportunismo, a pesar de las dificultades, de las derrotas y de las decepciones con las que está sembrando *este* camino. Es sobre *este terreno*, esencial, que el partido debe competir -es decir, enfrentarse- con las otras fuerzas políticas para abrir camino a su trayectoria ascendente, ya que la crítica teórica y la polémica política, evidentemente necesarias, tienen un campo de acción demasiado restringido y no son suficientes. Es *sobre este terreno*, en la dura tarea de conquistar posiciones independientes de clase, que el partido *trabaja* si no para eliminar estas fuerzas de la arena de los conflictos sociales (lo que solo podrá hacerse, si debe hacerse, después de la toma del poder) al menos para arrebatarle *una influencia determinante* sobre el proletariado.

He aquí porqué la actividad "sindical" en sentido amplio (es decir, la intervención en las luchas reivindicativas de la

clase obrera) es inseparable de la actividad teórica y, además, indispensable y decisiva para el desarrollo del partido en las fases de lenta preparación del viraje revolucionario. Y no es tanto porque *es* una actividad necesariamente de resistencia como la que la clase emprende contra los *efectos* del modo de producción capitalista, como por lo que ésta *dá* en el plano *político general* y que va mucho más allá de la influencia que puede tener sobre determinados grupos proletarios. El valor de las indicaciones que hoy damos en este terreno no reside tanto en su contenido en tanto tal, como en el hecho que ellas se dirigen a *toda* la clase, constituyen un elemento de unificación y de superación de todas las barreras de fábrica, de categoría, de localidad; salvo en casos *episódicos*, éstas no apuntan a lograr un éxito a breve plazo sino a *jalonar* un camino, el mismo que los proletarios tomarán *necesariamente* a medida que la crisis de la sociedad capitalista los impulse a *luchar en tanto clase*. Los sindicatos son lo que son; pero es vital para la reanudación del movimiento obrero propagar la necesidad de un renacimiento del sindicato de clase independiente y de toda la red de organismos intermedios, y trabajar *desde hoy* en el sentido de su reconstitución ya que la lucha misma *impondrá* su renacimiento. El ejército de los explotados, al menos a través de su vanguardia, reconoce en efecto a su *organogüía* porque éste ha luchado por las exigencias primordiales de la guerra de clase incluso cuando éstas apenas eran sentidas por la masa, o directamente *no* lo eran; lo reconocerá sobre todo por esta misma coherencia en un período revolucionario en el que los frentes se delimitan y se consolidan no según las ideas y las opiniones sino según *los hechos, según los actos y los métodos de lucha*.

Por otra parte, no es casual que el inmediatismo persiga *órganos políticos desde hoy*, politizables o, en el mejor de los casos, "anfíbios". Estos órganos son para él la arena de la "confrontación de ideas" y la cama de los "matrimonios de grupo" consumados en la confusión general; es así como estos grupos intentan "crecer" por la *agregación* de fuerzas y de programas heterogéneos; es así como se imaginan construir el partido sobre la base de "lo que une a quienes están divididos", y en la visión de formada de un proceso revolucionario que por tema central *tendría*... la revolución de las conciencias. La vía real es la opuesta a esta visión idealista. Así, en un período como el de Febrero a Octubre de 1917, el destino de la revolución dependía de la capacidad de los bolcheviques, actuando en *órganos ya* politizados como los soviets y fuera de ellos, de unir las finalidades programáticas y los principios del Partido a las exigencias vividas y sentidas por las masas proletarias, las famosas "chispas", no de *conciencia* socialista, sino de *necesidad instintiva* de destruir el capitalismo, sin las cuales la teoría marxista jamás encontraría el camino de su "importación *en la clase*".

## "He aquí con lo que hay que soñar"

He aquí porqué la aguja de nuestra brújula no es atraída por el "crisol de las fuerzas revolucionarias", por la convergencia con los subproductos ideológicos y los residuos del despertar de clase del proletariado. Ella está dirigida hacia la *clase* en movimiento para liberarse de las influencias a la vez materiales

e intelectuales que obstinadamente se prenden a sus hombros; hacia la conquista de sus mejores militantes *para el partido*, y de sus vanguardias más combativas *para la influencia* de sus indicaciones de lucha y de organización, experimentadas al calor de la lucha y no en la confrontación de ideas; hacia la cristalización del movimiento real alrededor de *su dirección*, forjada sobre la base de *su núcleo* de origen, de *su programa*, de *su táctica*, de *su red organizativa internacional*.

De esta manera triunfó la Revolución de Octubre. De esta manera trabajaba nuestra corriente en 1921-22 para extender el incendio revolucionario al Occidente podrido de democracia. De esta manera renacerá el movimiento *proletario y comunista* en el mundo entero. "*He aquí*, como decía Lenin, *con lo que hay que soñar*", en otras palabras, he aquí lo que tenemos que *prever y preparar*.

## EL COMUNISTA

EL COMUNISTA ha publicado artículos sobre los siguientes temas en sus números recientes (entre paréntesis el número del periódico):

### QUESTIONES DE DOCTRINA MARXISTA :

- La Iva Internacional y la dictadura del proletariado (22)
- La función del periódico comunista (23,24,25)
- Partido de clase y organización obrera (23)
- Mentira y trampa de la unidad europea (24)

### EL METODO DE LA LUCHA DE CLASE :

- En el 60° aniversario de la fundación del Comintern :  
¡Por el partido mundial de la revolución proletaria! (22)
- Acerca del trabajo comunista en las organizaciones de parados (22)
- La lucha por la defensa de los parados en la tradición del comunismo (24)

### INTERNACIONAL :

- El conflicto China Vietnam : se enciende un foco de la guerra mundial (22)
- Notas sobre Medio Oriente ,Salt II, Brasil (24)
- Tanto en el Este como en el Oeste, la carrera por la productividad acrecienta la explotación (25)

### CRITICA POLITICA :

- ¡Fuera las manos de los revolucionarios asesinados por la contrarrevolución! (23)
- Orgía democrática postelectoral. (24)
- El PSOE está huérfano (19)

### QUESTIONES SINDICALES :

- Las centrales contra el derecho de huelga (23)
- Por un frente de lucha proletario (24)
- Regulación del derecho de huelga a la vista (25)

### LUCHAS REIVINDICATIVAS :

- Parla pide agua, la democracia le da plomo (23)
- Una vez más sobre Parla (25)
- La batalla de Fasa-Renault : un ejemplo del frente único  
Centrales-patronal (25)

# El terrorismo

## y el difícil camino de la reanudación general de la lucha de clase ( y II )

En la primera parte de este artículo mostramos la insuficiencia de algunas críticas hechas al terrorismo individualista, refiriéndonos, para volver a plantear esta cuestión en la óptica correcta, a la polémica de Lenin contra los nihilistas y los populistas. En efecto, en su larga y encarnizada lucha por la constitución del Partido de clase, Lenin debió combatir tanto el espontaneísmo economista como -sobre un plano diferente- el voluntarismo de los teóricos y de los prácticos de la violencia y del terror separados de la lucha general de clase. Habíamos llegado así a la víspera de la revolución de 1905 en Rusia. En este marco, la violencia y el terror de masa tomaron un sentido muy preciso que respondía a las necesidades de la revolución, tal como lo había indicado la doctrina marxista desde un inicio.

### La "repetición general" de 1905

No es casual que Lenin haya llamado la revolución rusa de 1905 la "repetición general" de la de 1917. Efectivamente, fue una repetición general para el proletariado. En el curso de este año de trastocamientos, éste experimentó todas las formas posibles de luchas: desde las manifestaciones a los combates callejeros; desde las huelgas parciales y locales a las huelgas generales; desde las revueltas urbanas y rurales a los intentos de insurrección; desde los golpes de mano audaces contra las prisiones y los arsenales a las sublevaciones en el ejército y, sobre todo, en la marina; desde la organización inmediata a la constitución de los primeros Soviets de delegados obreros. Fue también una repetición general para el Partido. En el dramático desarrollo de las luchas, éste afiló sus armas teóricas, programáticas y tácticas, poniendo al orden del día el problema de la insurrección armada (y del "arte de la insurrección"), con todo lo que

implica no solo su realización, sino también su preparación. Y si entonces no pudo testear esas armas en lo vivo de los acontecimientos, las transmitió como un patrimonio intangible al Octubre rojo de 1917.

En la sucesión de los acontecimientos revolucionarios, la violencia y el terror, inclusive ejercidos por "individuos y pequeños grupos", perdían su carácter voluntarista, idealista y "blanquista" en el mal sentido del término. Correspondía a los bolcheviques reivindicarlos en ese contexto preciso, no solo contra los oportunistas declarados, sino también contra los revolucionarios de palabra, contra los mencheviques y Plejánov mismo.

Hacia poco que había estallado la revolución cuando, en el tercer Congreso del POSDR reunido en Londres entre el 27 de abril y el 10 de mayo de 1905 (12-25 de abril del viejo calendario), Lenin presentó una resolución sobre La actitud ante la insurrección armada. Aunque luego haya aceptado atenuar algunas formulaciones y precisar otras, la reproducimos a continuación:

"1) que el proletariado, siendo por su situación la clase revolucionaria más avanzada y consecuente, está llamado por eso mismo a jugar en el movimiento revolucionario democrático de Rusia el papel de jefe y de guía;

"2) que sólo el cumplimiento de esta misión en tiempos de revolución asegurará al proletariado las posiciones más ventajosas en la lucha ulterior por el socialismo contra las clases poseedoras de la Rusia burguesa democrática a punto de nacer (Observemos que esos dos primeros puntos resumen la tarea del proletariado en la revolución doble: dirigir la revolución democrático-burguesa impulsándola hasta el final, y crear así las premisas de la revolución proletaria futura, a realizar en conexión con la revolución europea - ndr.);

"3) que el proletariado sólo puede cumplir este papel organizándose bajo la bandera de la socialdemocracia en una fuerza política independiente que actúe en las huelgas y las manifestaciones con la unidad más acabada,

"el III Congreso del POSDR decide que la tarea de organizar las fuerzas del proletariado para la lucha inmediata contra la autocracia con huelgas políticas de masa y con la insurrección armada, así como la creación para este fin de un aparato de información y dirección, constituye uno de los objetivos esenciales del partido en la situación revolucionaria actual. Por eso, el Congreso encarga al Comité Central, a los comités locales y a las uniones la preparación de la huelga política de masa, la organización de grupos especiales para la adquisición y el reparto de las armas, la elaboración del plan de la insurrección armada y la dirección inmediata de éste. El cumplimiento de esta tarea puede y debe, no solo realizarse sin perjudicar en lo más mínimo el trabajo general del partido para despertar la conciencia de clase del proletariado, sino contribuir incluso a la profundización y el triunfo de este trabajo" (1).

Es la revolución misma la que "instruye a las masas popu-

---

(1) "Proyecto de resolución sobre la actitud del POSDR respecto de la insurrección armada", Obras, tomo VIII.

lares". Para el Partido, el problema es el de saber si, por su parte, él sabrá "enseñar algo a la revolución" (2). El Partido, que desde que existe el movimiento obrero tiene la doble tarea de forjar en los proletarios "la ardiente necesidad de armarse" con miras a la toma del poder y de "crear la obligación, en los que la experimentan, de contar con la necesidad de la organización y de la acción coordinada, así como con la situación política general"; el Partido que, en una situación 'normal', opone siempre a la voluntad generosa pero impotente "de terminar inmediatamente con los burgueses y sus lacayos" la fuerza "de la organización y de la disciplina, la conciencia de que los asesinos individuales son absurdos, de que aún no ha llegado la hora de la lucha revolucionaria seria de las masas populares, de que la situación política general deseada no existe"; el Partido que "no dice y no dirá jamás al pueblo en semejantes circunstancias: ¡Armáos!, pero que lo arma siempre (sin lo cual no sería un socialista sino un vano charlatán) con la conciencia de la necesidad ardiente de armarse y de atacar al enemigo"; ese Partido lanza hoy, en 1905, "junto a los obreros dotados de iniciativa revolucionaria, la consigna: ¡A LAS ARMAS!" (3).

Este pasaje muestra claramente la posición de los marxistas revolucionarios. Se opone a la de los "charlatanes" que evitan propagar en cualquier circunstancia (o que han renunciado a ello de una vez por todas) la necesidad de prepararse para esta insurrección armada, sea la cual la conquista del poder y el paso ulterior al socialismo no son más que fantasmagorías. Se opone también a la de los voluntaristas que cogen las armas o llaman a los proletarios a las armas en cualquier momento, sin preocuparse seriamente de la relación real de fuerzas. Si los primeros son despreciables porque en realidad han abandonado la perspectiva revolucionaria, los segundos, por su pretensión de substituirse a la fuerza de las cosas, que es también la fuerza de la clase y del partido revolucionario, son ineficaces y desorganizadores. Del mismo modo, en el curso de los movimientos insurreccionales, la posición marxista se opone tanto a los que confunden la insurrección con el combate de algunos individuos contra otros individuos, como a los que pregonan efectivamente la necesidad de la insurrección, pero se niegan a organizarla en lo vivo de la lucha general de clase, porque, aun cuando no lo confiesen, "están aterrorizados con la idea de que deben realizarla ellos mismos".

A partir de esta posición sólidamente afirmada, con una lucidez ansiosa y apasionada, Lenin sigue los desarrollos infinitamente variados y complejos de la lucha revolucionaria, registra sus enseñanzas, indica a los militantes marxistas cómo asumir en ella un papel de "guía y dirección" en todos los terrenos, incluso (pero no solamente) en el de la preparación militar. Citemos algunos fragmentos de sus reflexiones e indicaciones. En agosto de 1905, escribe:

"Por más que hagan una mueca desdeñosa, señores, cuando se habla de los ataques nocturnos y otras cuestiones espe-

(2) Prefacio a "Dos tácticas de la socialdemocracia en la revolución democrática" (1905), Obras, tomo IX.

(3) Lenin, "¿Debemos organizar la revolución?", 21 de febrero de 1905, Obras, tomo VIII.

ciales de táctica militar (...), la vida triunfa, la revolución instruye, estimulando y despertando a los pedantes más rígidos. Las cuestiones militares, incluso las más especiales, deben ser estudiadas en tiempo de guerra civil, y no puede ser más legítimo y sano el interés que los obreros ponen en ellas. Los cuarteles generales (o las guardias de los militantes) deben ser organizados cuando sea preciso. Designar patrullas, alojar los destacamentos, he ahí funciones puramente militares, he ahí las primeras operaciones del ejército revolucionario, esa es la organización de la insurrección armada, la organización del poder revolucionario, que madura y se afirma en esos pequeños preparativos y esas escaramuzas ligeras, probando allí sus fuerzas, aprendiendo a combatir, preparándose para la victoria" (4).

También es urgente afrontar esos problemas extremadamente delicados. Incluso en el pasaje más violento de Lenin, no hay ni una pizca de "aventurerismo" o de precipitación:

"Insurrección: son palabras mayores. El llamamiento a la insurrección es algo muy serio. Cuanto más compleja es la sociedad, cuanto mayor es el grado de organización del poder, tanto más perfecta es la técnica militar y tanto menos lícito es formular esta consigna a la ligera. Dijimos más de una vez que los socialdemócratas revolucionarios se preparaban desde hace mucho tiempo a formularla, pero sólo hicieron una llamada directa a ella cuando ya no cabía ninguna duda sobre la seriedad, la extensión y la profundidad del movimiento, cuando ya no era posible la duda acerca de la proximidad del desenlace en el sentido propio del término (...). La consigna de la insurrección confía la decisión a la fuerza material; ahora bien, en la civilización europea actual, la fuerza material sólo está constituida por la fuerza de las armas. Esta consigna sólo debe ser formulada cuando las condiciones generales de la revolución estén maduras, cuando la efervescencia y la disposición de las masas a actuar se hayan manifestado claramente, cuando las circunstancias exteriores hayan desembocado en una crisis flagrante. Pero cuando esta consigna ha sido lanzada, sería completamente deshonesto retroceder ante ella para apelar a la fuerza moral, a una de las condiciones del ascenso de la insurrección, a una de las "transiciones posibles", etc. No, cuando la suerte está echada, hay que dejar de escaparse por la tangente, hay que explicar directa y abiertamente a las masas cuáles son actualmente las condiciones prácticas del triunfo de la revolución" (5).

---

(4) Lenin, "Las centurias negras y la organización de la insurrección". (29.VIII.1905), Obras, tomo IX. Para evitar que se dé al término ejército revolucionario un sentido banalmente "técnico", Lenin precisa en otro pasaje: "...la fuerza armada, la del pueblo revolucionario (y no del pueblo en general), fuerza que se compone: 1) del proletariado y de los campesinos en armas, 2) de los destacamentos de choque formados de representantes de esas clases, 3) de las tropas listas a pasar al pueblo. Este conjunto constituye el ejército revolucionario" ("La última palabra de la táctica de Iskra", 17. X.1905, Obras, tomo IX). "Este conjunto", señálemosle bien, y no uno solo de sus tres miembros, el segundo por ejemplo, o, peor aún, el tercero.

(5) "La última palabra de la táctica de Iskra", op.cit. (subrayado por nosotros).

Una vez más, hay que saber aprender de la revolución, y saber enseñarle algo. Hay que saber decidir enérgicamente tras haber apreciado fríamente la situación y elegido el momento. Hay que preceder al movimiento de las masas, pero tras haberlas preparado moral y materialmente a la necesidad de una decisión irrevocable. No hay que pretender que las masas se basten a sí mismas, ni que el partido se baste a sí mismo, menos aún su "brazo armado", que algunos esquemas transforman en su sustituto. El proceso revolucionario está caracterizado por la erupción volcánica de fuerzas sociales que se abren la vía en mil direcciones, que crean y recrean, abandonan y retoman las formas organizativas en las cuales su energía busca poco a poco canalizarse y disciplinarse: cada una de ellas remite a las otras, están todas ligadas, se mantienen o caen todas juntas.

En julio de 1906, la primera ola revolucionaria había refluído, pero todo anunciaba una reanudación vigorosa; era tan evidente que los bolcheviques debían boicotear abiertamente las elecciones a la Duma, propuestas como desahogo a la cólera de los obreros y campesinos. En ese momento, Lenin observa que la "última palabra" del movimiento de masa en el curso del último trimestre de 1905 había sido la huelga general política. Demuestra que, si bien esta huelga es una condición necesaria para el desarrollo de una situación de alta tensión social, es sin embargo insuficiente si no desemboca en la insurrección. Esta última se volvía necesaria por el hecho mismo que la huelga política general chocaba con un adversario conciente de jugar sus últimas cartas: "independientemente de nuestra voluntad, de cualquier "directiva", la situación revolucionaria aguda transformará la manifestación en huelga, la protesta en lucha, la huelga en insurrección". Y sólo el desarrollo de esta cadena ascendente, cuyos eslabones se imbrican los unos en los otros, planteará con una evidencia absoluta, incluso para las grandes masas, el problema de la conquista del poder.

Del mismo modo, a fines de 1905, se vieron surgir de la huelga los Soviets de los delegados obreros "como órganos de la lucha inmediata de masa". Pero "la necesidad los ha impulsado a volverse muy rápidamente órganos de la lucha revolucionaria general contra el gobierno", los ha transformado "irresistiblemente en órganos de la insurrección". Si bien los Soviets son "indispensables para agrupar a las masas, para unir las miras al combate, para transmitir las consignas de la dirección política del partido (o de los partidos que se hubiesen puesto de acuerdo), para interesar, despertar, atraer a las masas", no "bastan para organizar directamente las fuerzas de combate, para organizar la insurrección en el sentido más estricto del término". Más aún, la supervivencia misma de los Soviets implica la existencia "junto a los Soviets de una organización militar para defenderlos, para organizar la insurrección sin la cual permanecerían imponentes todos los Soviets y todos los delegados de las masas potentes". La creación de esos órganos militares no puede evidentemente ser la obra exclusiva del Partido: "el espíritu de organización de las masas, estructuradas en pequeños grupos móviles de combate, permitirá, en el momento de la acción, resolver el problema del armamento" (6).

Pero esto aún no basta. La insurrección de Moscú en di-

(6) Lenin, "La disolución de la Duma y las tareas del proletariado", julio de 1906, Obras, tomo XI.

ciembre de 1905 no solo mostró -contra Plejánov que sostenía que "no se debía haber empuñado las armas"- que era preciso por el contrario empuñarlas "más resueltamente, con más energía y mayor acometividad", aplicando la tesis de Marx según la cual "la insurrección es un arte, y la regla principal de este arte es la ofensiva, una ofensiva sumamente intrépida y de una firmeza inquebrantable". La insurrección mostró también que no se puede hablar de una lucha seria "si la revolución no gana a las masas y al ejército mismo"; mostró que esta "conquista del ejército" de ningún modo es "algo fácil, un acto sencillo", sino el fruto de una lucha larga y tenaz, "intrépida, emprendedora e irresistible", y que deberá "emplear también la fuerza" (7) en el momento de la insurrección.

Por último, y recíprocamente, la insurrección armada, punto culminante de la lucha revolucionaria general de masa, es inconcebible sin la acción de "destacamentos móviles muy pequeños, grupos de diez, tres o incluso dos personas". Esta acción es el sentido mismo de la "táctica de la guerra de guerrillas", y se torna a la vez posible y necesaria por los desarrollos de la técnica militar moderna, como preludio y componente de la insurrección propiamente dicha:

"la guerra de guerrillas, el terror de masa que casi sin interrupción se extiende por todas partes en Rusia a partir del mes de diciembre, contribuirán indudablemente a enseñar a las masas la táctica acertada durante la insurrección. Por cierto, la socialdemocracia debe admitir e incorporar a su táctica este terror ejercido por las masas, organizándolo y controlándolo, subordinándolo al interés y a las condiciones del movimiento obrero y de la lucha revolucionaria general, eliminando y descartando implacablemente la tendencia a transformar la guerra de guerrillas en "fechoría", de formación a la que han ajustado las cuentas de una manera tan maravillosa y tan implacable los moscovitas durante las jornadas de la insurrección y los letones durante las jornadas de las famosas repúblicas letonas" (8).

Hay que pensar que sólo se llega a la insurrección como apogeo de una larga serie de manifestaciones y de huelgas, económicas y políticas; sólo se llega a la conquista del ejército como apogeo de un esfuerzo de autoarmamento y de rearmamento del proletariado; que sólo se organizan verdaderamente los destacamentos de defensa de los Soviets como apogeo de la formación y de la generalización de los Soviets, y así siguiendo. Todo está íntimamente relacionado, todo converge al resultado final. Es en esta perspectiva inmensa, incommensurable con la visión miope y limitada del terrorismo individualista y voluntarista, que se coloca Lenin en el Proyecto de "Plataforma táctica para el congreso de unificación del POSDR".

Tras una nueva "Resolución sobre la insurrección armada" que resume los puntos que hemos evocado, propone la célebre resolución sobre "Las acciones armadas", completamente deformadas por

(7) Lenin, "Las enseñanzas de la insurrección de Moscú", 29.VIII. 1906, Obras, tomo XI.

(8) Ibid. Hemos subrayado las frases en las que Lenin da la clave de la visión marxista del empleo de la violencia y del terror en la lucha revolucionaria directa.

los que pretenden hoy referirse a ellas. Helas aquí:

"Dado que:

"1) desde la insurrección de diciembre, en casi ningún lugar de Rusia han cesado completamente los combates, los que ahora se traducen en ataques aislados contra el adversario por parte del pueblo revolucionario;

"2) esas acciones -inevitables cuando dos fuerzas armadas adversas se enfrentan y cuando se desencadena una represión militar momentáneamente triunfante- sirven al mismo tiempo para desorganizar al adversario y preparan futuras acciones armadas masivas y abiertas;

"3) las acciones de este tipo son también indispensables para formar y educar militarmente a nuestros grupos de combate que, en el momento de la insurrección de diciembre, se revelaron en numerosos lugares desprovistos de preparación práctica en una actividad nueva para ellos.

"Reconocemos y proponemos que el Congreso reconozca que:

"1) el Partido debe reconocer que las acciones armadas de los grupos de combate que pertenecen al Partido o luchan a su lado son admisibles sobre el plano de los principios y oportunas en el período actual;

"2) el carácter de las acciones armadas debe estar adaptado a la tarea que consiste en formar los dirigentes de las masas obreras en período de insurrección y en adquirir la experiencia de las acciones ofensivas repentinas;

"3) el objetivo inmediato más importante de esas acciones debe ser la destrucción de los aparatos gubernamental, policial y militar, y una lucha despiadada contra las organizaciones de las centurias negras activas que practican la violencia y el terror contra la población;

"4) es preciso admitir también las acciones armadas destinadas a apoderarse de medios financieros que pertenezcan al enemigo, es decir, al gobierno autocrático, y a desviar esos medios en provecho de la insurrección. Al hacer eso, es importante vigilar seriamente que los intereses de la población sean lesionados lo menos posible;

"5) las acciones armadas de guerrilleros deben efectuarse bajo el control del partido y de tal suerte que las fuerzas del proletariado no sean gastadas en vano, y que, al mismo tiempo, se consideren las condiciones del movimiento obrero en la localidad dada y el estado de ánimo de las amplias masas" (9).

El conjunto de estas condiciones (que el voluntarismo y el romanticismo anarquista o blanquista, nacidos "del reverso"

---

(9) El texto, publicado el 20.III.1906, se encuentra en las Obras, tomo X (subrayado por nosotros). Semejantes afirmaciones desencadenan evidentemente la cólera de los burgueses. Son hechas para la revolución proletaria, y, por tanto, contra la burguesía y sus instituciones, sean éstas democráticas o no. Pero cuando se trata de defender o de restaurar esas mismas instituciones y de aplastar al proletariado, la burguesía no se contenta con suscribir las; como se vió durante la "Resistencia", por ejemplo, las aplica sin ninguna reserva, ¡importándole un bledo "lesionar los intereses de la población"!

del individualismo burgués, ignoran sistemáticamente) es lo que hace de "la acción guerrillera", del "terrorismo de masa", un elemento -subordinado desde luego, pero inseparable- de la lucha insurreccional por la toma del poder. Estas afirmaciones nos conducen a nuestro punto de partida, a las citas de "La guerra de guerrillas" de Lenin y de nuestro texto "Partido y acción de clase" recordados en la primera parte de este artículo. Tras haber recorrido, tanto sobre el plano de la lucha teórica como de las indicaciones prácticas, la historia del bolchevismo desde su nacimiento hasta el umbral de la lucha por el poder en la revolución de 1905, que anticipa la de 1917, podemos dar nuestra apreciación crítica no solo del terrorismo individualista en general, sino también de sus versiones actuales.

## El método marxista frente al problema del terrorismo

Si hemos seguido esta vía indirecta, fue para volver clara la actitud del marxismo frente al terrorismo, una actitud que, como lo dice Trotsky a propósito del papel de la conspiración en el proceso revolucionario, sólo es contradictoria en apariencia: la crítica de principio del terrorismo individualista y romántico va a la par con la reivindicación de la violencia y del terror en el marco de la estrategia clasista general de la conquista del poder. Sobre esta base se puede combatir la avalancha de falsificaciones interesadas a la que ha dado nacimiento en los grupos políticos más diversos la "gesta" de la Fracción Armada Roja o de las Brigadas Rojas.

El marxismo rechaza todas las explicaciones de este fenómeno social que es el terrorismo que no reposan sobre una base materialista, y que tienen necesidad a su vez de ser explicadas. Si se admitiese que el terrorismo individualista es pura y simplemente el producto de una cierta ideología, sería preciso buscar las raíces objetivas de esta última: todas las ideologías son reflejos de realidades materiales. Si se admitiese que el terrorismo individualista resulta sistemáticamente de las "maquinaciones subterráneas" de elementos del bando opuesto, habría que explicar por qué la "provocación" encuentra un terreno tan propicio. Si se admitiese que el terrorismo es (en general, y no solamente en algunos raros casos patológicos) una "variante política" de la criminalidad corriente, habría que explicar aún tanto este fenómeno eminentemente social que es la criminalidad como el fenómeno no menos social de su "transfiguración" política.

Por su parte, el marxismo vincula el fenómeno del terrorismo individualista a un contexto histórico y social muy preciso (sin lo cual no tendría el derecho de llamarse ciencia). Mal que les pese a los que osan reivindicarse de él mientras avanzan o cubren con su nombre "explicaciones" como las que hemos evocado antes, así ha actuado siempre el marxismo para estudiar tanto las acciones como las "doctrinas" terroristas.

En la mayor parte de los casos, casi siempre, encontró las raíces del terrorismo en una violenta crisis interna de la clase dominante misma, una crisis que impulsa a la revuelta contra el orden establecido hasta a sus propios hijos, incluso a los de las categorías más elevadas, pero sobre todo a los de las capas inferiores, más directamente golpeados o amenazados por el terremoto

to social que se desarrolla o se anuncia: los intelectuales, los estudiantes y, más generalmente, una vez instalado el capitalismo o en el curso de su implantación, la pequeña burguesía, sobre todo urbana. Menos frecuentemente y en forma accesoria, encontró esas raíces en una reacción elemental y espontánea (las primeras Sociedades secretas, por ejemplo) de la clase obrera naciente contra el trastocamiento de todos sus hábitos de vida y de trabajo provocado por la acumulación primitiva del capital y el desarrollo de la gran industria. En el caso de las Brigadas Rojas, es evidente el cordón umbilical que las vincula a los movimientos universitarios y, sobre todo, al 68, es decir, a una matriz social pequeñoburguesa (10).

En la medida en que conoce y comprende las raíces del fenómeno, el marxismo es el único capaz de justificarlo históricamente a la vez que procede a su demolición teórica. Es el único capaz de reconocer el valor sintomático de acontecimientos que deben producirse no solo independientemente de la voluntad, de las decisiones y de los objetivos conscientes de los actores que ocupan la delantera de la escena social, sino contra su voluntad, contra sus decisiones, contra sus objetivos conscientes. Y, para el marxismo, el valor positivo o negativo a atribuir a esos acontecimientos depende de los datos materiales de la situación histórica, ¡jamás de consideraciones abstractas y menos aún de juicios morales!

Aquí también, el marxismo suministra materia como para desorientar a todos los idealistas. Así, en 1847, Engels fustigaba con Marx al "tiranicida" Heinzen, denunciando la vana pretensión de destruir las relaciones políticas y sociales existentes con la eliminación del "personaje", por pequeño o grande que fue se, quien en realidad no es la causa de las relaciones, sino su producto. Y en 1878-79, el mismo Engels saluda en Rusia los signos anunciadores de una revolución que, por cierto, "partirá de arriba, del seno de una nobleza empobrecida y furiosa" (11), pero que, "una vez en movimiento, arrastrará a los campesinos" y producirá entonces escenas "que empalidecerán las de 1793"; y saluda el "asesinato político" como el "único medio que queda entre los hombres inteligentes, dignos y de nobles sentimientos para defenderse contra los agentes de un despotismo inhumano" (12).

Del mismo modo, en tanto que de 1875 a 1894 desarrolló una crítica despiadada de la ideología populista en Rusia y de sus orígenes blanquistas para echar las bases teórico-programáticas del órgano del proletariado naciente, el Partido Comunista, es también Engels quien escribía en 1885 a propósito del polvorín que se había vuelto el imperio zarista:

"Es uno de los casos excepcionales en los que es posible

(10) En el caso de ETA, el terrorismo está directamente ligado al nacionalismo e, ineluctablemente, a un movimiento social burgués que encuentra en las capas pequeño-burguesas su base social y su fuerza de choque.

(11) Unas décadas más tarde, los representantes de esta nobleza harán asesinar a Rasputín, con los aplausos de todos los demócratas bienpensantes. En todo caso, aun cuando Engels critica duramente a los defensores de la revuelta, jamás los insulta. Hoy no solo burgueses y oportunistas, si no incluso una parte de la extrema (!) izquierda cubren de oprobio a los que Engels consideraba siempre como "heroicos combatientes de vanguardia".

(12) En La Plèbe del 22.I.1878 y del 21.III.1879.

a un puñado de hombres hacer una revolución; es decir, echar por tierra con un pequeño choque todo un sistema en equilibrio más que lábil (...) y liberar, con un acto en sí mismo insignificante, fuerzas explosivas indomables más tarde. Y bien, si el blanquismo -la fantasía de trastocar toda una sociedad por la acción de una pequeña conspiración- ha tenido alguna vez una cierta razón de ser, es evidentemente en Petersburgo. Una vez encendida la mecha, una vez liberadas las fuerzas y transformada la energía nacional, de potencial en cinética (...) los hombres que han encendido la mina serán proyectados por la explosión que será mil veces más fuerte que ellos y que buscará su salida como pueda, como lo decidan las fuerzas y las resistencias económicas" (13).

Inversamente, Marx condenó los sueños veleidosos de Schapper y Willich en las condiciones negativas posteriores a 1850 ("toma inmediata del poder, o si no nos vamos a dormir"), sueños en los que no se veía siquiera el índice de una situación favorable. Engels condenó del mismo modo los sueños en los que se mencionan en 1874 los comunardos blanquistas refugiados en Londres, en pleno reflujó consecutivo al aplastamiento de la Comuna de París.

Pero, al mismo tiempo, explicaban esos sueños por la situación desesperada de una clase obrera reducida a la impotencia, privada incluso del derecho de "palabra, de prensa y de asociación" tras las terribles derrotas de 1848-49 en Alemania y de 1871 en Francia; y por esta generosa pero impotente impaciencia que, al no comprender que no se podría salir de esa situación antes de "15, 20 o 50 años" y a condición de trabajar para construir el partido proletario de mañana, quería salir de ella enseguida por un acto voluntario.

En todos los casos, la comprensión del fenómeno terrorista -en acto o en proyecto- es la condición necesaria de su superación por una visión clasista y materialista del proceso revolucionario y del papel que el Partido juega en él. Esta comprensión es tanto más necesaria cuanto que el terrorismo romántico encuentra no solo un campo abierto, sino casi una razón de ser en la ausencia o en el eclipse momentáneo de la única fuerza histórica capaz de polarizar las "energías explosivas" que duermen en la sociedad, sea que se trate de impulsar la revolución democrático-burguesa hasta sus últimas consecuencias, sea de realizar la revolución proletaria y comunista, a saber, el proletariado actuando como clase.

Es preciso subrayar luego que el juicio severo de los marxistas no se refiere al terrorismo en general, sino a la forma específica que le dan quienes reemplazan "la concepción materialista por una concepción idealista (para quienes), en lugar de la situación real, es la simple voluntad la que se vuelve la fuerza motriz de la revolución" según la fórmula lapidaria de Marx a propósito de Schapper-Willich (14). Lo que nos separa de ellos, no es el hecho de querer o no emplear la violencia y el terror, sino una visión diferente e inclusive opuesta del proceso revolucionario, de la lucha y de la guerra de clase. En nuestra visión, el gesto terrorista, el acto ejemplar, el golpe audaz, realiza-

(13) Carta de Engels a Vera Zassoulitch, 23.IV.1885.

(14) Marx, "Revelaciones sobre el proceso de los comunistas de Colonia", 1853.

dos incluso por "individuos o grupos", si no lo es por la masa en efervescencia, dirigidos y preferentemente organizados por el partido, encuentran su lugar natural y su función positiva, al igual que la "conspiración", aspecto necesario de la insurrección, porque -y cuando- están insertos en un ciclo histórico que no se puede reducir a las proporciones de un... putch.

El principio fundamental de la concepción marxista es que el choque entre las clases no se resuelve en el terreno del derecho, sino en el de la fuerza, cuya manifestación más alta es la violencia revolucionaria, autoritaria y centralizada que golpea al Estado capitalista, y que se transforma tras la conquista del poder en otra forma de violencia sistemática y planificada: la dictadura. Ese es el sentido de la célebre frase del Capital acerca de "la violencia, partera de la vieja sociedad que está preñada con la nueva". La afirmación, hoy banal a derecha como a izquierda, según la cual Marx y Engels no habrían visto todas las implicancias necesarias de esta fórmula, y que la historia habría reservado a Lenin (¡supuesto padre de... Stalin!) el privilegio de descubrirlas, no es más que una mentira tan infame como estúpida.

Por cierto, en Londres desde 1850, Marx y Engels dieron la espalda a los hacedores de revolución atareados en proyectar "futuros gobiernos provisionales" mientras que "un nuevo período de prosperidad industrial inaudito se había abierto" y que la base de las condiciones sociales estaba, por el momento, "tan segura y (...) tan burguesa" (15). Pero en el fuego de las batallas revolucionarias de los años precedentes, inspirado por las necesidades de la lucha y no por la fría reflexión o por una "libre elección", es Marx (al que la burguesía llamó red-terror doctor) quien escribía: "para acortar, para simplificar, para concentrar la agonía de la vieja sociedad y los sufrimientos sangrientos del parto de la nueva, sólo existe un medio: el terrorismo revolucionario"! Pues si el proletariado no tiene el "canibalismo" de la contrarrevolución burguesa, desprecia también la hipocresía con la cual ésta oculta la ferocidad de sus represalias. "No tenemos el hábito de guardar miramientos, no los reclamamos de vuestra parte", decía Marx a la policía prusiana que prohibía la Nueva Gaceta del Rhin, "cuando sea nuestro turno, no embelleceremos el terrorismo" (16).

En 1850, Marx y Engels cortan los lazos con Schapper y Willech, esos hombres -admirados sin embargo personalmente- que "reemplazan el desarrollo revolucionario por la frase revolucionaria", y se consagran a preparar para un futuro que saben lejano el "partido de oposición del futuro", el partido proletario de clase, y a defender sus "posiciones rigurosamente independientes". Pero en marzo del mismo año, en el famoso Mensaje, dan como disposición imperativa a ese partido hacer lo necesario para que "todo el proletariado esté armado de fusiles, carabinas, cañones y municiones", sabiendo bien que los "aliados de ayer" son los enemigos de hoy y, más aún, de mañana; proclaman que "no hay que entregar las armas ni las municiones bajo ningún pretexto, y

---

(15) Engels, "Contribución a la historia de la Liga de los Comunistas", (1885).

(16) Marx, "Victoria de la contrarrevolución en Viena", Nueva Gaceta del Rhin nº 136 del 7.XI.1848, y "La eliminación de la Nueva Gaceta del Rhin por la ley marcial", NGR nº 301 del 19.V.1849.

hay que rechazar, si es preciso por la fuerza de las armas, todo intento de desarme"; en suma, llaman a "realizar inmediatamente la organización autónoma y el armamento de los obreros" (17). El mismo año, en "Revolución y contrarrevolución en Alemania", Engels fija las normas tácticas imperativas de "la insurrección en cuanto arte", opuestas a la idea de una insurrección abandonada a su propia espontaneidad, privada de centralización y, por tanto, de eficacia, normas que imponen "actuar con la mayor determinación y en forma ofensiva" (18).

Por cierto, en 1874 los marxistas condenan inapelablemente el voluntarismo que reina entre los blanquistas exilados. Pero en "Las luchas de clase en Francia", Blanqui es evocado como el hombre en el que, durante las jornadas de 1848, la burguesía reconocía a justo título -y es el mejor homenaje que podía rendirle- el espectro aterrador "de la declaración de la revolución en permanencia y de la dictadura de clase del proletariado"; en 1861 aún, Marx lo exalta como "la cabeza y el corazón del partido proletario en Francia" (19) porque no ha vacilado en enfrentarse al enemigo en su propio terreno, el de la fuerza y, por tanto, también el de la violencia.

En 1871, con los ojos fijados en el ejemplo sublime de los comuneros, Marx escribe a Kugelmann que "si sucumben, la única causa será su carácter 'bon garçon'", ante todo porque no quisieron "comenzar la guerra civil" marchando inmediatamente sobre Versalles (20). Hoy, los oportunistas tiemblan ante la idea que las Brigadas Rojas podrían, pensad pues, desencadenar la guerra civil! Tras la derrota de la Comuna, es nuevamente Marx quien reivindica en "la guerra de los sojuzgados contra los opresores, la única guerra justa en la historia", esas mismas medidas de represalia, de intimidación y de terror no disimulado de las que hacía uso la vil clase dominante contra los vencidos, sin vacilar un solo segundo en dar a sus fuerzas la orden de "matar, quemar y destruir" (21). En cuanto a Engels, quien en 1874 critica la "frase revolucionaria" de los blanquistas, es él quien el mismo año recuerda a los adversarios de la autoridad que:

"una revolución es evidentemente la cosa más autoritaria que existe, un acto por el cual una parte de la población impone su voluntad a la otra parte con ayuda de bayonetas, fusiles, cañones, medios autoritarios por excelencia; y el partido que ha triunfado debe mantener su autoridad por el terror que sus armas inspiran a los reaccionarios. ¿Podría haberse mantenido la Comuna de París más de un día, si no se hubiese servido de la autoridad de un pueblo en armas contra la burguesía? ¿No podemos por el contrario reprocharle que no haya hecho demasiado poco uso de su autoridad?" (22).

---

(17) Marx-Engels. "Mensaje del Consejo Central a la Liga", marzo de 1850.

(18) Lenin citará ampliamente esta página de Engels en vísperas de Octubre.

(19) Marx a L. Watteau, 10 de noviembre de 1861.

(20) Marx a Kugelmann, 12 de abril de 1871.

(21) Marx, "La guerra civil en Francia".

(22) Engels, "Sobre la autoridad" (1873).

¿Está claro, señores?, podemos decir retomando las palabras de Marx dirigidas a las autoridades prusianas. ¿Estos pasajes, estos pocos pasajes elegidos entre innumerables, no anuncian acaso la epopeya del Octubre Rojo y de la guerra civil conducida hasta la victoria bajo la dirección de esos pretendidos "bárbaros", "asiáticos" o inclusive "jacobinos" que fueron Lenin y Trotsky?

## Incompatibilidad entre el marxismo y el terrorismo individualista

Al conocer las raíces sociales del terrorismo individualista, el marxismo puede definir y criticar sin dificultad la ideología que le es inherente y que gobierna sus acciones.

En este plano, considerando no las particularidades de sus manifestaciones en circunstancias dadas, sino sus constantes históricas, la demarcación entre el romanticismo terrorista y el marxismo se vuelve incompatibilidad, y las divergencias se transforman en antítesis. En su lucha o reacción instintiva contra el Orden establecido, los miembros de las capas sociales en los que germina el terrorismo individualista (las clases medias y, en sus intersticios, la intelectualidad) arrastran fatalmente con ellos el bagaje de motivaciones ideológicas propias a sus orígenes sociales y las formas de acción que corresponden a ellas. Ellos se rebelan en cuanto individuos contra el peso de las estructuras productivas, sociales y políticas que ahogan cada vez más la "persona humana", y que la ahogan tanto más cuanto más pretenden liberarla, respetarla, permitirle realizarse. Incluso cuando utilizan fragmentos de terminología marxista, aun cuando llaman al "proletariado" y hablan de "lucha por el comunismo", colocan fatalmente su revuelta bajo la bandera del "individualismo burgués al revés", de este "individualismo, base filosófica del anarquismo" (23) en el que Lenin reconocía la esencia misma de una de las ramas ideológicas del terrorismo populista. El complemento necesario de este individualismo (que se identifica aquí con la otra rama, el terrorismo elevado a sistema, el blanquismo), es el idealismo en la interpretación de la historia y el voluntarismo en la teorización de los medios de acción destinados a modificar su curso, cosas que Marx criticaba ya en Schapper y Willich.

En el centro de esta visión del mundo no se encuentran las clases ni su raíz, los modos y las relaciones de producción, sino los individuos desvinculados unos de otros. Contrariamente a las clases, necesariamente impulsadas a actuar por determinaciones materiales, esos individuos actúan como consecuencia de una "libre elección" y de una decisión de su voluntad. Estas últimas oponen al "mal", al poder y a los privilegios detentados por individuos opresores y explotadores, la indignación moral, la voluntad apasionada, la fuerza de la idea de un modelo "más justo" de sociedad que se representan los individuos oprimidos y explotados.

---

(23) Lenin, "Anarquismo y socialismo", 1901, Obras, tomo V.

Se vuelve a encontrar aquí la triple "incomprensión" que Lenin señalaba en la concepción anarquista, y que ya marcaba el lado pre y antimarxista del blanquismo, como lo subraya Engels en su crítica a los refugiados blanquistas: "Socialista únicamente por el sentimiento, lleno de simpatía por los sufrimientos del pueblo, Blanqui no posee ni una teoría socialista ni propuestas prácticas de intervención social bien definidas". Esta triple incomprensión -"incomprensión de las causas de la explotación (...) del desarrollo de la sociedad que conduce al socialismo (...) de la lucha de clase en cuanto fuerza creadora que realiza el socialismo"- refleja una visión idealista del proceso revolucionario. Esta visión parte del dato bruto e inmediato constituido por la relación oprimido-opresor, explotado-explotador, dominado-dominador, etc. (relación común a todas las sociedades divididas en clases y, por tanto, independiente de la sociedad particular en la que se vive y actúa) y no logra salir de ella. Es incapaz de remontar hasta las causas materiales que determinan esa relación, no en lo abstracto y fuera del tiempo, sino en el modo de producción y de vida social actual; es incapaz de remontar hasta las fuerzas de clase que ese modo de producción engendra en su seno y que tiende irresistiblemente a desbordarlo; es incapaz, pues, de aprehender las únicas vías y medios que permiten romper su marco, y las finalidades que su evolución misma torna a la vez posibles y necesarias. En consecuencia, está condenada a girar en un círculo vicioso de ilusiones y desilusiones, del que cree poder salir por "el acto voluntario" destructivo y creador a la vez.

Por eso, Lenin pone en paralelo al economismo y al terrorismo: son dos manifestaciones, opuestas solamente en apariencia, de una misma sumisión fundamental a la espontaneidad, a la situación inmediata. Mientras que la lucha "puramente económica" (tra deunionista, sindical) reduce el horizonte del conflicto histórico entre la clase proletaria y la clase burguesa a la simple oposición asalariado-patrón, la lucha "puramente terrorista" sólo ve la oposición sujeto-soberano (con o sin corona) y reduce el conflicto histórico, del que espera una sociedad "más humana", a la oposición esclavo-amor en general.

Si las acciones terroristas (surgidas hoy de la desilusión de los sueños del 68 de "contrapoder" o de "poder alternativo", del mismo modo en que el nihilismo ruso había nacido de las desilusiones de los que habían querido "ir al pueblo" en los años 1870) se oponen por lo rutilante a la pálida actividad del economismo, tienen el mismo horizonte ideológico que permanece en cerrado en el marco de ese orden que unos y otros creen -sinceramente, admitámoslo- combatir. Y si el terrorista es más "respetable" que el economista en la medida en que es un insurrecto, también es más abstracto. Razona en términos que se aplican indiferentemente a una sociedad esclavista, feudal o capitalista, y actúa en consecuencia.

En este terreno, no es por casualidad que las ilusiones del terrorista florezcan inevitablemente. Es inevitable que se imagine "golpear el corazón del Estado" al golpear a la persona de sus instrumentos, o golpear el aparato productivo en la persona de sus agentes. Es inevitable que confunda la red de intereses, relaciones e instituciones sobre la que reposa la "sociedad civil" con una jerarquía, o incluso con una "camarilla", puro y simple agregado de individuos que, por ello mismo, estaría expuesto a las intrépidas empresas de otro grupo de individuos.

Es inevitable que confunda la revolución con una conjuración de elegidos con miras a abatir una conjuración universal de los malvados, sin ver que en la trama apretada de la estructura económica y de la superestructura social y política el llamado personal ejecutivo no es más que un conjunto de piezas de recambio reemplazables, y de hecho constantemente reemplazadas, al ser vicio de una máquina impersonal, históricamente determinada.

Es inevitable que aisle la parte -el "centro de poder", tal gobierno, tal partido, etc.- del todo, y se imagine "desarticular" una parte (para ello, por otra parte, incluso la bomba clásica o el secuestro, más moderno, no bastan...); o que busque por todas partes la mano de las "multinacionales" cuyo inexplicable nacimiento (!) descubre hoy (!) en un mundo que, sin ellas, les parecería aún tolerable.

Es inevitable que mida el grado revolucionario o contrarrevolucionario de las situaciones con el termómetro de su propio entusiasmo. ¿Qué importa el juego complejo de las relaciones de fuerzas si es la voluntad pura la que las crea y las dirige? La sobrevaloración de las situaciones históricas por el terrorista extra y antimarxista no resulta de ningún modo de un "error de análisis". Por el contrario, es sistemática, forma parte de su naturaleza y de su "razón de ser".

Ahora bien, esta sumisión a la espontaneidad no se traduce solamente en el intento impotente de arañar la coraza del "sistema". El terrorismo individualista no es solamente incapaz de "desorganizar" al adversario, inclusive si puede crearle innegables dificultades. También es incapaz de organizar las fuerzas sociales de las que se erige en representante y defensor; peor aún, generalmente contribuye a desorganizarlas.

Así, los populistas propagaban el mito del pueblo y sobre todo del campesino ruso que sería "revolucionario por instinto"; que habría conservado intactas las instituciones comunitarias que anticipan la sociedad socialista futura, y que estaría listo para volver a su vía luminosa con tal que se hiciera saltar la capa de plomo de una superestructura puramente política y policial: la autocracia zarista. Tkatchev, por ejemplo, está

"convencido que 'bastaría hacer estallar al mismo tiempo en muchas localidades los sentimientos acumulados de rencor y de amargura que ruge sordamente siempre en el seno de nuestro pueblo' para que 'la unión de las fuerzas revolucionarias se realice por sí misma y que la lucha... se resuelva con el triunfo de la causa del pueblo. La necesidad práctica, el instinto de conservación' crearán por sí mismos 'una alianza indestructible entre las comunas en rebelión'".

Engels le responde:

"no se podría imaginar revolución más cómoda, más agradable. Basta golpear al mismo tiempo en tres o cuatro lugares diferentes, y el "revolucionario por instinto", la "necesidad práctica", "el instinto de conservación" se encargarán de hacer el resto. ¿Y por qué, pues, puesto que es un juego de niños, no ha sido hecha ya la revolución desde hace mucho tiempo; por qué no ha liberado ya al pueblo y transformado a Rusia en un país modelo del socialismo? Es completamente inexplicable" (24).

Con algunas leves modificaciones de vocabulario, es el mismo mito que expresa la ideología de los terroristas actuales. Cuando hablan de "proletariado", lo confunden sistemáticamente con el pueblo. Basta golpear, el proletariado está allí, listo, se sublevará automáticamente. Basta sublevarse, el socialismo está allí, listo, nacerá por sí mismo.

Hablar así es ignorar toda la historia de la clase obrera, la que a escala histórica está hecha de una sucesión de avances y de derrotas. Es ignorar el peso de esas vicisitudes, el freno que constituyen las inercias heredadas del pasado, y el paso al enemigo de grupos enteros de dirigentes. Es ignorar la influencia de la ideología burguesa expandida con insistencia desde lo alto de todos los púlpitos, y los efectos disolventes de la "competencia entre asalariados". Es ignorar la dificultad para realizar el salto -pues se trata de un verdadero salto- de la lucha puramente económica a la lucha política, y la imposibilidad (pese a todos los voluntarismos) de construir islas de "poder alterno" en el seno de la sociedad burguesa. Para coronar todo, es ignorar que el Partido mundial de clase ha sido destruido por ese stalinismo que algunos han admirado tanto tiempo y admiran quiénes aún hoy. Es ignorar que ese Partido no se crea en la lucha ni nace espontáneamente; que no espera que su programa -el programa de la emancipación proletaria- surja de las reflexiones de una "fracción armada"; que sólo puede jugar su papel de órgano dirigente de la revolución en la medida en que la haya precedido, en el programa (que no debe ser inventado hoy pues está formulado desde hace un siglo y medio) y en la organización práctica; y que debe jugar ese papel para que la revolución, si estalla, no sucumba una vez más.

¿Qué hay que hacer pues, aquí y ahora, en el seno de una clase obrera que apenas comienza a sacudir el peso del oportunismo que la somete a la burguesía, que apenas comienza a defenderse en el terreno económico inmediato, y que aún no se plantea el problema de su autodefensa física? ¿Qué hacer en el seno de una clase obrera que busca penosamente los métodos y los instrumentos más elementales de la lucha de clase, y volver a darse esos órganos de resistencia sindical que un largo ciclo de contrarrevolución ha destruido o deformado profundamente? ¿Qué hacer para combatir y liquidar poco a poco no solo la influencia del oportunismo declarado, sino la de sus mil variantes "de izquierda"? ¿Qué relación puede haber entre las luchas inmediatas que la clase obrera debe desarrollar hoy en un terreno aún difícil y desfavorable, y una "organización armada" que sólo puede existir en una fase de muy alta tensión social, y solamente en cuanto "brazo armado" del partido político? ¿Es posible establecer a través de las luchas una solidaridad real entre trabajadores activos, para dos y marginales si se les hace creer en la perspectiva irrealista de una revolución inminente? ¿Qué juicio hay que emitir sobre los "socialismos" ruso, chino, cubano, yugoslavo, vietnamita o albanés, y sobre los disfraces "socialistas" de los movimientos revolucionarios nacionales democráticos, cuya ideología se combi

---

(24) Engels, Soziales aus Russland (1875). Incluso en el lenguaje, Tkatchev anuncia a nuestros terroristas actuales: "aterrorizar al gobierno y desorganizar (...) toda la cuestión, se reduce, para nosotros revolucionarios materialistas (sic), (nada menos que a) apoderarse de un poder cuya fuerza se ha vuelto actualmente contra nosotros", etc., etc.

na en el romanticismo terrorista actual con la herencia anarquista y blanquista? ¿No es acaso indispensable el partido de clase no solo para la conquista del poder, sino también para dirigir y ejercer la dictadura proletaria? ¿No es preciso reconstituir ese partido siguiendo la huella de una tradición ininterrumpida que él debe volver a dar a la clase obrera, entera e inalterada, desembarazada de todas las deformaciones y aberraciones acumuladas tanto por la derecha como por la "izquierda"? ¿Y qué es además el comunismo, que tanta gente reduce a una mala copia del capitalismo?

Todas esas cuestiones y tantas otras permanecen aún abiertas entre lo que se denomina "vanguardia revolucionaria". Ahora bien, si se quiere hablar de revolución en marcha, hay que darles una respuesta clara y precisa. Esto no saben hacerlo nuestros terroristas actuales como no supieron hacerlo sus antepasados. Todo lo que saben decir es que hay que golpear al Estado en el corazón (o lo que creen que es el corazón), ignorando lisa y llanamente las enormes tareas, sombrías a veces y no siempre embriagantes, pero esenciales, de la preparación revolucionaria.

Pero ignorar esos problemas y esas tareas, o remitirse al choque del terror gratuito para resolverlos, no solo es esquivar el difícil e indispensable trabajo de preparación de las condiciones subjetivas de la revolución, sino también idealizar el estado de desorganización y de desorientación programática y táctica en el que se encuentra hoy la clase obrera. Esto no solo equivale, como decía Plejánov en 1884, a desviar "nuestra atención de lo esencial, a saber, la organización de la clase obrera para la lucha contra sus enemigos presentes y futuros" (25), esto significa negar la necesidad misma de esta organización, es decir, agregar a la desorganización realizada por el oportunismo reformista su propia desorganización y su propia inconsistencia, que no pueden ocultar el ruido de la frase revolucionaria y de las ráfagas de metralletas.

Como lo escribe muy justamente Trotsky:

"en toda sociedad de clase hay bastantes contradicciones como para que, en las fisuras, se pueda construir un complot (...) Pero la conspiración, incluso en caso de victoria, sólo puede dar lugar al reemplazo en el poder de diferentes camarillas de la misma clase dirigente; e incluso menos: a sustituciones de hombres de Estado. La victoria de un régimen social sobre otro sólo puede darse en la historia por medio de una insurrección de masa. (Ahora bien) las masas, muchas veces, atacan y retroceden antes de decidirse a dar el último asalto" (26).

Si se piensa que Trotsky decía esto de un período ya pre-revolucionario, se ve el duro y largo trabajo de preparación que nos espera hoy. Es preciso emprender este difícil trabajo, hay que consagrarle lo mejor de nuestras fuerzas. La salida revolucionaria será el fruto de una conquista larga y encarnizada, y no el resultado de un simple golpe asestado al edificio del capi

(25) Plejánov, "Nuestras controversias" (1884), (Obras filosóficas, Moscú, tomo I).

(26) Trotsky, "Historia de la revolución rusa".

talismo, aún <sup>en</sup> ~~en~~ido, desgraciadamente, sobre sus fundamentos minados.

El terrorismo individualista se niega a emprender esta vía. En ese rechazo reside su "locura" -y no en la reivindicación de la necesidad histórica de la violencia, como lo afirman nuestros bravos demócratas siempre listos, por otra parte, a utilizarla sin discreción para defender las instituciones burguesas. Este rechazo es el que lo condena.

## ¿ De qué tienen necesidad las masas ?

No hay contradicción entre el idealismo individualista que caracteriza la doctrina y la práctica del terrorismo romántico, de viejo o nuevo cuño, y el hecho que, en un cierto punto de su trayectoria, trate de salir del círculo vicioso de su aislamiento real, y se imagine poder "proyectarse en el movimiento de las masas" como dice, por ejemplo, una "resolución" de las Brigadas Rojas de febrero de 1978. Por el contrario, este intento con firma su naturaleza, pues, o bien pretende suscitar el movimiento de las masas para luego "insertarse en él", o bien se autodefine como "la parte visible del iceberg" de una revolución en mar cha; en un caso como en el otro, no hace más que llevar su volun tarismo congénito a otro plano para combinarlo mejor con el es pontaneísmo: sueña con organizar desde ahora el "poder obrero en las fábricas, los barrios, las prisiones" y poner a su disposición el brazo armado de una organización militar.

La historia se repite. En el verano de 1902, Lenin debió combatir a los socialistas revolucionarios quienes

"Defendiendo el terrorismo, cuya inutilidad ha sido tan claramente demostrada por la experiencia del movimiento revolucionario ruso, los social-revolucionarios se desgañitan declarando que no reconocen el terror más que junto con la labor de masas y que, por eso, no les afectan los argumentos con los que los socialdemócratas rusos refutaban (y han refutado por mucho tiempo) la conveniencia de un tal método de lucha" (27).

Exaltando los episodios de "duelo" armado con las autoridades, los s-r proclamaban: "Llamamos al terrorismo no en reemplazo del trabajo en las masas, sino precisamente en nombre de e se trabajo y paralelamente a él". La respuesta de Lenin es tanto más instructiva cuanto que se apoya sobre una situación radicalmente diferente a la de hoy. Efectivamente, en aquella época las masas estaban sublevándose. El grave problema que se planteaba a la revolución era llenar el vacío abierto entre un movimiento de masa en vigoroso ascenso y la fragilidad de una organización incapaz, no digamos de dirigirla, sino de responder a sus necesida des más elementales de orientación, de organización y de prepara ción política en el amplio sentido de la palabra. Ahora bien, pa ra Lenin y para el marxismo, uno de los trazos característicos

---

(27) Lenin, "Aventurerismo revolucionario", Obras, tomo VI.

del anarquismo ha sido siempre "la incomprensión del papel de la organización y de la educación de los obreros". Los economistas, encerrados en una visión inmediateista del movimiento, reducían las tareas revolucionarias al "trabajo minucioso" de intervención en las luchas económicas; los "economistas al revés", los terroristas, afligidos por una enfermedad análoga, las reducían a las "grandiosas" proezas. Unos y otros ignoraban las necesidades urgentes, a la vez "minuciosas" y "grandiosas" de ese movimiento al cual pretendían consagrarse; unos y otros destruían las condiciones subjetivas del reforzamiento del órgano sin el cual el movimiento está condenado a moverse en un círculo vicioso: el partido de clase.

Hoy sufrimos los efectos a largo plazo de la contrarrevolución socialdemócrata y stalinista, que tornan tan difícil el renacimiento de un auténtico "movimiento de masa". Sobre todo, estos efectos pesan terriblemente sobre la reconstitución de las bases programáticas, tácticas y organizativas del Partido revolucionario de clase. Por esta razón, esas palabras de Lenin, escritas en un período de tensión social enorme, mientras se tejía la trama del futuro Partido de Octubre, adquieren una resonancia aún mayor:

"Este error (de los socialistas-revolucionarios) consiste, como ya lo hemos indicado numerosas veces, en la incomprensión del defecto fundamental de nuestro movimiento (...). En una época en que los revolucionarios no tienen suficientes fuerzas y medios para dirigir a las masas que ya se ponen en pie, exhortar a un terror como el de la organización de atentados contra ministros por individuos aislados o pequeños grupos que no se conocen entre sí, equivale de por sí no solo a quebrantar el trabajo entre las masas, sino a introducir directamente la desorganización en él".

Acostumbrado a plantear incluso las cuestiones teóricas más arduas sobre el terreno antidemagógico y antiretórico del trabajo de partido, Lenin explica:

"Quien realmente lleva su labor revolucionaria vinculada a la lucha de clase del proletariado, sabe perfectamente, ve y siente la multitud de aspiraciones inmediatas y directas del proletariado (y de las capas populares capaces de apoyarlo) que quedan insatisfechas. Sabe que en numerosísimos lugares, en inmensas regiones enteras, el pueblo trabajador se lanza literalmente a la lucha, y sus arrebatos resultan estériles por falta de publicaciones y dirigentes, por carecer de fuerzas y medios las organizaciones revolucionarias. Y nosotros nos encontramos -lo vemos que nos encontramos- en ese maldito círculo vicioso que, como una fatalidad, ha pesado durante tanto tiempo sobre la revolución rusa. De una parte, resulta estéril el arrebato revolucionario de una masa insuficientemente instruida y desorganizada. De otra parte, son inútiles los disparos de las "individualidades inaprensibles", que pierden la fe en la posibilidad de marchar en filas compactas, de trabajar mano a mano con la masa" (28).

Por eso, ya lo recordamos antes, Lenin opone a la "repeti

---

(28) *Ibídem.*

ción 'fácil' de lo que ya está condenado por el pasado", es decir, a las solas "formas pasadas del movimiento", "lo que tiene el futuro para él", las "formas futuras del movimiento". Por esta razón, declarando "una guerra resuelta y sin tregua a los socialistas-revolucionarios", escribe:

"No hay aseveraciones verbales ni juramentos que puedan refutar el hecho indudable de que el terrorismo actual, tal como lo emplean y lo preconizan los socialistas-revolucionarios, no está en relación alguna con el trabajo entre las masas, para las masas y junto a las masas; que la organización de actos terroristas por el partido aparta a nuestras extremadamente escasas fuerzas organizadoras de su difícil tarea, que está lejos aún de estar cumplida, de organización del partido obrero revolucionario; que, de hecho, el terrorismo de los socialistas-revolucionarios no es sino un combate singular condenado plenamente por la experiencia histórica (aunque más no fuese porque siembra) dañinas ilusiones que no pueden conducir más que a la rápida decepción y al debilitamiento de la labor de preparación del ataque frontal de las masas contra la autocracia" (29)

u hoy, contra el Estado burgués democrático.

## El "partido combatiente"

Los terroristas actuales creen quizás haber adherido a la posición de Lenin porque utilizan una de sus fórmulas, la del "partido combatiente". ¿Se trata realmente por su parte del reconocimiento de la necesidad fundamental del Partido, y hay que ver allí el índice de un cambio cualitativo en la teoría y el programa del terrorismo individualista? Evidentemente, no es nada de eso, y está totalmente fuera de lugar el empleo que esa gente hace de la expresión de Lenin.

En la concepción marxista (no "revista y corregida" por Lenin, como dicen algunos, sino simplemente desarrollada en todas sus consecuencias explícitas e implícitas), el Partido declara, el partido político, lleva inscripto, desde su nacimiento, en su programa inmutable que su razón de ser en cuanto "organización política del proletariado en clase" es la preparación del salto cualitativo hacia "la organización en clase dominante"; en otros términos, la preparación de la toma revolucionaria del poder. Esto implica la insurrección armada y la dictadura ejercida sobre las clases vencidas por el poder victorioso dirigido por el partido, tanto para destruir las resistencias internas y externas de la burguesía como para hacer pasar al plano de la guerra revolucionaria, cuando las condiciones objetivas lo permitan, la lucha, internacional por definición, contra el capitalismo. Sin embargo, el Partido sabe que no se puede alcanzar ese objetivo y realizar esa preparación más que a condición no solo de haber realizado en todo el período que precede la situación revolucionaria el conjunto complejo de las actividades de propaganda, pro

---

(29) Lenin, "¿Por qué la S.D. debe declarar una guerra resuelta y sin tregua a los socialistas revolucionarios?" (1902), Obras, tomo VI.

selitismo, agitación, organización, intervención en las luchas o breras, etc., que caracterizan al partido, sino también a condición de seguir asumiéndolas todas (en diferentes proporciones) durante la situación revolucionaria. En efecto, sólo así podrá responder a las necesidades de organización y de preparación política del proletariado, en función de las cuales nació y que lo definen como partido de clase.

"En la época de guerra civil -escribe Lenin en el artículo "La guerra de guerrillas" ya citado- el ideal del partido del proletariado es el partido combatiente". ;Justamente, en la época de guerra civil! No en cualquier momento, no en cualquier situación que las elucubraciones o la voluntad de algunos decreten situación de guerra civil. El partido sólo se vuelve "partido combatiente" cuando "el movimiento de masa ya ha llegado prácticamente a la insurrección, y cuando intervalos más o menos largos aparecen entre las 'grandes batallas' de la insurrección"; cuando, para evitar que el movimiento se deshilache en la disgregación y la desmoralización implícitamente contenidas en su espontaneidad generosa, pero desprovista de orientación, el partido debe mostrarse capaz de dirigirlo. Si entonces el partido se vuelve "partido combatiente", es porque se ha preparado desde hace mucho tiempo a la necesidad de darse su "brazo armado", tarea que no está adaptada a cualquier situación ni es realizable en cualquier momento. Pero en ningún caso el partido puede ser confundido con ese brazo armado, ni reducirse a él.

Si es el "partido combatiente", es porque ha aprendido ha ce mucho a combatir, y porque está listo para utilizar los medios propios a una "época de guerra civil", los medios y los métodos militares, y a dirigir al proletariado también sobre este terreno. Pero nunca considera esos medios "como los únicos ni como los principales medios de lucha"; por el contrario, los "subordina a los otros, los adapta a los principales medios de lucha y los ennoblece gracias a la influencia educadora y organizadora del socialismo" (30).

Utiliza, pues, esos medios encuadrándolos en un plan estratégico y táctico que no permite nunca transformar al partido político en una red más o menos densa de "brigadas", ni en un "ejército" cualquiera. Por el contrario, ese plan impone al partido político construir en esta fase su propio aparato militar, rigurosamente sometido a los objetivos, al programa, a la red organizativa, a las decisiones tácticas del partido. Le impone preparar de antemano las condiciones subjetivas de la constitución de este aparato, y no dejarse detener, llegado el momento, por las inevitables manifestaciones de "desorganización" que trae aparejado el paso a toda acción de guerra y a "toda nueva forma de lucha acompañada de nuevos peligros y de nuevos sacrificios". Esos inevitables problemas serán tanto menos graves, por otra parte, cuanto mejor preparados estén los militantes del partido a hacerle frente y cuanto más haya conquistado el partido en su conjunto la simpatía y el apoyo de capas cada vez más amplias de la clase en el curso de un trabajo desarrollado con tenacidad y continuidad en un terreno y con medios que no son ni pueden ser aún militares.

Ese partido, cuyo "brazo armado" no es más que un instru-

---

(30) Lenin, "La guerra de guerrillas", Obras, tomo XI.

mento, y un instrumento secundario, técnico y rigurosamente subordinado, no se divierte "eligiendo la clandestinidad" (como se dice en la fraseología típicamente voluntarista del terrorismo romántico), aun cuando prevea que será obligado en un cierto momento de su trayectoria a una existencia subterránea. Por otra parte, no cae en el error idealista que presenta mecánicamente a la clandestinidad como sinónimo de lucha armada o de acción militar, aun cuando prevea que en la fase crucial de la insurrección la acción clandestina se volverá uno -pero uno solamente- de sus principales modos de acción. Muy por el contrario, no dejará entonces de desarrollar por medios ilegales todas las actividades que caracterizaban su vida "legal", del mismo modo que debe consagrarse en los tiempos "normales" a tejer una red clandestina más o menos rígida, no como alternativa a la red abierta y declarada del partido, sino como su complemento necesario, su sistema de defensa indispensable.

En suma, el partido no se imagina que su tarea permanente (que consiste en organizar y orientar a las masas para poder dirigirlas, y que deberá aún asumir mucho después del fin de la guerra civil y de la conquista del poder) pueda reducirse a lo que no es más que una de sus fases; una fase particularmente delicada, por cierto, pero consecuentemente también una de las que tienen más necesidad de estar políticamente controladas, y también una de las más limitadas en el tiempo.

¿Qué puede haber en común entre un organismo que actúa según esos criterios y el "partido combatiente" del que se reclaman los terroristas de tipo blanquista? Estos últimos erigen en partido lo que para el marxismo no es más que uno de los instrumentos del partido, un instrumento del que exige, ante todo, una disciplina y una obediencia tanto política como organizativa, por que sólo con esta condición podrá confiarle, a la hora H, una función de dirección momentánea en un sector específico (31).

Para el marxismo, el órgano-partido no nace "del movimiento", como pretenden todos los espontaneístas, y menos aún puede nacer de un movimiento reducido a la expresión de comandos militares a escala homeopática, como quisieran los brigadistas actuales. No fabrica su programa día a día, reuniendo todas las teorías supuestamente nuevas; no hace depender su organización de las esperas, reales o imaginarias, del momento; no subordina su plan táctico a las solicitudes inmediatas de la coyuntura. Su capacidad para dirigir el movimiento real -que él no crea, ni cuyo nacimiento puede decidir, como tampoco bajo qué formas siempre variadas se manifestarán sus múltiples exigencias- depende de su capacidad para precederlo. Depende de su capacidad para prever tanto el desenlace final como el camino que conduce a él, las fases que habrá que recorrer en este largo camino, los medios que habrá que emplear en cada ocasión, ninguno de ellos pudiendo excluir a los otros, aun cuando pase a primer plano.

En consecuencia, esta capacidad se desprende de la posesión de una teoría y de un programa que esclarecen las vías de la revolución en la medida en que encarnan intereses y finalidades que no corresponden a una fase aislada del movimiento, sino

---

(31) Así, el "Comité militar revolucionario" de Octubre fue un magnífico instrumento técnico-militar del partido bolchevique, del cual recibía las órdenes y ante el cual era responsable. Nadie, y Trotsky menos que nadie, habría tenido jamás la idea de elevarlo al rango de partido.

que superan los objetivos que pueden parecer esenciales a los miembros de la clase considerados individualmente, e inclusive a la clase en su conjunto en un momento particular de su historia. En suma, el partido debe ser el punto de partida para poder ser la palanca decisiva del proceso de emancipación de la clase obrera. El aparato militar, por el contrario, órgano vital de la insurrección, pero no suficiente ni autónomo, sólo puede ser uno de los puntos de llegada de la escala ascendente de la revolución, nunca su punto de partida.

Por eso, en "¿Qué hacer?", Lenin muestra que los fenómenos aparentemente opuestos del economismo y del terrorismo son las dos caras de una misma moneda que se denomina: sumisión a la espontaneidad. Por eso, escribe:

"Sería un gravísimo error estructurar la organización del Partido contando sólo con explosiones y combates callejeros, o sólo con la marcha progresiva de la lucha cotidiana y gris'. Debemos desarrollar siempre nuestro trabajo cotidiano y estar siempre listos a todo (...). No se podría representar a la revolución misma como un acto único, sino como una sucesión rápida de explosiones más o menos violentas, alternando con períodos de calma más o menos profunda. Por tanto, la actividad esencial de la organización de nuestro Partido, el centro de gravedad de su actividad debe ser un trabajo que es posible y necesario tanto en los períodos de las explosiones más violentas como en los de la calma más completa, es decir, un trabajo de agitación política unificada para toda Rusia, que arroje luz sobre todos los aspectos de la vida y esté dirigida a las masas más profundas" (32).

Por eso, Lenin no indica como instrumento vital del Partido... la pistola o la bomba, sino ese instrumento de educación y de organización política que es el periódico, vehículo de los principios, del programa y del plan táctico, a los que cada medio de lucha particular está y debe permanecer subordinado. Alrededor de ese instrumento se constituirá la red organizativa que, precisamente,

"estará dispuesta a todo, desde salvar el honor, el prestigio y la continuidad del trabajo del Partido en los momentos de mayor "depresión" revolucionaria, hasta preparar, fijar el inicio y llevar a la práctica la insurrección armada del pueblo" (33).

Por eso, "la tarea de crear (en los períodos de alta tensión social) organizaciones que tengan la mayor capacidad para dirigir a las masas tanto en las grandes batallas como, en la medida de lo posible, en los pequeños choques", y, cuando "la lucha de clase se exaspere en guerra civil, participar tanto en esta guerra civil como asumir en ella un papel dirigente", esta tarea Lenin no la confía a una organización cualquiera, nacida como expresión inmediata de la lucha o de la voluntad de lucha, armada o no. Confía esta tarea al partido revolucionario de clase (34), encarnación no metafísica, sino física de la teoría, del programa y de las tradiciones de lucha de un siglo de movimiento

(32) Lenin, "¿Qué hacer?", Obras, tomo V.

(33) Ibidem.

obrero.

Solamente en este plano se tiene el derecho y el deber de batirse por el "partido combatiente". Los que no se colocan en este terreno se baten solamente por los fantasmas nacidos de su propio voluntarismo, y, por ello mismo, desorientan y desorganizan a ese "movimiento de masa" que tanto glorifican.

## A la luz de Octubre

Los holcheviques fueron rigurosamente fieles a esta visión global, que no es estrecha ni inmediatista, del papel del Partido en la revolución proletaria y en su preparación. Eso fue lo que le permitió, en Octubre del 17, no solo dar la señal de la insurrección, lo que habría sido insuficiente, sino también dirigirla y conducirla a la victoria.

Desde febrero a octubre, el Partido recorrió todas las fases de su desarrollo, cumplió todas sus tareas, impulsó su propaganda, su agitación, sus esfuerzos para organizar al proletariado en todas las direcciones. Lejos de complacerse en su posición minoritaria, buscó superarla trabajando en las filas de la clase, tanto "bajo tierra" como a la luz del día, en las manifestaciones callejeras como en las batallas económicas, en los ataques audaces en los momentos de ofensiva como en los prudentes combates en los días de repliegue o de defensa; trabajó prestando una extrema atención no a sus propios deseos o impacencias, sino a las aspiraciones reales y a las necesidades profundas de las masas, consagrándose siempre a preceder al movimiento, aunque tenga que rechazar de sus propias filas a los "seguidistas" proclives a permanecer a su remolque. Esta actividad es la que caracteriza al "partido combatiente", y no su parodia "guerrillera". Esta actividad de Partido es la que produjo esa gran "obra maestra del arte militar" que fue la insurrección de Octubre. Gracias a ella, Octubre fue simultáneamente el entierro del terrorismo individualista y la exaltación más sublime de la violencia y del terror de clase.

A lo largo de todo este estudio nos hemos esforzado por volver a poner en su lugar los encadenamientos dialécticos que son los únicos que permiten reafirmar, contra las quejas de la democracia y de sus predicadores "obreros", la esencia revolucionaria del marxismo, sin atenuar, sin embargo, la crítica más que centenaria del terrorismo romántico. La mejor forma de concluir es citando las páginas en las que Trotsky -en pleno acuerdo con el Lenin de las cartas al Comité Central en la víspera y antevíspera de Octubre- coloca la conspiración en su justo lugar, la res tituye al proletariado como una de sus armas indispensables.

Tras haber subrayado la diferencia enorme que hay entre "la empresa concertada de una minoría" y "la insurrección, que se eleva por encima de la revolución como una cúspide en la montañosa cadena de los acontecimientos" y que, al igual que la revolución en su conjunto, "no puede ser provocada arbitrariamente", Trotsky escribe:

(34) Lenin, "La guerra de guerrillas", op.cit.

"Sin embargo, lo que acaba de ser dicho no significa, de ningún modo, que la insurrección popular y la conspiración se excluyan mutuamente en cualquier circunstancia. En alguna medida, casi siempre entra un elemento de conspiración en la insurrección. Etapa históricamente condicionada de la revolución, la insurrección de las masas nunca es puramente elemental. Aun cuando haya estallado de improviso para la mayoría de sus participantes, está fecundada por las ideas en las que los insurrectos ven una salida a las penas de la existencia. Pero una insurrección de las masas puede ser prevista y preparada. Puede ser organizada de antemano. En ese caso, el complot está subordinado a la insurrección, le sirve, facilita su marcha, acelera su victoria. Cuanto más elevado es el nivel político de un movimiento revolucionario, cuanto más seria es su dirección, mayor es el lugar ocupado por la conspiración en la insurrección popular (...).

"Derribar el viejo poder es una cosa. Conquistar el poder, es otra. En una revolución, la burguesía puede apoderarse del poder no porque sea revolucionaria, sino porque es la burguesía; tiene en sus manos la propiedad, la instrucción, la prensa, una red estratégica, una jerarquía de instituciones. Para el proletariado es distinto. Desprovisto de privilegios sociales que existieran al margen de sí mismo, el proletariado insurrecto sólo puede contar con su número, su cohesión, sus cuadros, su Estado Mayor.

"Del mismo modo que un herrero no puede coger con sus manos desnudas un hierro candente, el proletariado no puede, con sus manos desnudas, apoderarse del poder; necesita una organización apropiada para esta tarea. La combinación de la insurrección de masas con la conspiración, la subordinación del complot a la insurrección, la organización de la insurrección a través de la conspiración entran en la esfera complicada y cargada de responsabilidades de la política revolucionaria que Marx y Engels llamaban "el arte de la insurrección". Esto supone una justa dirección general de las masas, una flexibilidad de orientación ante circunstancias cambiantes, un plan meditado de ofensiva, prudencia en la preparación técnica y audacia para asestar el golpe (...).

"La socialdemocracia no niega la revolución en general, en cuanto catástrofe social, del mismo modo que no niega los temblores de tierra, las erupciones de volcanes, los eclipses de sol y las epidemias de peste. Lo que niega -como "blanquismo", o, peor aún, como bolchevismo- es la preparación conciente de la insurrección, el plan, la conspiración.

"(...) Según sus observaciones y sus meditaciones sobre los fracasos de numerosos levantamientos en los que tomó parte o de los que fue testigo, Augusto Blanqui dedujo un cierto número de reglas tácticas sin las cuales la victoria de la insurrección se torna extremadamente difícil, o imposible. Blanqui reclamaba la creación previa de destacamentos revolucionarios regulares, su dirección centralizada; un buen aprovisionamiento de municiones, una repartición bien calculada de las barricadas. (...) Todas esas reglas, que proceden de los problemas militares de la insurrección, deben, por supuesto, ser inevitablemente modificadas al mismo tiempo que las condiciones sociales y la técnica militar; pero, en sí mismas, no son de ningún modo "blanquismo" en

el sentido en que se entiende aproximadamente entre los alemanes el "putchismo" o el "aventurerismo" revolucionario.

"La insurrección es un arte, y, como todo arte, tiene sus leyes. Las reglas de Blanqui eran las exigencias de un realismo de guerra revolucionario. El error de Blanqui no consistía en su teorema directo, sino en su recíproco. A partir del hecho que la incapacidad táctica condenaba la insurrección al fracaso, Blanqui deducía que la observación de las reglas de la táctica insurreccional era capaz, por sí misma, de asegurar la victoria. Sólo a partir de allí es legítimo oponer el blanquismo al marxismo. La conspiración no reemplaza la insurrección. La minoría activa del proletariado, por bien organizada que esté, no puede apoderarse del poder independientemente de la situación general del país; en eso, el blanquismo está condenado por la historia. Pero solamente en eso. El teorema directo conserva toda su fuerza. Para la conquista del poder, al proletariado no le basta con una insurrección de las fuerzas elementales. Necesita una organización correspondiente, necesita un plan, necesita la conspiración" (35).

Por todas estas razones, que forman un bloque monolítico, la insurrección tiene necesidad del partido revolucionario de clase, sólidamente enraizado en los Soviets, en los sindicatos, en los consejos de fábrica, etc., y con su aparato militar a su disposición, pero sin estar subordinado a ninguno de esos órganos. Y Trotsky continúa en estos términos, que sintetizan las posiciones características de nuestra corriente:

"Gracias a una favorable combinación de las condiciones históricas internas e internacionales, el proletariado ruso encontró a su cabeza un partido excepcionalmente dotado de claridad política y con un temple revolucionario sin igual. Sólo eso permitió a una clase joven y poco numerosa cumplir una tarea histórica de alcance inaudito. En general, como lo prueba la historia de la Comuna de París, de las revoluciones alemana y austríaca de 1918, de los Soviets de Hungría y Baviera, de la revolución italiana de 1919, de la crisis alemana de 1923, de la revolución china de los años 1925-1927, de la revolución española de 1931, el eslabón más débil en la cadena de las condiciones ha sido hasta el presente el del partido. Lo más difícil para la clase obrera es crear una organización revolucionaria que esté a la altura de sus tareas históricas. En los países más viejos y civilizados, fuerzas considerables trabajan para debilitar y descomponer la vanguardia revolucionaria. Una parte importante de este trabajo se ve en la lucha de la socialdemocracia contra el "blanquismo", denominación bajo la cual se hace figurar la esencia revolucionaria del marxismo".

---

(35) Esta cita y la siguiente (subrayadas por nosotros) están extraídas del capítulo de La Historia de la Revolución rusa intitulado "El arte de la insurrección". Está claro que con la conquista del poder se abre un nuevo capítulo, el del terror rojo en el curso de la guerra civil y de la dictadura. Este aspecto sale del marco de nuestro artículo. Recordamos que Trotsky lo trató en forma exhaustiva y con una formidable fuerza dialéctica en "Terrorismo y Comunismo".

Una enorme tarea espera a los comunistas, a saber, luchar contra esas fuerzas de origen socialdemócrata, y hoy sobre todo stalinista, impidiendo que vuelva a ponerse en pie la falsa reacción, la ideología que niega la función centralizadora del Partido.

Por eso, poniendo al desnudo la inconsistencia del "lado negativo" del blanquismo terrorista y de todas sus variantes, llamamos a los jóvenes proletarios a luchar con la mayor energía contra las ilusiones funestas del gradualismo reformista, contra la peste oportunista, sin caer en los estériles e impotentes sueños del terrorismo individualista. Les llamamos a luchar, por último, para que la esencia revolucionaria del marxismo aparezca a la luz del día; para que el eslabón de la cadena de las condiciones necesarias que hasta el presente ha mostrado ser el más débil en los países avanzados, el partido político marxista, este eslabón se refuerce y manifieste todo su vigor; para que la revolución proletaria renazca de la conjunción del partido con la insurrección espontánea de las fuerzas nacidas del volcán de la vida económica y social, y para que triunfe en lugar de ser aplastada una vez más.

o o o

## EL PROLETARIO

Suplemento para Latinoamérica de EL PROGRAMA COMUNISTA

Nº4 (mayo de 1979)

- En el 60º aniversario de la fundación del Comintern
- El conflicto China-Vietnam
- Las huelgas en Brasil
- El Concilio de Puebla
- Irán : una llamada de alerta para el proletariado internacional
- La triste trayectoria del sandinismo
- Peleguismo democrático

Nº5 (julio de 1979)

- Solo en la lucha contra la democracia el proletariado forjará su fuerza de clase
- Cuenca del Plata : Las "dictaduras" preparan la democracia
- Chile : Reformismo y "ultraizquierda" en la imposible vía democrática al socialismo
- España (1) : el parto de la democracia
- Berlín, enero de 1919 : El trágico retardo del Partido
- Notas sobre Argentina y Bolivia.

Precio del ejemplar: Colombia \$4.00 - EE.UU.: U\$S 0.50 - España: 15 Pts. - Francia: 2.00 FF - México: 2.00 M/N - Perú: 70 Soles - Venezuela: 0.50 Bols.  
Abono anual: precio de 5 ejemplares. Encargos a las Ediciones Programme.

## Siguiendo el hilo del tiempo:

# El proletariado y la guerra

## Un problema de candente actualidad

La crisis capitalista mundial reaviva y agudiza los antagonismos entre los Estados, vuelve a encender conflictos que *por el momento* permanecen locales, y prepara las condiciones del viraje histórico en el que volverá a plantearse el dilema: *guerra imperialista mundial o revolución proletaria mundial*. Por tanto, nada es más actual que la publicación de estos artículos de la serie "Siguiendo el hilo del tiempo", aparecidos en 1950 en nuestro periódico quincenal de entonces, *Battaglia Comunista* (1), para recordar la apreciación que el marxismo da de las guerras de la burguesía, así como su actitud frente a las innumerables "justificaciones" que se dan de ellas.

En lugar de dejarse deslumbrar por los aspectos cambiantes, seductores y engañosos del momento, estos artículos vuelven a remitirse al *hilo rojo* que siempre ha guiado a lo largo de toda su historia al movimiento marxista revolucionario, a despecho de las voces que se levantaban para renegarlos. Su actualidad proviene del hecho de que ellos se enlazan a principios no cambiantes, los únicos que permiten orientarse en las alzas y bajas, los avances y los retrocesos, en los ir y venir de la situación *contingente*.

Para arrojar a los proletarios en la hoguera de la espantosa masacre de la segunda carnicería imperialista (que recién terminaba cuando estos artículos fueron escritos), la burguesía y el oportunismo invocaron los mismos argumentos que habían servido en la primera: defensa de la nación, de la civilización, de la paz, etc. Pero para hacer el estribillo más seductor, se agregó el fantasma de otro "bien" a "salvar": el "socialismo" vigente en la URSS, aliada de América, Inglaterra y Francia.

---

(1) Se trata de la serie de seis artículos publicados en los números 9 a 14 de 1950. Los tres primeros son publicados en este número de nuestra revista, los tres otros lo serán en el siguiente.

Una vez terminada la masacre, los mismos argumentos (la patria encontrada nuevamente, la democracia reconstruida, el socialismo en marcha) sirvieron para justificar la "reconstrucción nacional" operada por gobiernos de amplia coalición que comprendían a "representantes de los trabajadores", hombre a hombre con representantes (éstos sin comillas) de los burgueses.

Si la "unidad nacional" se rompió después con la guerra fría, fue únicamente porque los Grandes de este mundo habían comenzado a disputarse acerca de la manera de repartirse los despojos de los vencidos; pero no por ello los "partidos obreros" dejaron de predicar la democracia, la colaboración entre todos los ciudadanos por la salud de la nación, el desarme y la paz, en honor de la cual el príncipe de los intelectuales de la época, Picasso, imaginaba la célebre Paloma. Se puede decir incluso que, precisamente porque la alianza de guerra se había roto y se volvía a hablar de la posibilidad de una nueva guerra provocada por la maldad de uno y otro de los dos "libertadores", los slogans de rigor -la independencia nacional, las fronteras sagradas de la patria, la libertad o el socialismo en peligro, la civilización y la paz pendiendo de un hilo, etc.- se hacían aún más estridentes.

En el trabajo emprendido, a contracorriente de la embriaguez democrática y patriótica universal, para reconstruir en su integridad el edificio de la doctrina marxista, era por lo tanto esencial recordar la posición que Marx, Engels, Lenin y la Izquierda marxista en general habían defendido sin la menor vacilación frente a la manifestación suprema del "progreso" burgués, es decir, la guerra, y esto en el área histórica de la victoria completa de la burguesía, la Europa llegada a la fase del capitalismo no solo maduro, sino en putrefacción (2).

Los adversarios del marxismo han cambiado después de nombre y de cara, pero no de pelo. Al contrario, despojándose de su último velo de pudor, han puesto desde entonces al marxismo en la mazmorra en cuanto herramienta noble pero inútil, cuando no lo han proclamado difunto o mortalmente en crisis. Ellos chapotean en las únicas aguas que les convienen, las de la democracia, de la nación, de la patria, de los valores morales y culturales de la vieja Europa burguesa, sin otros puntos de referencia que los de la unidad nacional y de la democracia universal. Por tanto, no hay necesidad de ser profeta para prever el día en que, cuando las amenazas de guerra se acumulen, ellos "elegirán su campo" siguiendo la huella de sus innobles precursores de 1914 y de 1940 -tanto más cuanto que su democracia se ha ligado tan indisolublemente a su "socialismo" que ya nada más permite distinguirlos. Ese día, los proletarios de todos los países oirán repetir una vez más las fábulas al son de las cuales, en menos de un cuarto de siglo, sus abuelos y luego sus padres han sido enviados a degollarse unos a otros.

Para ese momento supremo hay que prepararse desde ahora, sabiendo bien que en ese día solo el núcleo compacto de proletarios que hayan asimilado a través de un largo recorrido los antídotos marxistas, y que se hayan organizado alrededor del partido que los defiende, solo ese núcleo resistirá al ejército de las si

---

(2) Aquí se trata del área europea. La cuestión de las guerras y movimientos de liberación nacional y colonial (y de su carácter progresista) en Asia y África ha sido tratada en numerosos textos del Partido, en particular en I fattori di razza e nazione nella teoria marxista (vuelto a publicar por las Ediciones Iskra, Milán, 1976, y traducido en las Ed. Programme, 1979).

renas democráticas y patrióticas (y, por supuesto, "socialistas"), para oponer al frente de la guerra el frente de la revolución. Sin ese trabajo preventivo sería vano esperar "la transformación de la guerra imperialista en guerra civil", sería hueco hablar de revolución y de dictadura proletaria, y sería utópico pensar en el comunismo.

## Socialismo y nación

### Ayer

El planteamiento del problema nacional en la doctrina marxista está muy claro desde las formulaciones del *Manifiesto Comunista*. Este texto admirable tiene la doble ventaja de haber sido escrito en vísperas de la realización de la perspectiva revolucionaria de 1848 (que se presentaba como la liquidación final de las reivindicaciones burguesas contra los vestigios del feudalismo, liberando inmediatamente la vía para la lucha proletaria directa contra la clase capitalista) y de dar en capítulos distintos el encuadramiento teórico y programático radical de la cuestión, así como la aplicación estratégica a la situación de la época y de las fuerzas en presencia.

La doctrina de la lucha obrera contiene una revisión radical de la idea nacional tan cara a la ideología extremista burguesa. Ella afirma sin ninguna vacilación ni reserva: "*Los obreros no tiene patria. No se les puede arrebatar lo que no poseen*". La patria, se dirá quizás, es una idea vaga; pero el Estado nacional, delimitado por fronteras precisas, es un hecho histórico!. Ya se ha respondido a esta objeción: "Por su forma, no por su contenido, la lucha del proletariado contra la burguesía es al principio una lucha nacional, el proletariado de cada país debe evidentemente acabar primero con su propia burguesía" (3). Desde entonces, el nexo entre socialismo obrero e internacionalismo está establecida de manera irrevocable.

Pero la derrota de la gran oleada revolucionaria de 1848, no es solamente la del proletariado europeo que trataba de protagonizarla; es también, parcialmente, el fracaso de la liquidación de la restauración de formas preliberales.

Mientras que, en Europa, el despotismo feudal conserva el formidable baluarte ruso, los regímenes políticos de los países germánicos no logran constituir un Estado nacional netamente burgués, en tanto que en Francia el golpe de Estado de Luis Bonaparte aparece como un nuevo giro "a derecha", aunque en el nuevo régimen el capital esté muy a su gusto.

Desde 1848 a 1870, una serie de guerras consolida la formación de las potencias capitalistas modernas y juega un papel

---

(3) *Manifiesto del Partido Comunista*, cap. I.

esencial en la formación de la estructura social europea, en la cual se encuadran cada vez mejor la lucha obrera de la clase y el movimiento socialista. Cuando repetimos que 1871 constituye en Europa el viraje entre este período y el del imperialismo declarado y generalizado, por cierto que no inventamos nada.

La guerra franco-alemana de 1870 aparece como una agresión francesa, una tentativa del Segundo Imperio napoleónico, con su alardeado militarismo, de establecer su hegemonía en Europa. La Prusia de Bismarck, a pesar de sus instituciones feudales y su militarismo no menos declarado, aparece como injustamente amenazada: sobre todo, la que parece amenazada es la formación de una nación alemana libre y moderna. Por su parte, ésta se debate bajo el peso feudal de los regímenes tradicionales de Berlín y de Viena; por otra parte correría el riesgo de encontrarse aprisionada entre dos imperios reaccionarios, el imperio ruso y el francés. A pesar de los potentes análisis de Marx, este viraje histórico no fue comprendido a fondo por los socialistas hasta que la crítica leninista iluminó con haces deslumbrantes la situación de 1914-18 y la traición de grupos enteros de jefes del proletariado. Es innegable que con la guerra de 1939-45 una gran parte de la clase obrera mundial ha vuelto a caer en las tinieblas.

Publicado en las vísperas de la guerra franco-prusiana, el primer *Manifiesto* del Consejo General de la Internacional, no sin repetir los principios de la solidaridad obrera internacional, habla de una guerra de defensa en la cual los obreros alemanes participan por la fuerza de las cosas. No se puede olvidar, sin embargo, que la oposición en el seno del cuerpo legislativo francés -una oposición que, sin embargo, no era socialista más que en parte, y solamente de nombre- rechazó el voto de los créditos de guerra al ministerio de Napoleón III. De ambos lados, los socialistas parecen considerar como una salida favorable la derrota del agresor Bonaparte.

Después del primer *Manifiesto* del 23 de julio de 1870, es crito en momentos en que los ejércitos franceses maniobraban en forma amenazante, viene el del 9 de septiembre, que sigue a las derrotas que las divisiones de Moltke han infligido, ante el estu por general, a los ejércitos franceses. Este segundo *Manifiesto* es una protesta de los socialistas alemanes e internacionales contra la anexión de la Alsacia-Lorena y el pangermanismo naciente. Como señala Engels, él prevé lo que el mismo compañero de Marx no vivió lo suficiente para ver, a saber, que el pillaje militarista en territorio francés no dió nacimiento a la libertad alemana, sino a una gran guerra "no localizada", una nueva "guerra defensiva" y "de razas, contra las razas latina y eslava coaligadas".

A partir de ese momento histórico, la lección más grande de la historia para la teoría de la revolución viene de Francia. Ante el aplauso de los obreros franceses, el Segundo Imperio se derrumba con los reveses militares. Pero aquellos se encuentran con frontados muy pronto a problemas terribles. Los burgueses proclaman la república en la que participan los partidos y los jefes más equívocos del mundo político: opositores más o menos auténticos al dictador, sin contar los de última hora, monárquicos orleanistas, republicanos burgueses, verdugos de la represión antiobrero de junio de 1848. Desde este segundo *Manifiesto* histórico, Marx advirtió: "la clase obrera francesa se encuentra en circunstancias extremadamente difíciles". Cosa notable, el mismo Marx no invoca en ese momento el desencadenamiento de la guerra civil "mientras el enemigo golpea casi a las puertas de París", pero dice a los obreros franceses que "no deben dejarse arrastrar por los recuer

dos nacionales de 1792". El Manifiesto concluye volviéndose enseguida hacia los obreros de todos los países: "Si los obreros olvidan su deber, si permanecen pasivos, la terrible guerra actual no será más que la precursora de conflictos internacionales aún más mortales y conducirá en cada país a nuevas derrotas de los obreros batidos por los señores de la espada, de la tierra y del capital" (4).

En el momento de la caída del fascismo, provocada por la derrota militar, la clase obrera italiana se ha encontrado también en una situación difícil. Pero las enseñanzas que entonces la historia misma dió inmediatamente después al marxismo, y que Lenin ya había planteado, contra la ola vergonzosa de la traición de 1914, desgraciadamente no le han bastado. Sus jefes, aprisionándola en una república aún más fétida que la del Señor Thiers, le han hecho olvidar totalmente su deber hacia ella misma y hacia la revolución.

Solamente dos días después de los sangrientos acontecimientos de mayo de 1871, Marx pudo escribir páginas a la gloria de la Comuna que se cuentan, como lo señala Engels, entre los más potentes escritos revolucionarios.

Cuando el 4 de septiembre de 1870, gracias a la fuerza de los obreros, resplandeció de nuevo en París, como en febrero de 1848, el grito histórico de "Vive la République", Francia ya no es un país agresor y el invasor prusiano se lanza contra la capital. El proletariado aplaudió la derrota de Napoleón el pequeño, pero no puede aún ser indiferente al destino de la nación. No está bastante maduro como para descubrir su deber de clase en toda su plenitud. Durante medio siglo se conmemoró la Comuna y muchos no supieron apreciar el peso del factor patriótico, que había incitado al mismo Garibaldi a ofrecer su espada a París, en relación al factor clasista y revolucionario. Lenin nos brindó una poderosa ayuda a todos los que desde los primeros años habíamos sabido leer Marx y, con Marx, la historia. Acerquemos la primera y la última de estas páginas inolvidables. El primer sobresalto de los trabajadores de París contra la república burguesa se produce cuando descubren que los nuevos representantes de la clase dirigente intrigan con los prusianos. Se insurgen contra ellos al grito infamante, que se ha vuelto histórico, de *capitulards*. Cuando se intenta arrebatar los cañones a la guardia nacional, que no es aún una guardia obrera, la insurrección estalla. Marx comprende plenamente el móvil: recuerda que los documentos que los Trochu, los Faure y los Thiers han abandonado en su huida a Versailles, proporcionaban las pruebas de su connivencia con el enemigo. La historia aún no había desenredado la madeja entremezclada de las exigencias nacionales y de las exigencias de clase, los partidos socialistas de la época seguían doctrinas inadecuadas, pero el proletariado comprendió que la burguesía francesa, que maniobraba para salvar sus privilegios, no vacilaba en tomar sus órdenes y su dinero de su amigo de clase Bismarck, ofreciéndole, entre otras cláusulas de armisticio, el compromiso de dispersar la *canalla* revolucionaria de París. Al fin de la lucha, en su esfuerzo titánico para enfrentar a los burgueses franceses y al ejército alemán, los febreros caen; pero queda para la historia de la revolución obrera el primer ejemplo histórico de su dictadura roja, al mismo tiempo que su emancipación definitiva del prejuicio nacional, cu-

---

(4) Segundo Manifiesto del Consejo General de la Asociación Internacional de los trabajadores sobre la guerra franco-prusiana, 9.IX.1970.

yo peso había sido plenamente reconocido hasta este viraje por la teoría marxista. *"La dominación de clase ya no se puede disfrazar bajo el uniforme nacional. TODOS LOS GOBIERNOS NACIONALES SON UNO SOLO CONTRA EL PROLETARIADO"* (5): es así como Marx cerró uno de los ensayos que mejor expresan la progresión paralela de la experiencia histórica y de la teoría de partido, aunque fuese en la derrota de la insurrección.

Cuando estalló la gran guerra de 1914 y los socialistas alemanes hicieron fulleras con su preparación marxista calificándola seriamente de "defensiva", como Marx lo había dicho irónicamente cuarenta años antes, Karl Liebknecht -Lenin lo recuerda en sus tesis de 1915- les replicó que con la expresión *guerra defensiva* los marxistas de antes de 1870 indicaban en realidad las guerras de desarrollo de la forma capitalista, mientras que la de 1914 era la guerra imperialista entre capitalismo en pleno desarrollo: por tanto, era una traición hablar de defensa, sea en Alemania, en Francia o en Rusia. Esta idea fundamental que aquí reivindicamos está expresada por Lenin en sus tesis. A diferencia de los pacifistas burgueses y de los anarquistas, dice Lenin, nosotros comprendemos la necesidad de valorar históricamente cada guerra en su carácter específico. Ha habido guerras que han sido útiles a la evolución de la humanidad: desde la revolución francesa hasta la Comuna de París (1789-1871), las guerras nacionales burguesas han sido *"guerras progresistas"*. Luego viene el análisis del imperialismo moderno y de sus guerras: el período del *"capitalismo progresista"* termina en 1871. La burguesía imperialista moderna *"engaña a los pueblos por medio de la ideología nacional y de la noción de defensa de la patria"*, mientras que sus guerras no son más que guerras *"entre esclavistas que tienen por objeto la consolidación y el reforzamiento de la esclavitud"* (6).

Fieles discípulos, nosotros remontamos con Marx y Lenin a lo largo del hilo del tiempo, del que estos maestros jamás han perdido de vista la dirección. ; Abandonándolo y dejándose caer en el fango de la abjuración, los *nacionalcomunistas* aún hoy se ven en el período del *"capitalismo progresista"* y han definido la última guerra como una nueva guerra de *"liberación nacional"*, mientras que el fenómeno imperialista, cuyos datos habían sido puestos en evidencia por Lenin en 1915, había alcanzado en el cuarto de siglo que siguió una intensidad encefalocida!

## Hoy

La teoría leninista del oportunismo (establecida aplicando rigurosamente el método marxista) muestra que este último, en

(5) *Manifiesto del Consejo General de la Asociación Internacional de los trabajadores sobre la guerra civil en Francia*, 30.V.1871.

(6) *El socialismo y la guerra*, julio-agosto de 1915, *Obras*, tomo 21.

el período relativamente pacífico de 1871-1914, al negar "el fondo del problema, es decir, que la época de las guerras nacionales entre las potencias europeas cedió su lugar a la época de las guerras imperialistas" (7), combinó el error de doctrina con la traición en la acción política. El contenido de esta traición es la colaboración de las clases, la renuncia a la dictadura del proletariado, el abandono de la acción revolucionaria, el reconocimiento incondicional de la legalidad burguesa, "la alianza de los lacayos de la burguesía con esta última, contra la clase explotada por ella" (8).

El mismo análisis se aplica a la traición actual de los stalinistas. A escala internacional, éstos calificaron de *guerra de liberación* la guerra de los imperialistas americanos, ingleses y franceses contra los imperialistas alemanes y, tras haber practicado el compromiso imperialista con los alemanes mismos en una primera fase, en la segunda se aliaron a los occidentales. Para eso, tuvieron que afirmar que los occidentales se habían transformado de imperialistas en "libertadores" desinteresados; tuvieron que romper el hilo del tiempo, destrozando las *Guerras civiles* de Marx y pisotear las tesis de Lenin. Era un crimen admitir que los angloamericanos habían dejado de ser imperialistas exactamente entre 1941 y 1945, mientras que ya Engels describía a los primeros como imperialistas en 1844 y a los segundos en 1891 (comentando precisamente el texto de Marx de 1871). Pero hoy (1950) no es preciso demostrarlo polémicamente cuando toda la prensa inspirada por Moscú se desata nuevamente contra el imperialismo agresor de Washington y Londres.

El Instituto Marx-Engels-Lenin de Moscú, tan rico en textos como en posibilidades para ocultar y falsificar los originales, osa invocar, como prueba del hecho que Lenin admitía la *coexistencia* entre el Estado proletario y los Estados capitalistas, una entrevista de febrero de 1920, que conocen muy bien los que han sabido permanecer fieles al marxismo, y que solo es inédita para el último de los crápulas (9). En esta entrevista Lenin tomaba el pelo magistralmente a los periodistas burgueses invocando efectivamente la coexistencia pacífica, pero "con los obreros y los campesinos (...) que se despiertan a una vida nueva, una vida sin explotación, sin grandes terratenientes, sin capitalistas, sin comerciantes". Estos señores del Instituto coexisten con terratenientes, capitalistas y comerciantes, ¡y no encuentran nada mejor para sacar de sus archivos! Lenin responde magistralmente a la alusión a una posible alianza con la Alemania socialdemócrata: es tamos por una alianza con todos los países, ¡sin exceptuar ninguno!, y los miembros del Instituto y otros fariseos picasso-pacifistas no comprenden que esta tesis condenaba como una traición cualquier eventualidad de alianza política y militar con uno de los rivales en los conflictos imperialistas, se trate de la Alemania burguesa, o de la Inglaterra y de la América también burguesas.

La italiana es la más podrida de todas las versiones que adhieren a la mentira nacional. Ella *invierte totalmente* la posi

(7) *El oportunismo y la bancarrota de la II Internacional*, Enero de 1916, *Obras*, Tomo 22.

(8) *Idem*.

(9) Se trata de una entrevista publicada el 21 de febrero de 1920 en el *New York Evening Journal* (*Obras*, Tomo 30). Fue vuelta a publicar en Abril de 1950 en la *Pravda* y, poco después, en el órgano del P.C. italiano, *L'Unità*.

ción marxista del problema, resucitando el cadáver del *capitalismo progresista* que había sido sepultado por las obuses de los comunes y la pluma de Carlos Marx.

La sustitución de la identidad cristalina *fascismo=imperialismo* por la igualdad *fascismo=feudalismo* marca la caída en el precipicio. Ella equivale a esta otra identidad no menos bestial: *Mussolini=Luis Bonaparte*, o incluso, *Hitler=Nicolás Romanov*.

Desgraciadamente, la resistencia que el proletariado de París supo oponer gloriosamente a la maniobra de salvación del poder burgués en el momento de la caída del dictador, no pudo ser ni siquiera esbozada por el Partido Comunista nacido en Liorna, traicionado por ese error fundamental. Mientras que de lo que se habría tratado en la II Guerra Mundial era de injertar la batalla de clase en la derrota militar del Estado (fuera éste despótico o democrático) aplicando el derrotismo de Lenin, se aplicó por el contrario un *capitulardismo* a la Trochu, y los jefes, explotando la vicia consigna de *resistencia*, pusieron las masas al servicio de los ejércitos aliados de los que eran sus lacayos estipendiados.

Llegaron a reunir en la banda de los capituladores no solo a los campeones de una república de oropel, como lo fue la república burguesa francesa de septiembre de 1870, sino también a la monarquía fascista y belicista. Aplicaron un método tan lleno de celo antimarxista que justificaron su traición por el deber "nacional" y la "salvación del país", mientras que ochenta años antes los ingenuos blanquistas parisinos habían extraído de su sentimiento por la "*defense de la patrie*" la fuerza para batirse contra los dos ejércitos coaligados, el interno y el extranjero.

Se trata de un doble *capitulardismo*: el de los jefes del proletariado que traicionan la causa revolucionaria y pasan a la colaboración de clase, y el de la burguesía que, en nombre de la condición previa de la "nación", obliga a los trabajadores a renunciar a su autonomía y a derramar su sangre un día contra los ingleses, al día siguiente contra los alemanes. Con respecto a la "Patria", la burguesía le importa tanto que tras haberse alquilado primero a los alemanes se alquiló a los ingleses para preservar sus intereses de clase, pero evitando entregarles a los "responsables" de la guerra, que Lenin reconocía sarcásticamente en todos los terratenientes y capitalistas de todos los países (10). Y que de la liberación nacional haya surgido una Italia que renunció a toda dignidad y que solo es capaz de bajarse los pantalones, a la burguesía le importa un bledo, aun más que a nosotros que le somos refractarios.

Hablad, vosotros que os burláis de la fidelidad al *hilo del tiempo* del marxismo; sois más elocuentes que nosotros y que la historia, y seríamos incapaces de glosar tanta ignominia: "*Desde el inicio de la guerra mundial habíamos declarado que apoyaríamos en el frente antifascista incluso a un movimiento monárquico que hubiese eliminado a Mussolini a tiempo y hubiese evitado la entrada de Italia en guerra, o bien, después de junio del 40, que hubiese hecho salir a Italia de la guerra (...). En marzo de 1944, aplicamos esta política valientemente. Es cierto que había existido el 25 de julio y que Italia había sido derrotada,*

(10) Una pregunta de la entrevista antes citada pedía la opinión de Lenin "respecto a la extradición de los responsables de la guerra, pedida por los Aliados". Y Lenin responde: "Para hablar seriamente, los responsables de la guerra son los capitalistas de todos los países".

pero era preciso un bloque político nacional lo más amplio posible para que el País pudiese dar sus primeros pasos hacia adelante" (11).

La polémica teórica podría plantear cien cuestiones, entre ellas: ¿si se cree en ese bloque nacional lo más amplio posible, por qué éste no comprende en primer lugar el Estado comprometido en la guerra? ¿por qué, si se cree en él, repetimos, ese bloque no evita al "País" la salida más horrible, es decir, la derrota militar? ¿Es que existe aunque sea uno solo de esos pecados del infierno que Mussolini habría cometido contra esos "intereses superiores de la nación", con los que os llenáis la boca, en el que no hayan participado la monarquía y sus aliados de 1944, a semejanza de los bonapartistas, orleanistas y esbirros republicanos en la Francia de 1870?.

Pero se puede jugar aún con la doctrina, sobre todo cuando se tiene un aparato de propaganda bien subvencionado y experimentado en una publicidad demagógica tipo Coca-Cola. En cambio, para los que reivindican la "coherencia", la cronología provoca un poco más de molestias. La maldita consigna de frente antifascista no data de 1939, sino de 1923. En 1939 y en junio de 1940 el *Salvinismo* no se preocupaba por evitar la alianza de Mussolini con Hitler, porque él mismo era el aliado del Führer en el reparto de Polonia. El grito "rompan filas" lo lanzaba desde las radios renanas a los *poilus* franceses, veteranos desde 1792 en la defensa de la libertad. Recién en junio de 1941 se recomienza el burdel para importunar a Mussolini y hacerle el juego primero a los ingleses y luego a los americanos, y se identifica la libertad nacional con la victoria de éstos y su obsceno paseo *off limits*. Y en 1946 se vuelve a descubrir que los americanos son capitalistas y agresores.

A lo largo de las fechas, colgamos un letrero dirigido a los socialtraidores: ¡No tocar! ¡Peligro de muerte!

## Guerra y revolución

### Ayer

Todos los renegados que han abandonado el terreno de la clase y de la guerra social para situarse en el de la guerra entre los ejércitos de los Estados y naciones, buscan su orientación histórica en las tradiciones francesas de 1792-93. Ahora

---

(11) Extraído de la *Respuesta de Togliatti a Gaetano Salvemini* en *L'Unità* del 9.IV.1950. El 25 de julio de 1943 es la fecha de la destitución de Mussolini por el rey, a continuación de la toma de posición del Gran Consejo fascista contra la política militar del Duce. En realidad, Italia no salió de la guerra sino que fue invadida por los ejércitos alemanes en el Norte y por los aliados en Sicilia.

bien, en un pasaje tan importante que Lenin lo recordó en 1915, Marx ponía en guardia al proletariado parisino precisamente contra esas tradiciones: "El entusiasmo de una parte de los obreros parisinos por la "ideología nacional" (la tradición de 1792) ates tigua de su parte una debilidad pequeño-burguesa, que Marx había señalado en su época y que fue uno de las causas de la derrota de la Comuna" (12).

También nosotros lo repetimos con él. *Repetita iuvant*. Cuando Mussolini abandonó definitivamente el partido de clase y el marxismo (13), puso como epígrafes del *Pololo d'Italia*: "La revolución es una idea que ha encontrado bayonetas" -Napoleón; "Quien tiene hierro tiene pan" -Blanqui; y derramó su propaganda en favor de la guerra democrática, libertadora, nacional, socialista y revolucionaria a la vez, es decir, toda esa pacotilla en nombre de la cual sus dignos discípulos terminaron por colgarlo boca abajo.

El esquema del burgués es el siguiente: idea-fuerza armada -interés de clase. El esquema del revolucionario proletario ingenuo es: idea proletaria-fuerza armada proletaria-interés de clase proletario.

Por el contrario, el esquema dialéctico marxista es: interés real de clase proletario-lucha de clases proletaria y dos derivaciones paralelas: organización en partido de clase y teoría revolucionaria; conquista y ejercicio armado del poder proletario.

En el chismorreo literario, los procesos tradicionales de la revolución burguesa constituyen *modelos* para la revolución obrera. En la posición científica del marxismo, el vínculo entre las dos revoluciones se expresa de otro modo: la victoria de la burguesía en sus revoluciones era necesaria para liberar las fuerzas productivas y permitir el pleno encaminarse del capitalismo, lo cual constituye la condición de la generalización de la lucha de clases entre la burguesía y el proletariado, y, por consiguiente, de la revolución socialista. De esta última, la revolución burguesa ha sido la premisa, no el modelo.

El desarrollo de las situaciones históricas reemplaza las evocaciones poéticas y las confusiones de payasos entre ardor patriótico y fuerza revolucionaria, cuyas saturnales vimos durante la segunda guerra mundial en las *resistencias* de los *partisans*. Podríamos ver cosas peores en una tercera guerra por parte de grupos siempre nuevos de discípulos del "mussolinismo", como lo llamamos con razón.

Las sucesivas guerras entre Francia y las coaliciones europeas que terminaron con la restauración de la monarquía absoluta representaron un estadio fundamental para la difusión del capitalismo en Europa (difusión que no fue impedida en realidad por la victoria de los ejércitos feudales, aliados a la Inglaterra archicapitalista). En todo este período histórico, los revolucionarios burgueses no solo hacen una política de patriotismo y de nacionalismo extremo, sino que arrastran consigo al proletariado naciente. Ambos son empujados a esta política, así como a las ideologías que

(12) *El socialismo y la guerra*, op.cit.

(13) A fines de octubre de 1914, Mussolini, entonces director de *L'Avanti!* fue excluido del Partido Socialista Italiano por haber tomado una posición de "neutralidad activa" frente a la guerra, preludio de su adhesión a la guerra junto a los aliados que él defenderá en el *Popolo d'Italia*.

se derivan de ella, por la necesidad social de abolir los últimos vínculos feudales. Sin embargo, esto no significa que el choque militar de los Estados y de los ejércitos *sustituya* a la guerra civil entre las clases que se disputan el poder. El hecho determinante del desarrollo social sigue siendo la lucha entre las clases, que se enciende sucesivamente en todos los países; sin esto no podríamos explicar el desarrollo mismo de las guerras, con la generalización del militarismo moderno y su nuevo carácter de masa. Los jacobinos mismos, pese a la nueva "batalla de las Termópilas" que se libraba en las fronteras de Francia (y cuyo Leónidas, Dumoriez, no tardó en traicionar y en acabar como un traidor), no desviaron jamás el centro de su atención de la lucha interior.

Las coaliciones comenzaron cuando la monarquía aún tenía el poder bajo una forma constitucional, y los revolucionarios extremistas acusaron a los monárquicos, y luego a los republicanos moderados, de haber provocado las guerras: "Antes de declarar la guerra a los extranjeros, destruyamos a los enemigos del interior..., hagamos triunfar la libertad en el interior, y ningún enemigo osará atacarnos. Con el progreso filosófico y el espectáculo del bienestar de Francia extenderemos el imperio de nuestra revolución, no con la fuerza de las armas y la calamidad de la guerra". La realidad dialéctica difiere mucho de los clichés románticos y de la historia *novelесca* en expansión. El 10 de agosto de 1792, los moderados dominan la Asamblea Legislativa Nacional, mientras que los jacobinos controlan el Consejo General de la Comuna. La guerra parece terminada, pero la traición del general monárquico La Fayette provoca la caída de Longwy, luego de Verdún, y la noticia de que los prusianos de Brunswick marchan hacia la capital llega a París. La Comuna toca a rebato, el pueblo se reúne y pide armas. Danton entra en la Asamblea y le impone medidas de defensa militar. Pero los *sans culottes* tienen algo más urgente que hacer que ir al frente: antes de marchar con sus "épicas columnas" hacia Châlons, corren a las prisiones y ajustician a los inculpados contrarrevolucionarios que el gobierno tarda en juzgar.

No era "nuestra" revolución y no le pedimos modelos, pero podemos extraer una enseñanza. Tal como el marxismo lo puso en evidencia, la revolución proviene más de la máquina que de la guillotina. Pero, para sus propios actores y sus ideólogos más resueltos, la revolución provino más de la guillotina que del cañón. La batalla decisiva fue ganada en el frente interno, y no en Valmy o en Jemmapes.

Sabemos que el marxismo ha considerado las guerras del período 1792-1871 como guerras de desarrollo. Para simplificar, se las puede llamar guerras de progreso, pero sin caer en la trampa de las "guerras de defensa". En realidad, Lenin subraya con toda razón que pueden ser también guerras "ofensivas", y que en la hipótesis de guerras entre Estados feudales y Estados burgueses los marxistas podrían "justificar" la acción del Estado más avanzado, "independientemente de quien haya comenzado las hostilidades". El argumento era directamente polémico y estaba dirigido contra los socialistas franceses y alemanes que estaban unos y otros por la guerra bajo vil pretexto de "defensa". Esto quiere decir que si, en un momento histórico dado, una guerra es "revolucionaria", debe ser apoyada aun cuando no sea defensiva. En el fondo, cuando existe, la *guerra revolucionaria* es típicamente una guerra de ataque, de *agresión*. Este argumento dialéctico destruía la vil hipocresía de todas las campañas que movilizan a las masas para la guerra aparentando no prepararlas y no querer la guerra, sino estar obligados a rechazar la guerra preparada y

querida por el enemigo.

Por tanto, no es en virtud del criterio moralista de la defensa, diametralmente opuesto al suyo, que el marxismo dió una valoración de las guerras que van de la clásica fecha de 1792 a 1871, sino que lo hizo colocándose desde el punto de vista del efecto de las guerras sobre el desarrollo general. Muchas veces consideró en su crítica como útiles y aceleradoras ciertas iniciativas de ofensiva militar, como por ejemplo la de Napoleón III en 1859 y la de Prusia en 1866. No se trata, pues, de decir que hasta 1871 el partido marxista estuviese por la "defensa de la patria" o por la "defensa de la libertad", sino algo completamente distinto.

Tras la victoria de la contrarrevolución en 1848, Marx y Engels, lo hemos repetido a menudo, no solo lamentaron que el proletariado no hubiese vencido, sino también que aún subsistiese un obstáculo histórico al pleno imponerse del poder burgués en toda Europa. Desgraciadamente, a pesar de que esos objetivos no eran directamente los suyos, estaba muy claro que los obreros y los socialistas deberían aún apoyarlos y derramar su sangre por ellos. Pero de allí a aceptar, aunque fuese en la propaganda, los principios y los conceptos de *nación, patria y democracia* propios a los burgueses (como lo hacen sin pudor los ex-marxistas de hoy), hay una gran distancia. Si la constatación histórica que hemos hecho debiese conducir a semejante conclusión, toda la política de la lucha de clases y de la función propia del proletariado se derrumbaría. Una cosa es decir que para el establecimiento completo del sistema productivo capitalista aún hay luchas que serán conducidas bajo las banderas de las ideologías patrióticas y nacionales, y que al proletariado le interesa que esas luchas triunfen. Otra muy distinta es hacer suyas las reivindicaciones patrióticas y nacionales en sí mismas. De 1848 a 1871, Marx y Engels siguieron el camino recto sin la menor vacilación. Hoy, cuando esa posición histórica no se repite y pertenece a un pasado lejano, vemos una doble traición: la mentira que falsifica la situación sosteniendo que faltan las condiciones de base de la lucha de clases y que es preciso aún satisfacer *exigencias previas* de liberación nacional, y la infamia que consiste en conducir esas campañas no como reivindicaciones históricas pasajeras, sino adhiriendo abiertamente a las ideas generales y anticlasistas del *interés nacional* y del *deber patriótico*, en cualquier momento y fase histórica.

Tras 1848, por ejemplo, Engels estaba furioso porque la burguesía alemana era cobarde y retardataria hasta el punto de ser incapaz de liquidar los vestigios del feudalismo, y seguirá con un paciente y detallado análisis los latigazos que la historia le dará en los episodios de 1859, 1866, 1870... Pero desde 1850 critica despiadadamente la ideología y la política de los refulgiados demócratas con Mazzini, Ledru-Rollin y otros semejantes, y despelleja un texto del "Comité Central Democrático Europeo". Se trataba de movimientos que eran tal para cual con los recientes bloques de emigrados antifranquistas y antifascistas, y con la propaganda que nos ha envenenado durante toda la guerra de 1939-45. Escuchemos a Engels: "Por lo tanto, progreso - asociación - ley moral - libertad, igualdad, fraternidad - familia, comuna, Estado - carácter sagrado de la propiedad, crédito, educación - Dios y Pueblo... el resumen de este evangelio es un estado social en el que Dios constituye la cima, y el pueblo, o como se lo llama luego, la *humanidad*, la base. Es decir que esos señores creen en la sociedad actual, en la que Dios es notoriamente la cima y la

vil plebe la base" (14). La ironía es feroz y la cita no necesita ser más larga. Ha pasado un siglo exactamente. ¿Pero de qué otros platos podría nutrirse la propaganda cominformista?

En su prefacio de 1874 a la *Guerra de campesinos*, Engels reivindica todas sus invectivas y apóstrofes contra el sordo burgués alemán, y sus complacencias dialécticas por Solferino, Sadowa, Sedán. Un incauto lo tomaría por un precursor del Anschluss: "Los alemanes de Austria deben plantearse ahora de una buena vez esta cuestión: ¿Qué quieren ser, alemanes o austriacos? ¿De qué parte quieren estar, de la Alemania o de la de sus apéndices transleitanos extraños a la Alemania?" (15).

; Qué racista este Engels! ¡Qué material para la leyenda de la pareja pangermana Marx-Engels, semejante a la pareja paneslava Lenin-Trotsky!

El análisis crítico marxista no se deja engañar por la forma semiburguesa y espuria del régimen estatal de Berlín tras la fundación del Imperio. Por el hecho mismo de que no han desaparecido todas las instituciones feudales, este tipo de Estado puede parecer una dictadura de clase imperfecta, como también lo son en esa época las mismas repúblicas parlamentarias burguesas. Con el pretexto de que esos gobiernos bastardos no son directamente comités de negocios de la clase industrial, la especulación reaccionaria ha tratado de asegurarles el apoyo de movimientos equívocos de corporativismo obrero. Con su admirable visión histórica, Engels definió al régimen del imperio Hohenzollern, tras la victoria de 1870, como *bonapartista*. En el prefacio de 1874 antes citado, reivindica haber dado ya esta definición en la *Cuestión de la vivienda* de 1872. Al igual que la primera y la segunda dinastía napoleónicas, semejante régimen parece tener una red burocrática y militar más potente que las clases. Pero, explica Engels, tiene por fundamento el impetuoso curso del capitalismo. Y Engels pone en evidencia la estructura social de la Alemania de 1874: resuelto desarrollo industrial; nacimiento de un proletariado numeroso y conciente; trasplante desde la Francia del Segundo Imperio no solo de los miles de millones de indemnizaciones de guerra, sino también el "índice más preciso del florecimiento industrial, es decir, la especulación (...) que encadena condes y duques a su carro triunfal" (16). Este análisis podría enseñar mucho a todos los que buscan la clave de actualísimas formas burguesas. Pero atención, Engels no propone una campaña por una forma plenamente democrática contra el *bonapartismo* alemán con el pretexto de que éste es una forma burguesa retrógrada! El bonapartismo fue la vía para sacar a Prusia de la época feudal, para sacarla de su estado "semifeudal". Las fórmulas de Engels son siempre cristalinas: "En todo caso, el bonapartismo es una forma moderna de Estado que tiene como condición la supresión del feudalismo" (17).

Bromeando, Engels fija para 1900 el fin de este penoso

(14) En la *Neue Rheinische Revue - Politisch - oekonomische Revue* Nº 5-6, mayo-octubre de 1850.

(15) Prefacio de 1870 a *La guerra de campesinos*; los "apéndices transleitanos" designan a Hungría (siendo Leita el afluente del Danubio que la separa de Austria).

(16) Idem.

(17) Idem.

proceso de aburguesamiento del poder alemán, pero a cada paso espera que la fuerza proletaria pronto pueda abatir en bloque a nobles, junkers, terratenientes e industriales burgueses.

En 1914, el desarrollo económico alemán se ha vuelto uno de los hechos *preeminentes* de la escena mundial. Sus datos llevan a Lenin a designarlo como uno de los imperialismos tipo. ; Y he aquí que el bufonesco "mussolinismo" internacional, es decir, el socialpatriotismo, logra convencer a la gente, en todos los grandes países (exceptuando Italia), de que la guerra contra el Kaiser es la guerra revolucionaria por excelencia, con el pretexto de que el imperio alemán querría, no ya disputar mercados imperialistas para su aparato industrial ultramoderno, sino restaurar la época feudal! ; Guerra, pues, para defender la revolución democrático-burguesa amenazada permanentemente, a rehacer permanentemente!

## Hoy

La potente demolición del oportunismo efectuada por Lenin y la Tercera Internacional se funda, por tanto, en posiciones políticas y en directivas marxistas que declaran *cerrada* la fase de las luchas entre feudalismo y capitalismo. Esta demolición se aplica integralmente a la valoración de la segunda guerra imperialista que estalló en 1939.

Así como se puede deducir del texto de Engels que tras la situación a fines del siglo pasado la próxima guerra ya no podía ser una guerra de liquidación del feudalismo, también se puede deducir del texto de Lenin de 1915 que la segunda guerra imperialista, y todas las otras, al igual que la guerra de 1914, ya no podrían ser definidas como guerras de defensa y de liberación nacional de cualquier lado del frente que fuere.

Lenin lo dijo explícitamente: nuestra tarea solo estará correctamente cumplida con "*la transformación de la guerra imperialista en guerra civil (...). NO PODEMOS SABER SI CON MOTIVO DE LA PRIMERA O DE UNA SEGUNDA GUERRA IMPERIALISTA DE LAS GRANDES POTENCIAS, DURANTE O DESPUES DE ESTA GUERRA, ESTALLARA UN FUERTE MOVIMIENTO REVOLUCIONARIO. PERO, EN TODO CASO, NUESTRO DEBER IMPERIOSO ES TRABAJAR SISTEMATICAMENTE Y SIN TREGUA EN ESTA DIRECCION*" (de la guerra civil, de la victoria de la lucha de clase) (18).

De cualquier lado del frente, todos los que sostuvieron durante la guerra de 1914 la política de la guerra de defensa, de la guerra nacional, de la guerra democrática, imponiendo silencio a la lucha de clase en nombre de esos objetivos burgueses, traicionaron la línea de Marx y Engels. Asimismo, en la guerra de 1939, todos aquellos que en todos los países burgueses, en Alemania, Francia, Inglaterra, América, Italia, apoyaron la guerra de los gobiernos, colaborando con ellos militar y políticamente, traicionaron, por la mismísima razón, la línea de Lenin, la única línea revolucionaria proletaria.

En efecto, así como en 1914 se quiso ver el renacimiento del feudalismo en el *Kaiserismo* de esa Alemania que se había vuel

(18) *El socialismo y la guerra*, op.cit.

to uno de los primeros Estados industriales, en 1939 se repitió los mismo a propósito de la Alemania de Hitler y de la Italia de Mussolini. Se sostuvo también que un resultado de la guerra favorable a los alemanes y una derrota de países democráticos, Francia, Inglaterra y América, habría hecho retroceder un siglo a la historia y habría vuelto necesario nuevamente la revolución liberal, es decir, la revolución burguesa. Al igual que entonces, se invocó y se practicó la política del bloque y de la unión sagrada con los gobiernos burgueses de oposición a los gobiernos de Berlín y de Roma, dando así oxígeno a esas oposiciones prácticamente muertas que ya no merecían más que el entierro; *se renunció a la lucha de clase y a la guerra civil.*

La guerra fue interpretada por los nuevos socialtraidores como una guerra "revolucionaria" en el sentido de la revolución burguesa. La cuestión tiene otro aspecto, que este "Hilo del Tiempo" no trata por el momento: el de la "guerra revolucionaria proletaria", o de lo que se llamó la "defensa nacional revolucionaria" que estaría a la orden del día tras la conquista del poder por los obreros. Lenin luchó duramente también contra los engaños y las falsas posiciones de esta tesis y debió almorazar a los Kamenev y Zinoviev, y luego a los Bujarin y Stalin sobre todo. Pero aquí solamente tenemos en cuenta las justificaciones de la guerra en nombre de una supuesta "revolución" antifeudal y burguesa. No se puede negar que se hizo una verdadera orgía con esas justificaciones en la propaganda contra el Eje, siguiendo así el dictado de las radios inglesas y americana.

Si la propaganda contra el Eje se hubiera fundado en motivos clasistas, no se hubiese tenido que pasar por la fase de la alianza Berlín-Moscú por el reparto de Polonia, ni hubiese existido la adhesión servil y siempre actual a la exaltación de la "liberación nacional". En Italia, por ejemplo, no hubiese existido la apología del "Segundo Risorgimento" y de la "revolución liberal", con los que se identificó el regreso al poder de algunos imbéciles, antifascistas impotentes, antiproletarios de viejo cuño, viejos *mussolinistas* típicos y repugnantes que datan de la primera orgía guerrera que se desenvolvió al son de la democracia burguesa, nostálgicos de la lejana victoria de la primera guerra mundial (que como siempre se debió a los ejércitos extranjeros, puesto que la más alta empresa nacional se llamó *Caporetto*) (19).

La revolución burguesa fue algo serio en la historia e imprimió su sello a guerras grandiosas. Las dos últimas guerras en Europa no fueron guerras revolucionarias, sino masacres de esclavos del Capital.

## Guerra imperialista y guerra revolucionaria

### Ayer

Idea fundamental : hay dos tipos de guerra. Las guerras *burguesas progresivas*, de desarrollo antifeudal, de liberación na

cional ; las guerras imperialistas. La fecha que separa ambas épocas : 1871, la Comuna de París. El movimiento del proletariado mundial se coloca entonces en el plano de la Revolución, rompe con la Nación. ¿Queremos escuchar repetir esta idea a Lenin? Escuchemos. Resolución de los bolcheviques en el extranjero, 4 de marzo de 1915 :

"Una de las formas de mistificación de la clase obrera es el pacifismo y la propaganda abstracta de la paz. En régimen capitalista, y particularmente en su estadio imperialista, las guerras son inevitables. Pero, por otra parte, los socialdemócratas no pueden negar el valor positivo de las guerras revolucionarias, es decir, de guerras no imperialistas, tales como las llevadas adelante de 1789 a 1871 por el derrocamiento de la opresión nacional y la creación, a partir de Estados divididos, de Estados capitalistas nacionales, o incluso eventuales guerras tendientes a salvaguardar las conquistas de un proletariado victorioso en su lucha contra la burguesía" (20).

Por consiguiente, mucho antes de la revolución rusa, Lenin agrega un tercer tipo de guerra a las dos precedentes : la guerra entre un Estado en el que haya vencido la revolución proletaria y Estados en el que aún domina el capitalismo.

Pero antes de ocuparnos de este tercer tipo de guerra, no podemos dejar de completar la cita, para vergüenza de ese movimiento (21) que reprocha a los imperialistas creer en la guerra, y que divulga camelos sobre la posibilidad de paz no solo entre las potencias imperialistas, sino incluso entre éstas y la potencia que se presenta como un gobierno del proletariado, sin cambiar los regímenes políticos imperantes en todos los países :

"En el momento actual, una propaganda de paz que no esté acompañada de un llamado a la acción revolucionaria de masas solo puede sembrar ilusiones, corromper al proletariado inculcándole confianza en el espíritu humanitario de la burguesía y haciendo de él un juguete entre las manos de la diplomacia secreta de los países beligerantes. Particularmente, la idea según la cual se podría conseguir una paz llamada democrática sin una serie de revoluciones es profundamente errónea" (22).

Veamos ahora, y con calma. En primer lugar, haremos un desarrollo para los que pretenden que la primera guerra imperialista mundial fue una guerra del primer tipo, una guerra de liberación. Luego, un inciso para los que pretenden que la segunda guerra imperialista fue una guerra del primer tipo, es decir, una guerra de progreso y de liberación, o bien una guerra del tercer tipo, una guerra de defensa de una revolución proletaria. Por último, abordaremos el grave problema histórico : la eventual terce

(19) Nombre del desastre militar del ejército italiano frente a los austríacos en octubre de 1917.

(20) *La Conferencia de las secciones en el extranjero del POSDR Obras*, tomo 21 .

(21) Alusión al *Movimiento de la Paz*, creado por los partidos stalinistas occidentales.

(22) *La Conferencia...*, op. cit.

La guerra, ¿será aún y siempre del primer tipo - como no dejarán de pretenderlo los repugnantes cuáqueros del capitalismo gangster americano - o será del tercer tipo - como se pretende en el campo opuesto?

La rectificación de la posición histórica proletaria con *cierte inseparablemente* a los tres períodos. Las inversiones, las contradicciones y los virajes históricos en esas cuestiones son una claro síntoma de esta peste que la vacuna leninista no logró desgraciadamente eliminar: el oportunismo propio de los que *buscan hacer creer que la guerra imperialista tiene una significación burguesa progresiva de liberación nacional* (cf. Lenin, 1915). La potencia de la dialéctica permite esclarecer ya en 1915 la ignominia de 1945...

Estalla la polémica de 1914. Los social-chovinistas leían el Manifiesto Comunista de la siguiente manera: evidentemente, dicen, allí está escrito que "los proletarios no tienen patria". Pero luego ellos adquieren una. ¿Cuándo? He ahí el problema. Inmediatamente después el texto afirma: "Por cuanto el proletariado de cada país debe conquistar el poder político, erigirse en clase dominante de la nación, tornarse él mismo la nación, aún es nacional, aunque de ninguna manera en el sentido burgués del término". (23). Ahora bien, ¿qué dicen los social-chovinistas? Que ese paso se produce con el advenimiento de las instituciones democráticas, es decir, ¡con la revolución liberal burguesa! ¿Tenemos un Estado parlamentario en la Italia de 1914? ¡Indiscutiblemente! Por lo tanto, el proletariado tiene la "dominación política", y ya está constituido en "clase nacional", y por ende ¡debe correr a hacer la guerra al servicio de la burguesía!

Cuando, con la ayuda de Lenin, se consigue hacer entrar en la cabeza de los que se creían marxistas (algunos de buena fe) que el proletariado solo es clase dominante cuando el Estado burgués parlamentario ha sido destruido por la revolución armada, y la dictadura proletaria quita el derecho de abrir políticamente la boca no solo a los burgueses sino también a sus lacayos mencheviques y social-chovinistas, en ese momento se ganó definitivamente una larga batalla contra el intervencionismo democrático y para demostrar que el proletariado solo tiene la dominación política cuando ha destruido la del capitalismo, *no antes*.

En 1914, solo las burguesías son *clases nacionales*, y la guerra es una guerra de supremacía entre ellas, *solidarias en cuanto clases, enemigas en cuanto naciones*. En cambio, las guerras del primer tipo (1789-1871) indicadas por Lenin, sirvieron a las burguesías para constituirse en "clase nacional" en los diferentes países. Este hecho era "positivo" para el marxismo. No olvidéis que en el proceso *progresista y liberador* con fines burgueses, Marx, Engels, Lenin subrayan cien veces la *centralización* de los Estados burgueses sobre las ruinas del fraccionamiento feudal: allí, también, y desde hace un siglo, en sentido *contrario* al de los federalismos pequeño-burgueses utopistas, anarquizantes e irredentistas. El marxismo explica esas guerras dialécticamente, los pequeños burgueses hacen la apología de las mismas con sus miserables pequeñas ideologías literarias y filisteas.

Para que la centralización económica se realice plenamente, es preciso, pues, la victoria política de las diferentes bur-

(23) Manifiesto del Partido Comunista, capítulo II.

guesías nacionales. En los regímenes feudales, la burguesía no es una clase nacional. Bajo el poder de la aristocracia no hay verdaderas formas y valores *nacionales* en el sentido estricto, atendidas, por una parte, las autonomías feudales locales, por otra, la estrechez extrema de los círculos militares y burocráticos - mientras que la Iglesia es supranacional.

El Estado nacional y "popular" nace con la burguesía, con sus pretensiones de representar la libertad y las reivindicaciones de todas las clases, por la necesidad de "poner en movimiento" en interés de su propio desarrollo económico y social, a las grandes masas que debe dirigir y explotar.

Pero la burguesía se constituye a sí misma en clase nacional, no a sus esclavos asalariados que le sirven de soldados en las guerras de liberación. Permaneciendo fieles a la teoría de la lucha de clase, no la de "Strouvé-Brentano" (de la que Lenin se burla llamándola *marxismo liberal*), sino la de la lucha por la dictadura, es bueno que no olvidemos, nosotros marxistas de izquierda, que los términos de *nación, pueblo, democracia*, corresponden todos a la *colaboración entre las clases sociales*, es decir, al aprisionamiento del proletariado en el interior de los límites del Estado capitalista. Antes de 1848 en Alemania, antes de 1917 en Rusia, tenía un sentido preciso, dialéctico y antiburgués, amenazar a la burguesía, que no podía constituirse en clase nacional, con reemplazarla incluso en esta tarea frente a las últimas barreras feudales, tomando las riendas de la revolución y la nación. En los países de capitalismo social y políticamente establecido desde hace mucho tiempo, en los que las capas que se designa con el término general de "clases pobres" ya no cuentan frente a los protagonistas de la lucha: la burguesía y el proletariado asalariado, no debemos más marchar hacia la Nación, ni con la burguesía ni *contra ella*, sino solo hacia la *Internacional*.

Por lo tanto, en 1914 y en el curso de los años siguientes, convencimos a nuestro endeble contradictor oportunista que la guerra no era progresiva de ningún lado del frente, sino *imperialista*. ¿Qué es lo que define a la época imperialista? ¿Es posible que tras Lenin se haya cerrado esta época para abrir la vía a otras guerras de tipo progresivo? Los "marxistas liberales" podrían sostenerlo, si aún les queda saliva, y jactarse de haber ganado contra nosotros una victoria científica, pero no pueden hacerlo sin jactarse al mismo tiempo de haberla ganado *contra Marx y contra Lenin*.

En efecto, la definición del imperialismo es la siguiente (Lenin en su *Anti-Kautsky*, citando *El Imperialismo*):

"El imperialismo es el capitalismo llegado a un estadio de desarrollo en el que se ha afirmado la dominación de los monopolios y del capital financiero, en el que el reparto del mundo ha comenzado entre los trusts internacionales, y en el que se ha terminado el reparto de todo el territorio del globo entre los mayores países capitalistas" (24).

¿Se han acaso borrado esos caracteres entre la primera y la segunda guerra mundial, o bien, por el contrario, se han acentuado de un modo terrorífico? Por lo tanto, ¿qué es lo que podía

---

(24) *La revolución proletaria y el renegado Kautsky*, Prefacio, Obras, tomo 28.

hacer de la segunda guerra mundial, de esta empresa de pillaje a través de los océanos y los continentes, una guerra de primer tipo, progresiva y liberadora?!

El oportunista, el chovinista estilo 1939-45, siempre tiene una coartada contra la historia. Según él, en Alemania, Italia, en otros lados, la democracia parlamentaria que se había conquistado fue víctima de un atentado, fue suprimida, pisoteada. De allí el carácter sagrado de la guerra que tiende a restaurarla. De allí el carácter de la guerra, jamás de los jamases imperialista, sino guerra de primer tipo, ¡guerra justa del lado de los progresistas y de los liberadores americanos e ingleses!

Pero, ¿qué podía cambiar el análisis de Lenin el hecho de que el parlamento y la legalidad hubiesen sido violados? Evidentemente no los caracteres económicos y sociales de la época, como acabamos de verlo. Históricamente, la burguesía era y sigue siendo "clase nacional"; se puede incluso decir que las formas nacional-socialistas y de sindicalismo de Estado han acentuado la concentración. Las formas de opresión policial ya estaban plenamente previstas para los marxistas. Lenin explica el supuesto legalitarismo de Engels al final de su vida: ¡señores burgueses, tirad primero! Dicho de otro modo, ¡salid de la legalidad, y nosotros saldremos de ella con la revuelta armada y la dictadura roja! Esta consigna dialéctica ha sido invertida por los traidores: ¡señores burgueses, salid de vuestra legalidad y nosotros, pobres necios, entraremos en lucha para restaurarla!

Precisamente porque entre las dos guerras mundiales existieron los sistemas alemán e italiano, pero en realidad universales, de estricto poder capitalista moderno, precisamente por eso la segunda fue más imperialista que la primera. Lenin también lo sabía:

"La dictadura revolucionaria del proletariado, es la *violencia* (subrayado por Lenin) ejercida contra la burguesía, y esta violencia se necesita *sobre todo*, como lo explicaron mil veces Marx y Engels muy explícitamente (...), por la existencia del *militarismo y de la burocracia*. Ahora bien, justamente esas instituciones, justamente en Inglaterra y América justamente en los años 70 del siglo XIX, época en la cual Marx hizo su observación, no existían (ahora existen en Inglaterra y América)" (25).

Ahora existen, escribía Lenin en 1918, ¡oh torpedeadores de la cronología! Los que en 1942 fingieron no ver el imperialismo más que en Alemania y en Italia, y el "progresismo" en el Oeste, no pueden tener el descaro de invocar ese texto y otros pilares del marxismo, ¡¡¡tras haber por otro lado estrechado en 1940 la mano del primero!!!

Pero no es todo:

"El capitalismo premonopolista, cuyo apogeo se sitúa precisamente entre 1870 y 1880, se distinguía por sus caracteres económicos primordiales, que fueron particularmente típicos en Inglaterra y América, por el máximo - guardando las proporciones - de pacifismo y liberalismo".

---

(25) *Ibidem*, capítulo: "Como ha hecho Kautsky de Marx un adocenado liberal".

Es Lenin quien subraya para que ningún idiota vaya a imaginarse que Engels y Marx creían que faltaban algunos rasgos psicológicos o ideológicos al "bárbaro" alemán (que por otra parte es de la misma raza). Pero ahora subrayamos nosotros :

*"El imperialismo, es decir, el capitalismo de monopolio, cuya madurez solo data del siglo XX, atendidos sus caracteres económicos primordiales, se distingue por el mínimo de pacifismo y de liberalismo, por el desarrollo máximo y más generalizado del militarismo".*

¿Podrán alguna vez liberarse los discípulos del stalinismo de la responsabilidad de sus cuatro o cinco años de empedernida propaganda que avalaba el militarismo occidental como el campeón de la paz y de la libertad? ¿Puede acaso defenderse semejante política, completamente idéntica a la de los liberales y demócratas burgueses, sin rechazar integralmente la visión de las características económicas y políticas del capitalismo del siglo veinte establecida por Lenin ?

## Hoy

La total identidad de la política de guerra de los stalinistas y aquella, digamos, de un Churchill, o de un De Gaulle, de un Améndola o de un Roosevelt sobre un frente común completamente "antifeudal" y "revolución democrática", no cambia nada al descaro de la diversión intentada por los primeros. Convictos de haber intentado "hacer girar la rueda de la historia hacia atrás" con la reivindicación de un retorno a la democracia burguesa, de un retroceso del capitalismo imperialista al capitalismo premonopolista (retorno que, si se lo tomase en serio, sería tan reaccionario como en el siglo XIX lo era un retorno del capitalismo liberal al feudalismo), convictos de ello, pues, dicen que, por el contrario, ellos la han hecho girar hacia adelante. Evidentemente, inspiraron la propaganda de guerra de los aliados "liberadores", pero esto era solo un ardid, su real objetivo era impedir la victoria militar de los ejércitos alemanes que hubiesen invadido Rusia y destruido el primer Estado obrero. Bien valía esto una serie de "misas" celebradas con el ritual democrático que - los señores stalinistas lo saben tan bien como nosotros - es la mayor de las estupideces pensables.

Esta horrible última guerra quiere, pues, ser cualquier cosa, salvo imperialismo capitalista. Quiere escapar a su tiempo, a su propia historia, hacer pasar por ganzúas de ideólogos extrañados las claves del determinismo económico que funcionaron tan bien en las manos de Marx y Lenin. Y si no se admite que fue una campaña de defensores sentimentales y generosos de la democracia progresiva, a base de caramelos atómicos, ella pretende entonces que se la eleve al rango de guerra revolucionaria del proletariado mundial.

Esta segunda manera de presentar la espantosa masacre plantea una serie de arduos problemas históricos. Una vez establecida según los caracteres económicos esenciales definidos por Lenin, y más allá de los caracteres raciales y literarios, la naturaleza capitalista e imperialista de los Estados vencidos de Ber-

lín y Tokio, al igual que la de sus vencedores de Londres y Washington (periódicos con una tirada mil veces mayor que éste los tratan finalmente de fascistas, pero para nosotros no ha hay peor insulto que tratarlos de burgueses), queda aún por clasificar la potencia estatal y militar de Moscú.

Queda aún por reconstituir la posición de los regímenes del proletariado vencedor frente a los ataques militares, en los ejemplos históricos que están a nuestra disposición. La relación entre la Comuna de París y el ejército prusiano, mientras se prolongaba la guerra civil, es un primer ejemplo. Luego, la historia de la revolución rusa. Justo después de febrero de 1917, en Rusia y en otras partes, el oportunismo quiere extraer argumentos de la caída del zarismo para transformar la guerra despótica en una guerra democrática, lanza la consigna de la *defensa nacional revolucionaria*. Lenin llega con sus históricas Tesis de Abril y la consigna de la liquidación de la guerra. Kautsky le replica que los mencheviques estaban por la eficacia del ejército y los bolcheviques por su desorganización. Lenin responde :

"La guerra imperialista no deja de ser imperialista cuando los charlatanes o los fraseólogos, o los filisteos pequeño-burgueses lanzan una "consigna" meliflua, sino solamente cuando *la clase* que lleva adelante esta guerra y que está ligada a ella por millones de hilos (si no son cables) económicos, es de hecho *derrocada* y reemplazada en el poder por la clase verdaderamente revolucionaria : *el proletariado*. No hay otro medio de alejarse de la guerra imperialista, así como de una paz de rapia imperialista" (26). (Nuevamente es Lenin quien subraya, ndr.).

El proletariado triunfó, existió el ejército rojo, e hizo la guerra. Pero las guerras de 1918-1920 en Rusia fueron revolucionarias porque estaban conducidas contra *los dos campos* del imperialismo burgués : los aliados y los alemanes, *incluso cuando se batían entre sí*.

La polémica contra Kautsky hizo resaltar toda la ignominia del *centrismo*. En Francia, la socialdemocracia de extrema derecha abrazó la causa de la Entente declarándola progresiva. En los países alemanes, por las mismas razones, abrazó la de los Imperios centrales. Kautsky, aún más jesuita, encontró justo que el proletariado apoyase, *en todas partes*, su nación en la guerra. Por el contrario, la revolución rusa luchó a la vez contra las dos fuerzas mundiales, sin elegir ninguna, y venció.

¡Qué "revolución" en las posiciones, en veinte años, para desembocar en la política que admite que las fuerzas del Estado y de los partidos "proletarios" se alinean primero con uno de los dos campos imperialistas contrarrevolucionarios, luego con el otro!

¡Clásica y atormentada sombra del renegado Kautsky : los stalinistas te saludan !

---

(26) *Ibidem*, capítulo: "¿Qué es el internacionalismo?"

## Nota:

# ¿ Socialismo o producción individual ?

En l'Humanité del 2 de febrero de 1978, una "Carta de Moscú" informa de la campaña en favor de la parcela familiar del coljosiario que fuera recientemente lanzada por las autoridades.

"El mantenimiento del huerto y de la ganadería familiar, escribe el artículo, ha siempre originado polémicas en la URSS. Los teóricos y muchos ciudadanos ven en éstos una supervivencia de la propiedad privada "burguesa", una fuente de beneficios individuales inmorales (; sic!) porque escapan a las normas de la producción y la distribución colectivas". Nosotros dejaremos a los pequeños burgueses de l'Humanité discutir la interesante cuestión de saber si los beneficios son... "morales" o "inmorales". El marxismo, en todo caso, no plantea la cuestión en el terreno moral, sino del punto de vista de la organización social de la producción. Para él, en vez de ser una supervivencia de la propiedad privada "burguesa", la parcela individual es una supervivencia pre-burguesa, una forma que no solo no es socialista, sino que ni siquiera es aún capitalista.

Del punto de vista económico, el coljos es una especie de monstruo: una combinación aberrante de la cooperativa de producción con el salariado y con la producción individual arcaica. Fue establecido en Rusia como un compromiso entre el Estado, gerente de la acumulación capitalista en la industria, y el campesinado, y representa la forma menos propicia para el desarrollo de la produc-

ción agrícola. En efecto, el desarrollo de esta producción sólo se puede lograr mediante la mecanización y la extensión del sector de la producción colectiva; pero el campesino tiene más interés en dedicarse el máximo posible a su parcela personal, porque vende libremente sus productos "que pueden alcanzar cotizaciones varias veces superiores a las de los almacenes estatales que son menos caros, pero que tienen el inconveniente mayor de estar a menudo desprovistos de ellos...".

; Y cómo no habrían de estar desprovistos si "en 1975, las parcelas individuales suministraban el 31% de la carne, el 39% de los huevos, el 59% de las patatas producidas en la Unión Soviética", si "se criaban en ellas el 18% de los ovinos y de los porcinos y el 33% de los bovinos!". Por lo tanto, es invertir completamente el problema a firmar, como lo hace el órgano del PCF, que "las explotaciones agrícolas cooperativas (...) no siempre logran satisfacer las necesidades alimenticias de la población y que la parcela familiar compensa en cierta medida esta carencia". En realidad, es la existencia misma de la pequeña parcela la que produce esta carencia, y su producción no puede compensarla ya que no puede aumentar sino en muy débiles proporciones.

"Poner un signo de igualdad entre el trabajo minucioso del cuadrado de tierra familiar y los vastos campos coljosianos o sovjosianos sería un contrasentido. Del mismo modo, no se puede comparar

el número de horas pasadas a hacer crecer este tubérculo aquí o allá", escribe l'Humanité (1). En efecto, es evidente que la productividad del trabajo obtenida en los "vastos campos" trabajados con máquinas o en la crianza industrial es incomparablemente superior a la del trabajo individual. Y si, a pesar de esto, la parte proveniente de las parcelas es tan grande dentro de la producción total, ¿quiere decir que los coljosianos le consagran un tiempo enorme! Si el 59% de las patatas son producidas en las parcelas familiares (sin hablar siquiera de las frutas y hortalizas, para las cuales la proporción debe ser aún mayor), esto significa que el trabajo colectivo, aunque sea con una técnica un poco moderna, no está siendo utilizado más que para la producción de cereales y de los productos agrícolas que sirven como materias primas industriales. Y este trabajo colectivo debe ser considerado como una "obligación fatigosa" por los coljosianos, apurados por volver a escarbar sus parcelas individuales, que son mucho menos rentables técnicamente, ¿pero cuánto más rentables financieramente para ellos!

Esto no impide concluir, a l'Humanité, contra toda verosimilitud, que "la diferencia considerable de productividad entre lo individual y lo colectivo habrá contribuido, sin discusión posible, a la preferencia de que goza hoy el primero". Pero de todas maneras se deben buscar justificaciones al hecho de que "considerada a menudo como un mal necesario, suprimida incluso algunas veces (?), la parcela familiar de los campesinos soviéticos recibe hoy en día diplomas de civismo y estímulos". La

---

(1) Es decir, la producción promedio obtenida por hora de trabajo. No se la debe confundir con el rendimiento del suelo, que es la cantidad de producto obtenido por unidad de superficie: en un huerto de 100 m<sup>2</sup> en el cual se cuida cada planta durante horas, este rendimiento puede ser evidentemente elevado, con una productividad muy débil. Por lo demás, la noción de rendimiento carece de sentido en el caso de muchas crianzas (aves, conejos, cerdos, etc.) que no exigen, por así decirlo, casi nada de terreno.

realidad es muy simple. El capitalismo ruso tiene necesidad de aumentar la producción agrícola, pero, por un lado, no puede consagrar a la modernización y al equipamiento de la agricultura las inversiones que requeriría dicho aumento, y, por otra, no se atreve a atacar las relaciones arcaicas en la producción individual y los privilegios de los campesinos, por temor a las reacciones violentas. En pocas palabras, continúa la misma política agraria de 1930, la que compra el apoyo del campesinado en detrimento de los "ciudadanos", como dice l'Humanité, es decir, del proletariado; en cuanto a los cuadros políticos y técnicos del Estado, ellos pueden, en el caso en que sus almacenes "especiales" se encuentren desprovistos de los mejores productos, pagarse los del mercado libre.

¿Cómo hacer para empujar el aumento de la producción agrícola sin invertir y sin desestabilizar el campo? El único medio es incitar a los campesinos para que aumenten su producción individual. De ahí que los ideólogos rusos se deben entregar a las más diversas contorsiones para teorizar la parcela. Trud, órgano de los sindicatos rusos citado por l'Humanité, escribe que las parcelas, huertos frutales y crianza individual constituyen "una parcela del bien colectivo (sic) porque alimentan a mucha gente tanto en la ciudad como en el campo". ¿Según este criterio, las explotaciones capitalistas de la Beauce, o los inmensos dominios del Middle West forman parte también del "bien colectivo"! Las contorsiones del Trud no solo son risibles, son además reveladoras: ¡ellas nos muestran que el campesino ruso está apenas saliendo del estado en el cual producía esencialmente para su propio consumo! Es evidente que hablar de "socialismo" en estas condiciones es puro delirio.

"Continuando aún", como dice l'Humanité, Trud afirma que si bien la tarea número uno es desarrollar los coljosos y los sovjosos, no se puede dejar de lado el hecho de que la "economía individual auxiliar responde plenamente a las relaciones de producción socialistas (sic) y es por esto que el Estado tiene interés en sostenerla y en verla desarrollarse".

Aquí, hasta el periodista de l'Humanité se siente obligado a reaccionar: "Este último razonamiento no deja de intrigar pues puede aplicarse tanto al artesanado como al pequeño comercio privado". El stalinista de turno parece ignorar que la nueva constitución rusa amplía efectivamente el radio de acción de la "pequeña empresa privada de campesinos no asociados y de artesanos" y que extiende su estatuto al sector "de los servicios y actividades de otro tipo fundadas exclusivamente en el trabajo individual de los ciudadanos y de los miembros de sus familias" (2). Sin tomar en cuenta que el PCF, ardiente defensor de los campesinos, artesanos, comerciantes, empresarios y hasta de los pequeños y medianos capitalistas "no-monopolistas", no se encuentra en una posición cómoda como para jugar a las sutilezas ...

Para terminar, l'Humanité esboza el cuadro de las contradicciones en las que se debaten los rusos: la parte del sector individual estaría "en regresión regular desde hace algunos años"; "la prensa y los sociólogos (sic) distribuyen buenas o malas notas a los responsables locales según que ellos ayuden o descuiden a los particulares. Al mismo tiempo, se registra la aparición de una tendencia contraria al objetivo perseguido: más

y más jóvenes (...) renuncian a la parcela familiar (...) este desinterés hace más necesario un aumento rápido de la productividad agrícola colectiva"... y como resultado, ¡el Estado fomenta las parcelas individuales! Por lo tanto, los huertos y la crianza familiar tienen "todavía un buen futuro por delante".

Resulta evidente que para el capitalismo ruso la persistencia de este importante sector arcaico y precapitalista constituye una carga pesada. Inmoviliza en los campos a una fracción importante de la población activa, impide la elevación de la productividad en la agricultura, bloquea la producción agrícola, la urbanización y la proletarianización, en pocas palabras, frena la acumulación de capital. Pero, por sobre todo, ridiculiza sin discusión las pretensiones de 50 años de "construcción del socialismo": He aquí un "socialismo" que no solo no ha abolido las relaciones capitalistas de producción, la producción de mercancías por el trabajo asalariado y la acumulación del capital, sino que ni siquiera ha logrado sobrepasar y eliminar las relaciones pre-capitalistas, la producción mercantil simple por el productor individual. En el XXIIº congreso de fines de 1961, Jruchev había anunciado "el pasaje al pleno comunismo en los 20 a 30 años a venir". Como nosotros ya lo dijéramos en ese entonces, la realidad desmiente las fanfarronadas: ; en vez del pasaje al comunismo, el capitalismo ruso está obligado a "rendirle honores a la parcela familiar":

(2) Artículo 17. "La nueva constitución soviética: otro paso adelante en el camino de la confesión de la naturaleza capitalista de la URSS", El Programa Comunista n.º 25.

## Partido y clase

- Tesis sobre el papel del partido comunista - 1920
- Partido y clase - 1921
- Partido y acción de clase - 1921
- El principio democrático - 1922
- Dictadura proletaria y partido de clase - 1951
- La inversión de la praxis - 1951
- Partido revolucionario y acción económica - 1951

*Un volumen de 158 páginas - Precio : 8 FF/ 130 Pts.*